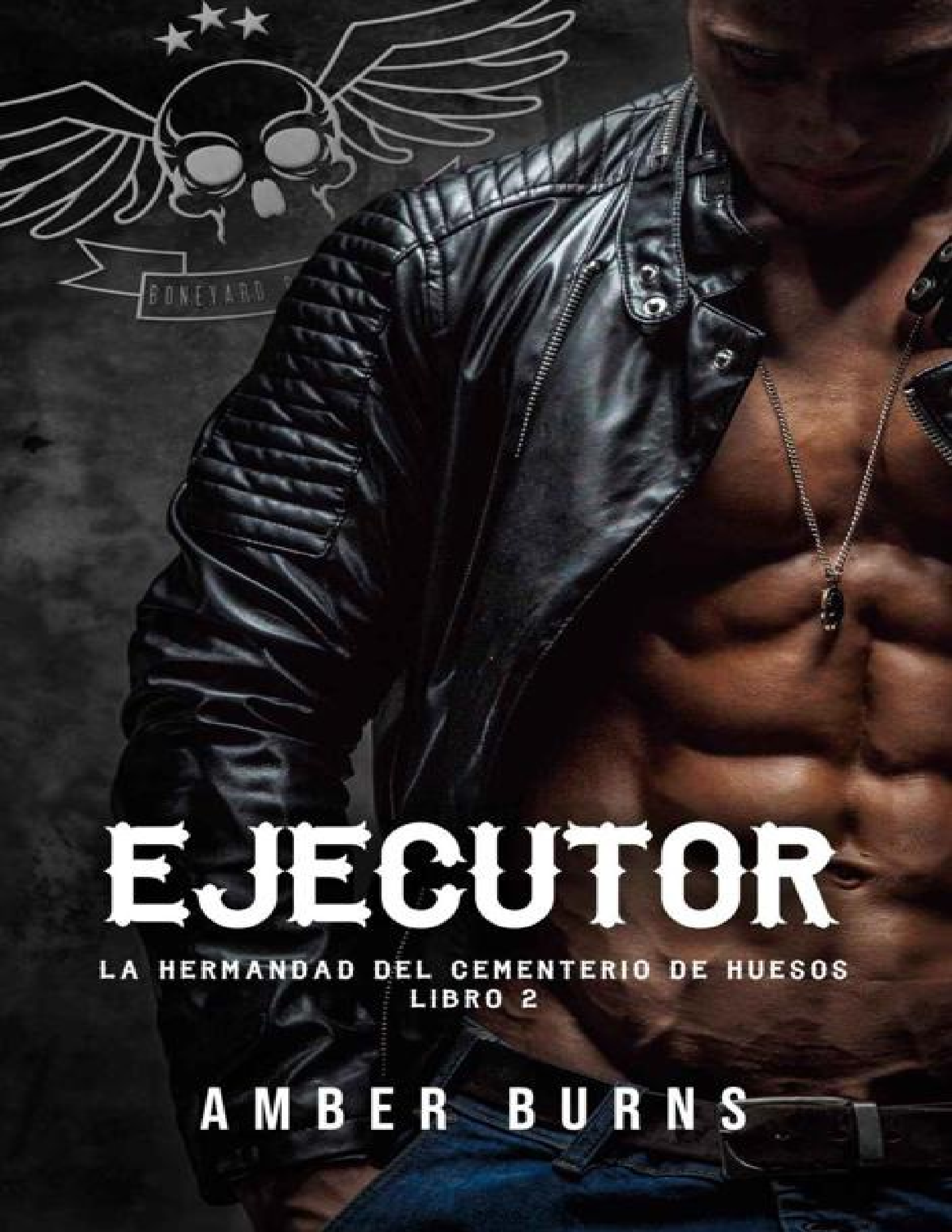




EJECUTOR

LA HERMANDAD DEL CEMENTERIO DE HUESOS
LIBRO 2

AMBER BURNS

Ejecutor

Los Hermanos de la Osera MC | Libro Dos

Amber Burns



Scarlet Lantern Publishing

Derechos de autor © 2024 por Amber Burns y Scarlet Lantern Publishing

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas de contenido sexual explícito y lenguaje para adultos.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Prólogo

Soy un hombre que ha sido utilizado para intimidar a otros desde que tengo memoria. Algo sobre la pubertad me hizo crecer un poco más de un metro ochenta y desde niño practiqué fútbol americano, así que tenía musculatura. Me mantuve en forma y aprendí a ser tan letal como lucía. Doce años en los Marines le dan a cualquier hombre una ventaja sobre el civil promedio. Por supuesto, todo mi arduo trabajo no sirvió de nada, ya que pasaba la mayor parte de mis días en el gimnasio y mis noches como portero en el club de stripers local. Era una mierda y lo sabía, pero me sentía atrapado sin una salida real.

Debió haber sido obvio a algún nivel. Estaba revisando la identificación de un mocoso antes de que uno de los hombres de aspecto desagradable que lo acompañaba tosiera en señal de protesta.

—Dale un respiro al chico —gruñó—. Mañana se va al campo de entrenamiento. Déjalo ver unas tetas y tomar una cerveza antes de irse.

Estaba calvo y redondo de la cintura, lo que sugería que había tomado una cerveza de más, así que probablemente esta era la única forma en que podría ver un buen par de tetas. Miré al chico y sin perder el ritmo marqué su mano como menor de edad. Ese hijo de puta no iba a conseguir alcohol.

—Puede mirar tetas todo lo que quiera, pero no va a conseguir alcohol. Puede volver por alcohol cuando cumpla veintiún años —me encogí de hombros.

Probablemente podría vencerlos a los tres. El chico era pura brazos y piernas, nada amenazante. El hombre peludo y calvo parecía que una buena patada en la rodilla lo derribaría y dejaría fuera de combate. Le lancé una mirada dura al último hombre del grupo. Era viejo y parecía estar hecho de cuero, probablemente tenía algunos buenos golpes.

—Mantengan las manos lejos de las mujeres —advertí—. Si escucho alguna queja de las chicas, me toca partirles los dientes.

Dos de ellos pagaron la entrada y entraron quejándose de que yo solo hacía mi trabajo. No pestañeeé, pero sostuve la mirada de acero del anciano frente a mí.

—Si planeas entrar, la entrada cuesta cinco dólares. No hay descuento para la tercera edad — decidí en el momento en que ese idiota comenzó a quejarse de pedirle identificación al chico que no iba a ser amable.

—Vete a la mierda, chico —se movió al otro lado de la puerta y comenzó a apoyarse contra la pared—. ¿Esto es lo que haces? ¿Sales y decides que vas a mearte en las botas de los hombres que vienen a ver tetas y culos?

Lo pensé durante un segundo, intentando decidir cómo sabía que acababa de salir. Miré hacia abajo al tatuaje de la cabeza del perro del diablo en mi antebrazo. Estaba lo suficientemente expuesto para que él lo viera, asentí y lo miré.

—No estoy meando en las botas, solo hago mi trabajo. Si no te gusta que le diga al chico que no puede tomar una cerveza, entonces ve y cómprale una caja después de que hayas tenido tu ración de tetas y culos —crucé los brazos y lo miré fijamente. Estaba tan desgastado como ellos vienen y no pude descifrar cuántos años tenía. Pero si podía reconocer al perro en mi antebrazo, probablemente también era uno—. ¿Te hicieron usar pantalones caqui cuando te alistaste en los Marines?

—No soy tan viejo, idiota —rio aunque pude ver que apretaba uno de sus puños carnosos. Quería golpearme. Bien, tal vez eso lo haría irse.

—¿En qué rama se va a alistar el chico? No me digas que quiere ser un jarhead —comenté—. Ese chico no sería capaz de pasar el campo de entrenamiento de los Marines. Probablemente tampoco lo lograría en el Ejército.

—Fuerza Aérea —gruñó—. Tillman espera que le ponga algo de carne a los huesos y algo de sensatez en la cabeza. La mamá del chico no ha hecho más que consentirlo desde que nació.

—El Ejército, sin importar la rama, no ayudará al chico si es un marica —dije sin ningún tono de disculpa.

—Predicando a la congregación, hijo —gruñó y pareció estar contento con apoyarse contra la pared—. ¿Estás satisfecho con esto?

Negué con la cabeza y aparté la mirada de él, hacia el estacionamiento. Había algunos autos estacionados, pero el hombre con el que estaba hablando y su amigo habían llegado en motocicletas—. ¿Estás satisfecho con ser un viejo cabrón?

—He metido mi bota en culos por menos, muchacho —gruñó hacia mí—. Responde la pregunta. ¿Estás satisfecho con apoyarte contra la pared y verte amenazante mientras en realidad

no haces nada?

—A la mierda la pregunta —quería saber a dónde quería llegar y no estaba dispuesto a jugar con el viejo—. ¿Qué mierda quieres? Escúpelo o paga la entrada y entra. No estoy aquí para una evaluación psicológica y te falta un minuto para que te patee el trasero y te saque de aquí. — Sentí que estaba intentando analizarme y no iba a permitir esa mierda.

—Bien —sacó su cartera, sujeta a una cadena. Un Marine convertido en motociclista, intenté no poner los ojos en blanco ante el cliché. Me entregó un billete de cinco dólares con una tarjeta—. Si decides patear traseros en lugar de mirarlos, podría usar a un idiota como tú. Encuéntrame en la dirección de la tarjeta y ahí te explicaré.

Me dejó un poco confundido. Estábamos intercambiando insultos, pero ahora quería que trabajara para él.

—Será después de la una —respondí—. Tengo que asegurarme de que las chicas lleguen a sus autos sin problemas.

—Lo suponía. Clarence Wilson —gruñó mientras se demoraba en la entrada y me ofrecía su mano maltratada—. Pero solo Wilson. Llámame Clarence y te tumbaré. Estaré despierto y ahí. Mi única condición es que seas lo suficientemente hombre para montar una motocicleta. No cargaré a un hombre que será demasiado marica y andará en un auto.

Resoplé y tomé su mano, apretándola con fuerza—. Jeremiah Cole, Cole. Llámame por cualquier variación de Jeremiah y te patearé el trasero. No tengo una motocicleta, pero sé montar.

—Si estás interesado —me miró fijamente—, puedo ayudarte a conseguir una. Pero no voy a perder mi tiempo si lo único que buscas es verte como un chico malo sin estar dispuesto a demostrarlo.

—Si quieres que te patee el trasero ahora, puedo hacerlo. Pero golpear a los ancianos no es realmente una prueba en mi opinión.

—Luego, necesito ver si este chico puede manejar a una chica en su regazo sin reventársela en los pantalones —con eso, se paseó dentro del club.

Me quedé afuera más tiempo del necesario en el aire fresco. Estaba curioso sobre lo que el viejo tenía en mente. Ganaba un dinero decente haciendo esto, pero necesitaba un cambio. Necesitaba un cambio antes de que la ira y el resentimiento hirvieran porque estaba listo para estallar.

Capítulo 1

No cambió mucho, pero fue un cambio lo suficientemente grande como para que fuera menos probable que me hiciera daño siendo estúpido. No era suicida, pero estaba aburrido hasta la médula. Pude lastimar a otras personas, algo que me divertía. No revisaba identificaciones, no esperaba a chicas con problemas de coca ni tenía que responder ante nadie más que ante Wilson. Él no intentaba tenerme atado corto. Sí utilizaba mi altura y corpulencia de la misma manera que los demás, pero me dejaba ser tan peligroso como quería. Era una emoción que sentí en los Marines, caminando por la línea que podría matarme o hacer que le metiera una bala en la cabeza a otra persona. Ser un peligro para los demás mientras bailaba en la línea. Me encantaba.

Las armas no me emocionaban; prefería trabajar con mis propias manos. Wilson también lo sabía. No quería que causáramos problemas. Pero a veces un idiota de otro club pedía que le patearan el trasero. Cuando eso ocurría, yo era el tipo que se lo daba. La pistola que llevaba era solo por si acaso y mayormente para aparentar. Aún no había tenido que sacarla, y solo la disparaba para mantener mi puntería en forma.

Wilson y el club me dieron un propósito. Una razón para seguir haciendo ejercicio, para mantener mi tiempo de reacción afilado y mis habilidades al día. Era el cambio que necesitaba. Era un trabajo que disfrutaba.

En ese momento, tenía música a todo volumen entrando por mis oídos mientras golpeaba un saco de boxeo. Eso ayudaba a aliviar la acumulación de tensión en mis hombros y brazos, como liberar la presión de una válvula a punto de explotar. Las cosas habían estado aburridas durante el último año porque el mismo chico idiota del club de estriptis intentó actuar como un chico grande y causar problemas. No podía manejar la complacencia que requería que nos viéramos como ciudadanos que respetan la ley.

Un año de simplemente holgazanear mientras Los Hermanos de la Osera parecían legítimos era demasiado para mí. Empezaron un negocio al que no tenía ningún interés en unirme. Trabajé en mi motocicleta y mi camioneta, pero me negué a ensuciarme las manos trabajando en las de los demás. Incluso si eso me haría ganar dinero.

Tenía otras cosas de las que preocuparme. Estaba seguro de que nuestras rutas de reparto habían sido tomadas por alguna pandilla de mierda que atraería la atención de la ley. No había mucho que pudiera hacer hasta que recibiera la orden de reclamarlas. Esperaba que fuera pronto.

Mi teléfono pitó, alertándome de un nuevo mensaje. Le di un último golpe fuerte al saco antes de alejarme. Saqué mi teléfono del bolsillo de mis shorts y lo desbloqueé hasta que apareció el mensaje.

—Tengo un trabajo para ti —era de Wilson.

Joder, por fin.

Me quité los auriculares y me dirigí a los vestidores para ducharme. Estaba a punto de darme el alivio que necesitaba y sería el ejercicio que estuve ansiando durante un año.

Capítulo 2

Llegué y vi a Tillman saliendo a zancadas del club con Redding pisándole los talones. El hombre mayor resoplaba y, por un instante, pensé que se desmayaría. Cuando me bajé de la moto y me quité el casco, oí a Redding intentando calmar al viejo de su rabieta y decidí escuchar.

—Wilson no lo haría si no fuera lo mejor —espetó—. No me dirás que, después de toda la mierda de la que hemos salido, Jimmy no se lo merece.

—¡Se lo merece! —gritó, alzando los brazos. Pero cuando me vio allí su expresión se ensombreció—. ¡Pero soltar a ese perro rabioso contra él no es la solución! ¡Puedo esposar al chico, pero esa bestia lo matará!

—Ese perro rabioso nunca ha traído a la policía a nuestra puerta —dije con sencillez.

—¿Ah, sí? —me gruñó, después de haberme acusado de ser un perro—. ¿No hay suficientes pruebas de ello?

—Los únicos cadáveres que he enterrado han sido por el Tío Sam —respondí con frialdad. No iba a picar el anzuelo, no si sabía que me soltarían. Por ahora, parecía que eso era lo que iba a pasar—. Escucha a tu cojo: si me dan un nombre, es porque se lo merece. Las consecuencias vienen con salirse de la raya —sentí la sonrisa asomando a mis labios mientras me dirigía a la puerta del club—. Por desgracia para Jimmy, yo soy la consecuencia. Si el chico hubiera sido listo, ya habría sabido eso y se habría ahorrado todos estos problemas.

—Tiene que comerse su merecido postre —convino Redding, ignorando mi pulla.

Cómo ese tipo hizo dos tours en Irak y salió con la cabeza tan fría, aún no lo sé.

Asentí porque no se podía discutir. Era hora de averiguar qué estaba pasando y dejé a los dos hombres fuera. El club en sí estaba tranquilo, con el garaje abierto, la mayoría de los chicos capaces estaban allí ganándose la vida honradamente. Había algo en ser militar, retirado o no,

que dificultaba conseguir un trabajo decente. Había sido algo con lo que yo también había luchado, así que lo sabía, pero yo no estaba hecho para ganarme la vida honradamente.

Fui hasta la oficina y encontré allí a Wilson encendiendo un puro.

—Tillman está armando un buen numerito —ofrecí a modo de saludo, ya que tenía que advertirle.

Tillman era un buen tipo, pero tenía mal genio. Hacía falta alguien como Wilson o Redding para hacerle entrar en razón cuando se encendía. Personalmente, me la soplaba.

—Supongo que mi involucración es la razón.

—Su sobrino está en libertad condicional —asintió Wilson mientras chupaba el puro—. Necesito que sepa, sin lugar a dudas, que sus lazos con Los Hermanos de la Osera están rotos.

—Entonces —me recosté contra la pared—, ¿cómo quieres que le saque las dudas?

—No rompas nada —dijo con ligereza—. Dáde una paliza —lo vi sacar un fajo de billetes del escritorio. Contó cuatrocientos y me los ofreció—. Cógele la insignia. Si me traes todo su chaleco, te daré otros cien.

Doblé los billetes y los metí en un bolsillo. —¿Tillman me va a dar problemas con esto?

—Si Ted decide ser estúpido y meterse en el medio, también puedes darle un golpe —se puso de pie y me miró con enojo—. Sabía que esto vendría desde el momento en que Redding y Billings fueron arrestados. Tendrá que aguantarse. Hemos perdido demasiado negocio por esta mierda.

—¿Vamos a recuperar el negocio? —Porque necesitaba la distracción, sabía que sonaba esperanzado.

—Dame un mes y te abriré camino —me aseguré—. Este es el trabajo por ahora. El chico tiene una tobillera. Está atrapado en su casa.

—¿Vive con su mamá? —Aun así lo haría, pero requeriría planificación.

Hizo una pausa, luego escribió la dirección en un papel, consideró algo y me lo entregó.

—No, por lo que entiendo, vive con otro estúpido que fue detenido por los mismos cargos. No sé, ni me importa, cómo paga sus cosas ahora. Solo termina esto y seguiremos desde allí.

Tomé el papel y lo miré, memorizando la dirección. —¿Quieres fotos?

—No es necesario —aunque había una sonrisa alrededor del puro. Al viejo le gustaba cómo trabajaba.

—Lo haré esta noche y te traeré el corte por la mañana —le aseguré antes de tirar el papel con la dirección a la basura—. Necesitamos volver al trabajo, cabrón. Estoy muy aburrido —me quejé mientras me daba la vuelta para irme.

—Pronto, chico. Pronto.

Capítulo 3

Pasé el resto de mi día observando la casa de Billings. Opté por llevar mi camioneta para ofrecerme algo de cobertura y un poco de calor. Estaba bajo arresto domiciliario por noventa días, si duraba los primeros noventa siguiendo los detalles de su libertad condicional, le quitarían el grillete del tobillo. Como estaban las cosas ahora, todo lo que podía hacer el pobre bastardo era trabajar e ir a casa. Tuve la sensación de que no tenía un trabajo porque no salió de la casa ni una vez. Al principio, me pregunté si era paranoia, luego me di cuenta de que no era tan brillante. Tenía secuaces que hacían los recados que él no podía. No sé cómo los consiguió. No tenía el carisma que Tillman ni las habilidades de liderazgo que Wilson. ¿Quizás eran amigos?

Decidí que una vez que oscureciera y la casa pareciera despejada, me daría a conocer. Había visto a Billings un número de veces en las instalaciones de los Los Hermanos de la Osera, él sabía lo que hacía, y sabría por qué estaba aquí. Así que decidí mantener las cosas simples. Me paré justo afuera de la línea de luz del porche. Crucé los brazos y esperé a que me notaran.

No tardó mucho. Vi un movimiento en las cortinas desde lo que supuse era un dormitorio. La casa estaba en silencio, así que no sabía cuántos estaban en casa además de Billings. Estaba bastante seguro de que había al menos dos. Observé cómo se apagaba la luz del porche e intenté no reírme abiertamente. Esperaría. No quería sumar allanamiento de morada a los cargos de agresión con los que esto podría llenarme.

Escuché pasos detrás de mí y me di la vuelta justo a tiempo para atrapar el bate de béisbol que me estaban balanceando.

—¿Así es cómo queremos jugar? —pregunté mientras la emoción me golpeaba y lance un golpe para atraparlo en la mandíbula, arrebatándole el bate de las manos. Tambaleó y lancé una patada hacia adelante para alcanzarlo en el estómago—. Viniste a hurtadillas detrás de un tipo e intentaste golpearlo por detrás. Eso es una mierda, hombre —le di otra patada, apuntando a sus

costillas cuando cayó—. No tengo problemas contigo —gruñí mientras pisoteaba su centro—. Quédate abajo y todavía no tendré problemas contigo.

Estaba a punto de darme la vuelta, pero me embistieron por detrás.

—¡Vas a morir, hijo de puta! —gritó mientras el idiota comenzó a golpearme en el costado en rápida sucesión. No me di cuenta de que me estaba apuñalando hasta que el cuchillo se quedó atascado en mi corte.

Vi rojo antes de sentir el dolor. Alcancé hacia atrás para agarrar dos puñados del tipo que estaba sobre mi espalda, y con un poco de esfuerzo lo aparté de mi espalda y logré azotarlo contra la acera agrietada.

—¿Cómo es que me vas a apuñalar?

No esperé una respuesta, mi bota cayó sobre su cabeza sin pensarlo realmente. Cada gota de dolor que comencé a sentir lanzándose a través de mi costado fue devuelta a este hijo de puta con mi pie, lo golpeé y pateé con saña. No me detuve hasta que escuché el sonido familiar de una pistola siendo amartillada. Me di la vuelta y vi a Billings con su arma apuntándome. Levanté las manos.

—¿Así es cómo va a ser? —pregunté, tratando de no hacer una mueca mientras mantenía las manos en alto.

—No sé por qué estás aquí —me escupió—. ¡Me jodieron y liberaron a esa perra! ¡Puedes irte a la mierda!

Tomé un segundo para recomponerme, mirando su pistola. Tenía un ligero temblor. Estaba asustado, pero ¿estaba lo suficientemente asustado como para apretar el gatillo?

—Sabes por qué estoy aquí —jadeé levemente, un fuego comenzaba a arder en mi costado. Iba a necesitar ir al hospital después de esto—. Dame tu chaqueta —le presté toda mi atención; los otros cabrones no se iban a levantar—. Sabes que se acabó y todos podemos seguir adelante con esto.

—¿Mi chaqueta? —vi que alzaba las cejas como si no supiera qué había hecho mal—. ¿Me están echando?

—Rompes las reglas y tienes que pagar —respondí simplemente—. ¿Tu oficial de libertad condicional sabe que tienes un arma?

—Que te jodan —se acercó, girando el arma de costado mientras trataba de impresionarme. Yo sabía mejor, no puedes disparar bien sujetando un arma así—. Debería dispararte ahora mismo.

—Sí —extendí los brazos y el fuego en mi costado solo ardió más fuerte—. Hazlo. Ve a la cárcel por asesinato, a ver si es más divertido que estar encerrado por drogas.

—¡Lo que hiciste fue agresión!

—Defensa propia —bajé los brazos—. Uno tenía un bate, el otro me apuñaló, apalearlos fue un acto reflejo del estómago. No espero que lo entiendas, fuerzas aéreas.

Gruñó y bajó el arma, dio la vuelta y entró en la casa. Esperé, tratando de mantener la calma mientras me dolía. Salió y arrojó la chaqueta de cuero al patio. —Dile al Tío Ted que gracias por la mierda —escupió sobre ella—. Y por perder el tiempo.

No vi el arma, pero no esperé a ver si volvería a apuntarme con ella. Me lancé sobre él, apuntando con mi hombro a su estómago y lo hice caer de espaldas sobre el porche de cemento.

—Claro —me esforcé por arrodillarme—. Toma esto como su agradecimiento por ser un marica —golpeé con mi puño su nariz, complacido al sentir que se rompía—. Y esto... —lancé mi puño contra su mandíbula—... es por ser un idiota. —Y le di otro más, no se suponía que rompiera nada, pero su nariz podría estarlo—. La próxima vez que venga algún cabrón a darte una paliza, acéptala como un hombre —luché por ponerme de pie—. No llames a tus amigos para que reciban tus golpes por ti.

Le di una patada final en el costado para asegurarme de que entendió mi punto. Si no fuera por el dolor ardiente en mi costado, le habría dado más. Fui a buscar su chaqueta y, de paso, le di otra patada sólida al cabrón que me apuñaló.

—Si tuviera tiempo, serías un jodido muerto.

Encontré mi camioneta y abrí mi ensangrentada chaqueta. La camisa blanca que llevaba debajo estaba empapada de sangre, y pude ver que se filtraba en mis jeans. Maldita sea, había algo en ver la sangre que hacía que doliera más. Encendí la camioneta y salí a toda velocidad para poder ir a que me curaran.

Capítulo 4

Por el lado positivo, la sangre a borbotones acortó la espera en Urgencias. Cuando el médico determinó que mis heridas no eran mortales, me dejó al cuidado de una enfermera.

—Nada vital ha sido dañado, tienen cuatro pulgadas de profundidad como máximo —dijo mientras presionaba una dolorosamente, haciéndome sisear—. Puedes encargarte de coserlo. Enviaré a Latisha para que le administre anestesia. Mantente al tanto de sus signos vitales y avísame cuando termines de cerrarlo.

—Entendido —respondió ella con voz suave.

Le eché un vistazo a la enfermera que se encargaría de mí. Tenía una abundante cabellera negra recogida en una cola baja y los ojos más azules que había visto jamás. Me quedé impresionado por un momento hasta que comenzó a limpiar mis heridas. Tenía una mueca en el rostro y parecía no prestarme atención mientras limpiaba la sangre de mi costado. Me habían cortado la camisa que llevaba puesta en un intento por ver la gravedad de mis heridas. Comenzaron a cortar mis pantalones, pero protesté. No me gustaba la idea de tener que salir de allí con el trasero al aire.

Fue eficiente a pesar de mis quejidos de dolor. Tan pronto como se limpió la sangre, rápidamente colocó gasas sobre cada una de las aberturas en mi piel con la suficiente presión de vendas para detener cualquier sangrado. Luego, me metió un termómetro en la boca y me envolvió el brazalete alrededor del codo con su estetoscopio en la curva. No me habló en absoluto mientras trabajaba. Normalmente no sería algo que me molestara, agradecía la determinación de revisar mis signos vitales antes de entablar cualquier charla ocasional. Simplemente me recosté en la dura mesa de plástico y la observé.

Era pálida en comparación conmigo, yo tenía un bronceado natural, y parecía resaltar por la oscuridad de su cabello. El hecho de que la estuviera estudiando tan intensamente me hizo dudar, había una atracción aquí. Tenía algunas curvas y su uniforme de enfermera no ocultaba el

volumen de su busto y sus caderas redondeadas. Normalmente no me interesaba en las mujeres, no es que estuviera desinteresado, pero generalmente eran más problemas de lo que valían. Pero esta, a esta la doblaría si tuviera la oportunidad.

—¿Eres alérgico a algo? —preguntó de nuevo, haciéndome parpadear.

¿La había estado mirando tan fijamente que no la escuché? Tal vez era por la pérdida de sangre.

—No —respondí.

—¿Experimentas algún mareo o confusión?

—No —la miré a la cara y por un segundo nuestras miradas se cruzaron.

—¿Te sientes débil? Débil, en el sentido de que te desmayes o como si no pudieras realizar proezas de fuerza como sueles hacerlo —me examinó antes de quitarme el brazalete del brazo y el termómetro de la boca.

—No —preguntas lo suficientemente fáciles de responder—. ¿Hay alguna razón por la que el médico no hizo todas estas preguntas?

De repente, se me acercó mucho y me alumbró los ojos con una pequeña linterna, pareciendo mirarlos fijamente. Me eché un poco hacia atrás, incómodo con la cercanía.

—La sala de emergencias está mal de personal. Si hay cosas que las enfermeras son capaces de hacer, entonces los doctores le echan un vistazo con un diagnóstico antes de ir a tratar a los pacientes con lesiones más graves. Estábamos preocupados por la cantidad de sangre que perdiste, pero las heridas punzantes parecen bastante superficiales, así que puedo coserlas sin que un médico las supervise. Él volverá para asegurarse de que estés bien y para darte el alta con cualquier receta que pueda ser necesaria —se alejó y anotó otra nota—. ¿Has estado bebiendo o consumiendo algún tipo de droga? ¿Legal o ilegal?

—No —gruñí ahora, sintiendo que mi paciencia comenzaba a menguar.

—¿Estás seguro de que no hay alergias? —preguntó otra mujer mientras se asomaba detrás de la cortina. Tenía el cabello negro y corto y la piel color mocca, sus ojos marrones oscuros me miraban entornados. Su expresión no admitía tonterías—. Y asegúrate de decir la verdad sobre las drogas o el alcohol porque estoy a punto de hacer que no sientas más dolor y un poco de mi jugo feliz podría interactuar con diferentes drogas.

Me estiré, encontrando la mirada de la nueva chica.

—Estoy limpio.

—Con un cuerpazo como ese, cariño, espero que sí. —Tenía un carrito rodante con ella, y se inclinó con una jeringa y un pequeño frasco de vidrio—. ¿Viste esto, chica? —le dio un codazo

con la cadera a la enfermera que me había estado atendiendo.

—Latisha, basta —mi enfermera se sonrojó, y traté de no poner los ojos en blanco. No era común que me miraran, pero ahí estaba.

—Lo siento, cariño —me dijo mientras comenzaban a quitarme las gasas—. No todos los días tenemos algo bonito que mirar. —Me dio una sonrisa que calmaría cualquier pluma erizada si me hubiera molestado en prestarle atención—. Si sientes algún dolor después de que te pique, tendrás que decirlo. De lo contrario, te quedarás sintiendo cada puntada que Dylan haga. No tardará mucho en hacer efecto, pero aun así. —Sentí la aguja pincharme las tres veces mientras adormecía la zona—. Si me necesitas —le dijo a la otra chica—, sólo tienes que gritarme. No estaré lejos y no me importará volver a echarle un buen vistazo a esto. —Me dirigió una mueca—. Te diría que volvieras a nuestra sala de emergencias en cualquier momento, cariño, pero por lo general no es bueno hacerlo.

Gruñí y miré a mi enfermera, Dylan. Palpó mis heridas y su expresión era clínica, aunque un poco sonrojada.

—¿Puedes sentir esto?

Sentí un poco de presión alrededor de la quemadura de la herida cerca de mi cadera.

—Sólo presión —dije, pensando que la honestidad era la mejor opción aquí. No me gustaba la idea de tener que sentir cada puntada que ella me cosiera.

—Te estoy pellizcando bastante fuerte —sus ojos se encontraron con los míos—. ¿Estás seguro de que lo único que sientes es presión?

Asentí con la cabeza.

—Si sientes algo más que presión, tienes que decirlo.

Comenzó a trabajar sin volver a mirarme, la presión aumentó a medida que trabajaba, pero no hice ningún sonido de incomodidad. No quería darle motivos para detenerse.

—¿Cómo vamos? —preguntó. Gruñí, sin querer dar nada a conocer—. Es importante respirar, además de que tu cerebro necesita oxígeno, cuando estás dolorido, concentrarte en tu respiración puede ayudar. Suena tonto, y puede que no funcione de inmediato, pero respirar profundamente por la nariz y exhalar por la boca aliviará un poco el dolor.

Tomé una respiración profunda y luego hice una mueca —Es en mi costado. ¿Cómo va a ayudar respirar? Si algo, cada vez que respiro, mi costado arderá más.

—Respira superficial, pero respiraciones rápidas no ayudarán a que el oxígeno llegue donde se necesita. De hecho, respiraciones cortas pueden empeorar las cosas —hizo una pausa para cortar

el hilo, y la observé moverse hacia el siguiente—. Tan pronto termine, podremos contactar a la policía para que presentes una denuncia.

—No es necesario —dije tratando de concentrarme en mi respiración como sugirió.

—Es obvio que te atacaron —señaló—. Tienes lesiones en los nudillos, así que es evidente que te defendiste. Pero es en tu mejor interés presentar una denuncia para que la persona que te apuñaló sea castigada en consecuencia —me miró por un segundo—. Imagino que si esta persona te apuñaló, no dudaría en hacerlo con alguien más.

—No es necesario —repetí, endureciendo mi voz para que captara la indirecta—. No llames a la policía —eso la hizo detenerse y se quedó quieta, mirándome—. Confía en mí —exhalé—. Si el tipo que me apuñaló aprendió algo, es a no apuñalar a nadie más.

Frunció el ceño y luego asintió y volvió a trabajar cosiéndome. Su expresión estaba nublada mientras trabajaba y prácticamente podía ver los engranajes girando en su cabeza. No volvió a hablar y cerré los ojos mientras ella atendía el último agujero en mi costado.

—¿Dylan no es un nombre de hombre?

—Podría considerarse unisex en algunos círculos —habló con ligereza como si no fuera la primera vez que le hacían esa pregunta—. Mi madre era fan de Bob Dylan, así que —se encogió de hombros— por eso me puso Dylan.

—No pareces tan vieja —la miré fijamente ahora—. ¿Cómo es que tu madre es fan de Dylan?

Una sonrisa comenzó a asomar en sus labios y me encontré pensando nuevamente en lo bonita que era. No algo que normalmente pasaría por mi cabeza al mirar a una chica. Trataba a las mujeres como peces; había un programa de captura y liberación cuando tenía comezón. Quizás hacía un mes o dos que no me daba un buen revolcón, pero aquí estaba mirando a esta chica como si fuera a interesarse en apuntarse para el trabajo. Mientras su amiga pudo haber comentado sobre mi apariencia, ella no lo hizo.

—Mi madre me tuvo a una edad más avanzada, así que estuvo viva en los años sesenta y setenta para disfrutar a Bob Dylan.

—Estuvo —repetí—. ¿Ya no está? —Negó con la cabeza mientras terminaba de atenderme—. Lamento haberlo mencionado.

—Es parte de la vida —comenzó a limpiar mi costado de nuevo—. Te acostumbras a eso como enfermera.

—¿Tenía una canción favorita?

Eso me ganó otra mirada y se encogió de hombros. —Como una Piedra Rodante, creo. Realmente era un empate entre esa y la de Johanna.

Asentí como si supiera de qué hablaba. —¿Por qué no llamarte Johanna?

—Quizás quería un niño —esperó un minuto—. Tengo que esperar a que el doctor regrese para revisar esto. Déjame tomar tus signos vitales de nuevo mientras esperamos para asegurarme de que estés bien. —Sin mucha opción, esperé mientras tomaba mi temperatura y revisaba mi presión arterial—. Eso está bien —murmuró—. Ni siquiera un ligero cambio. Asumo que esta no es la primera vez que estás en una pelea.

—No —dije, observándola mientras llenaba papeles—. ¿Y ahora qué?

—Trata de relajarte mientras lleno tu expediente. ¿Cuál es tu nombre? ¿Tienes seguro médico?

Gruñí y me moví para poder sacar mi billetera y entregarle las tarjetas en lugar de tener que responder a una docena de preguntas yo mismo. Ella se quedó callada mientras anotaba la información e intenté acomodarme lo mejor posible.

Latisha asomó la cabeza por la cortina y me lanzó una buena mirada de arriba abajo, —¿Ya terminaste? Maldición, chica. ¿Cómo te sientes, novio? ¿Te duele algo?"

—Me siento como si me hubieran apuñalado múltiples veces —respondí sin rodeos, nada interesado en su coqueteo.

—Pudo haber sido peor —se acercó para inspeccionar el trabajo de Dylan y silbó por lo bajo—. Esas son unas líneas y puntadas bien apretadas —elogió mientras miraba mi costado—. Tendrás un mínimo de cicatrización, aunque por lo que puedo ver la cuchilla que usaron para apuñalarte no era demasiado grande. Así que, esto debería sanar bien —miró por encima del hombro—. Ella es una enfermera excelente, así que si vas a meterte en peleas con otros hombres, ella es buena para volverte a remendar.

—¿La estás ofreciendo? —pregunté con curiosidad.

—La chica ha estado en un período de sequía por seis meses, tengo que ayudarla —sonrió y me guiñó un ojo.

—No pedí ayuda —ella me miró con una mueca. Si un grito de auxilio pudiera decirse con los ojos, los suyos claramente me suplicaban ayuda.

—Lo tendré en cuenta —miré de nuevo a Latisha—. ¿No te sientes mal por intentar emparejar a tu amiga con un tipo que ha sido apuñalado? Podría ser una mala persona —fui honesto porque no sería bueno para alguien como ella.

—Cariño, estoy intentando ayudarla con un período de sequía, no con una propuesta —resopló y miró a su amiga—. Te veré luego, asegúrate de conseguir el número de este —le dio un golpecito con la cadera, e intenté no divertirme con su interacción—. Te veré luego —le dijo a

Dylan y luego me miró a mí, duramente—, espero no volver a verte, aunque es una lástima porque eres agradable de mirar.

—Gracias —gruñí levemente.

La otra chica salió de la pequeña habitación donde me estaban atendiendo.

—Realmente lamento que eso fuera incómodo. Me quejaría de ella, pero es mi amiga —dijo rápidamente como si intentara cubrir la incomodidad de que la otra mujer intentara ayudarla a conseguir pareja.

Reí entre dientes y luego hice una mueca porque la sensación de ardor pareció intensificarse. Entonces solté mi número de teléfono sin siquiera pensarlo.

—Si decides que necesitas poner fin a tu sequía, puedes llamarme —me estiré e intenté acomodarme, aunque parecía imposible—. ¿Cuánto más tengo que esperar antes de irme?

—El doctor Andrews tiene que venir a darte una última revisión y recetarte algunos antibióticos —hizo una pausa y luego pareció darse cuenta de algo—. Necesito tomar una muestra de sangre —tomó mi brazo y pareció mapear las venas—. Perdón, me distraje porque ella tomó a la ligera mi vida personal con un paciente.

—Debería sentirme halagado —la observé mientras me pinchaba, lo que provocó un leve dolor. Hice una mueca y vi cómo bombeaba mi sangre en dos viales

—Esto se analizará para asegurarnos de que no te hayan transmitido enfermedades —colocó una bolita de algodón sobre la aguja y la retiró con cuidado—. Lo que sucederá es que deberás mantener esto limpio, intentar no rascarlo si te pica, lo cual es una posibilidad. Se te asignará una cita dentro de aproximadamente dos semanas y te las quitaremos. Si notas pus u olores extraños provenientes del área, regresa de inmediato —me puso una curita en el lugar donde me sacó sangre—. Si los análisis de tu sangre arrojan algo, te llamaremos al número que me diste.

—¿Pero no me llamarías por nada más?

—Es poco ético —fue su rápida respuesta—. Se le administrarán antibióticos que deberá tomar dos veces al día y un leve analgésico porque es probable que le duela durante un tiempo. —Se quitó los guantes de látex y limpió el desorden que había provocado al atenderme—. Debe tomárselo con calma, cualquier actividad extenuante puede hacer que se le abran los puntos. Si eso ocurre, tendrá que volver.

—Lo tendré en cuenta —refunfuñé.

Después de lo que parecía una hora, el médico entró para hacerme una revisión final. No estaba del todo seguro de cuál era su propósito. Examinó los puntos de mi costado y los palpó con sus manos enguantadas.

—Este es un trabajo fabuloso, Dylan. —Le lanzó una mirada por encima del hombro—. La oí explicarte cómo cuidarlo. Te está dando un buen consejo. Sígalo y no tendrás que volver hasta que sea el momento de quitarlos. —Se alejó y sacó una libreta para escribir, y me entregaron dos recetas—. Puedes irte. Cuídate y que pases buena noche.

Salió tan rápido como había entrado y yo me senté con las recetas en la mano.

—¿En realidad hizo algo?

—Falta personal, ¿recuerdas? —Me frunció el ceño y procedió a cubrir los puntos con gasa y esparadrapo—. Lamento haber cortado tu camisa, pero si estás dispuesto a esperar, puedo conseguirte una bata para que te sientas más cómodo.

—No, no te molestes —me deslicé de la camilla.

Puso su mano debajo de mi codo para estabilizarme, y vi aquellos ojos azules observándome con preocupación. ¿Vacilé? Sus manos estaban frescas sobre mi piel, y yo la miraba desde arriba. No parecía tan baja cuando estaba en la camilla.

—¿Te marean? —preguntó.

—No.

—¿Te sientes nauseoso? —levantó la mano y la puso sobre mi frente, lo que la acercó a mí, y sentí el roce de sus pechos contra mi pecho.

—No —fruncí el ceño—. Ya puedo irme, así que me voy. —Puse mi mano en su cadera y la atraje hacia mí. Se sentía tan fresca que quise calentarla—. Llámame y te ayudaré como tú me ayudaste a mí.

Oí que contuvo la respiración y supe que, fuera lo que fuese que yo estaba sintiendo, ella también lo había sentido.

—Lo consideraré.

Capítulo 5

Regresé a la casa del club sin darme cuenta siquiera de cómo llegué allí. No estaba mareado ni desfallecido, pero parecía demasiado desconectado durante el trayecto. El estacionamiento estaba vacío, excepto por algunas motocicletas familiares, así que tuve suficiente espacio para entrar y estacionar. Salí y el frío aire nocturno parecía hacer que todo se estremeciera. No me había molestado en ponerme una camisa, y realmente no había sentido la necesidad hasta ahora. Hice una mueca y entré en la casa del club.

Parecía vacía. La puerta no estaba cerrada con llave, fui a la oficina y toqué. ¿Por qué tocar? Porque hay algunas cosas que no quiero encontrarme.

—Adelante —bramó Wilson. Por supuesto, él estaba aquí.

Abrí la puerta y arrojé la chaqueta de Billings sobre el escritorio, ni siquiera me di cuenta de que Tillman estaba allí hasta que lo escuché gruñir:

—Más le vale al chico seguir caminando.

Ante eso, entré y señalé mi costado vendado.

—Ah, el hijo de puta sigue caminando. Usé mis puños como un hombre. Ese cobarde hizo que alguien me atacara con un bate y un cuchillo. Tuvo suerte de que yo estuviera sangrando, de lo contrario no lo estaría.

—¿Qué, no puedes patear traseros estando herido? —replicó Tillman. Él y yo normalmente no veíamos las cosas de la misma manera, esto probablemente empeoraría las cosas. Ahora mismo estaba tratando de encontrar una razón para importarme.

—Déjame que te apuñale unas cuantas veces y veamos si puedes seguir adelante —gruñí. Miré a Wilson—: Necesito recuperarme. No me llamen a menos que sea importante.

—Estábamos hablando de volver a las andadas —continuó Tillman como si yo no hubiera mencionado que necesitaba tiempo—. ¿Me estás diciendo que eres demasiado marica para seguir?

—Tienes una opción —lo fulminé con la mirada—. Puedo patearte el trasero y mostrarte lo que se siente ser una marica o puedes callarte y dejarme recuperarme. No tienes que caerme bien, no me importa. El sentimiento es mutuo en este momento —gruñí—. Pero si vas a provocarme justo ahora, vas a descubrir que no tengo paciencia para tus tonterías.

—Tillman —Wilson se puso de pie y sacó algunos billetes—. Jimmy se merecía lo que le pasó, y tú lo sabes. Necesitamos uno o dos cabrones por aquí para mantener todo en orden, y Jimmy es un ejemplo de eso. Enójate conmigo porque yo lo traje y le dije que fuera a darle una paliza al chico. Dénle un respiro. —Me entregó los billetes y retrocedí hacia la puerta de la oficina.

—Bien —siseó el otro hombre y se puso de pie—. Iré a ver qué daño se hizo y a limpiar.

—No lo hagas —se le gruñó y me quedé para ver la reacción—. No aprenderá nada si vas allí y lo sacas del lío. Pensará que podrá volver a entrar aquí y eso... —el hombre mayor comenzó a resoplar como un toro—, no es el mensaje que quería transmitir.

—Considéralo así —dije con calma, porque sentí que tenía que ser la voz de la razón—: Si Los Hermanos de la Osera no fueran lo que son, él estaría muerto.

—Era algo que consideré —Wilson pareció estar de acuerdo con el punto que estaba tratando de hacer—. No sería una preocupación si fuera eliminado por completo.

Tillman me dirigió una mirada dura antes de nivelarla con Wilson.

—Lo conocí cuando era un niño, no puedes esperar que firme algo así.

—No pedí tu permiso, así como él no pidió tu permiso cuando empezó a correr meta y Dios sabe qué más. Atrajo la atención de la policía y solo era cuestión de tiempo antes de que llamara su atención sobre nosotros —la lógica y la razón de Wilson tenían una voz áspera. Me gustaba el viejo antes, pero estando aquí todavía al borde de mi visita al hospital, pude verlo como el buen líder que era—. Todavía estamos limpiando ese desastre y hemos perdido una tonelada de dinero en el proceso; incluso con Redding manejando el taller. Es la mitad de los ingresos que el club hacía. Perdimos mucho dinero limpiando el nombre de Redding y todo esto podría haberse evitado si Jimmy te hubiera hablado primero.

Ajusté mi postura, mi costado ardiendo.

—Estoy bien —gruñí—. Ustedes pueden manejar el drama. Me voy.

Me di la vuelta para irme, tenía las recetas que quería tomar y luego estrellarme en mi cama.

—Espera —fue Tillman quien captó mi atención—. Te seguiremos para asegurarnos de que llegues a casa de una pieza.

Esto me sorprendió porque a él no le caía bien, ¿entonces por qué le importaba si llegaba a casa? Me encogí de hombros ligeramente y decidí esperar en la camioneta. Los vi discutir

mientras cerraban, luego fueron a sus motocicletas. Encendí el motor y no los esperé, estaba demasiado ansioso por llegar a casa.

Capítulo 6

L ogré llegar a casa y meterme en la cama. Después de tomar las pastillas que me habían dado, me quedé dormido. Mi sueño fue intranquilo. Cada vez que me movía, un dolor punzante atravesaba mi costado y me quedaba quejando hasta que podía volver a dormir. Cuando sonó mi teléfono, estaba listo para estamparlo contra la mesita de noche.

—¿Qué? —espeté al número desconocido. Mi voz sonaba áspera y la falta de sueño me estaba afectando.

—Señor Cole —una voz suave atravesó la privación de sueño—. ¿Se encuentra bien? Soy... —la voz vaciló por un instante—. Soy la enfermera Dylan de Urgencias.

Me relajé sobre las almohadas, haciendo una mueca mientras el fuego me traspasaba.

—¿Por qué me llamas?

—Yo... —Pude percibir la indecisión al otro lado del teléfono, como si no pudiera decidir por qué llamaba—. Necesito que esta sequía termine —dijo tras una pausa—. Me ofreciste ayuda, pensé que aceptaría tu oferta.

—Cielo —gemí al teléfono—, me encantaría probar ese culito, pero he tenido una noche de mierda.

—¿Cuál es el problema? —Su tono se volvió clínico y cualquier vacilación en su voz desapareció—. Háblame.

—Cada vez que me muevo es como si me hubieran echado ácido en el costado —quizás fue porque estaba tan cansado que no paraba de hablar—. Me está palpitando y ardiendo.

—¿Ya tomaste los analgésicos que te recetaron? —Gruñí una afirmación—. ¿Recuerdas a qué hora fue?

—¿Qué hora es ahora?

—Cerca de las ocho —sonaba preocupada—. ¿Tienes fiebre o algo así?

—Joder, no lo sé —cerré los ojos—. Sólo quiero dormir.

—Acabo de terminar mi turno —me informó—. Me gustaría ir a revisarte. Sólo para asegurarme de que estés bien. No por nada más, por supuesto —hablaba rápido y era evidente que estaba avergonzada.

—Me llamaste con la intención de tener sexo —dije con franqueza—. Aunque me encantaría aceptar tu oferta ahora, no estoy seguro de poder. Sin embargo, si te ofreces a venir para que esto sea más llevadero, ven. Que se jodan las normas éticas.

No le di la oportunidad de dudarle o discutir, le colgué y me cubrí los ojos con un brazo. Me dolía tanto, y estaba tan cansado. Me dolía más ahora que cuando ese imbécil me apuñaló por primera vez.

Me acomodé lo mejor que pude a pesar del palpar en mi costado y logré quedarme dormido otra vez. El tiempo transcurrió y no tenía idea de cuánto había logrado dormir antes de que unos golpes me despertaran. Gruñendo, me senté y de inmediato hice una mueca. Me levanté de la cama y fui hacia la puerta, sin molestarme en encender las luces. Era temprano, pero el sol ya estaba arriba. Sentía que no había logrado dormir en absoluto. Abrí la puerta de golpe para fulminar con la mirada a mi visitante.

Mi enfermera de antes estaba en el umbral de la puerta, se veía ligeramente despeinada y tan cansada como yo me sentía.

—¿Jeremiah Cole? —parecía insegura antes de verme y entrar sin ser invitada.

—Cole —la corregí con un resoplido.

Ignoró cualquier táctica de intimidación que hubiera estado usando y me indicó que me sentara en el raído sofá que tenía en la sala de estar. Cerró la puerta detrás de ella y encendió la lámpara. La mujer insegura del teléfono se había transformado en una enfermera práctica que no se dejaría detener en su trabajo. Me puso una mano fresca en la frente.

—¿Recuerdas cuándo tomaste tus medicinas por última vez?

—Las tomé cuando llegué a casa, alrededor de las dos —la fulminé con la mirada mientras me tomaba el rostro con las manos, sus dedos me rascaron la pequeña barba que tenía. No pretendía dejarme crecer la barba, pero últimamente no me había molestado en afeitarme, así que el vello había comenzado a llenar mi rostro sin importar lo que quisiera—. ¿Si ya pasaron las ocho, puedo tomar otro analgésico?

—¿Te sientes mareado o con náuseas?

—No —gruñí—. Sólo realmente jodido y cansado.

—Él te recetó una dosis baja de Lortab, no debes tomar más de lo indicado. ¿Tienes ibuprofeno? —Sus manos en mi rostro se sentían bien, y cerré los ojos—. Voy a revisar tus

puntos para asegurarme de que estén bien. ¿De acuerdo?

Gruñí de manera afirmativa. Estaba sentado en calzoncillos, así que no era como si tuviera que desvestirme. No estoy seguro de por qué siquiera preguntó. Soltó mi rostro y se arrodilló frente a mí, lo suficientemente cerca como para poder oler su aroma.

¿Almendras? ¿Vainilla? Era algo así, pero una mezcla. Sobresalía por encima del olor a látex y yodo que no lograba descifrar. Estaba tan cerca, tirando cuidadosamente de la cinta médica en mi costado para ver los puntos de sutura que había puesto hace horas. Me giré y mi nariz rozó el cabello en la coronilla de su cabeza, aún no lograba descifrar ese aroma. ¿Por qué me importaba? No debería, pero lo hacía. Entonces, sus dedos afilados me palparon y no pude evitar gruñir.

—Están rojos, como es de esperar. Pero no sangran, la sangre se coaguló como debía —hablaba, pero realmente no entendía la razón—. No veo pus en este —reemplazó la cinta y pasó al siguiente, repitiendo su inspección de las otras dos heridas—. El dolor que estás sintiendo —se alejó y me miró—, es normal. Será así por un día, quizás dos, a menos que haya algún problema.

—No puedo dormir una mierda así —gruñí con molestia.

—¿Y el ibuprofeno? ¿Tomaste alguno?

—Si tengo alguna droga, estará en el botiquín del baño —señalé en esa dirección general.

—Vamos —tomó la mano con la que había estado haciendo señas y me puso de pie—. Sé que te duele, y será difícil que duermas, pero el descanso es lo mejor que puedes hacer —se pegó a mi costado ileso y comenzó a caminar hacia mi dormitorio como si fuera un inválido—. Haré lo que pueda para ayudarte a acomodarte.

¿Por qué? El pensamiento cruzó mi mente mientras me guiaba, luego me ayudó a volver a la cama. ¿Sería sólo porque buscaba una cogida fácil? Obviamente, no podría atenderla esta noche.

—¿Prefieres dormir de espaldas o de lado?

—De espaldas —hice una mueca de dolor al moverme y luchar por acomodarme.

Sostuvo las mantas y, cuando dejé de moverme, procedió a arroparme como a un niño. Gruñí una queja que ignoró. Tan pronto como consideró que estaba cómodo, fue al baño a revisar el botiquín. Salieron murmullos del baño antes de un suspiro, y la enfermera regresó al dormitorio.

—Bueno, te quedaste sin Tylenol, ibuprofeno y crema de afeitar. Tengo algo que puedo darte, no la crema de afeitar, pero en cuanto puedas, querrás conseguir la tuya —revolvió su bolso y sacó una botellita pequeña—. Preferiría el ibuprofeno sobre el acetaminofén por seguridad —sacudió dos pastillas y me las entregó—. Oh, espera, y te traeré agua —no tuve oportunidad de protestar, salió en un destello. Oí ruidos y luego el grifo antes de que regresara conmigo—. Bebe

mucha agua y asegúrate de comer bien. Perdiste una buena cantidad de sangre, aunque no fue peligrosa.

Comenzó a alejarse una vez que quedé acomodado. Atrapé su muñeca y, con poco esfuerzo, la jalé a la cama conmigo. Tropezó y terminó tendida sobre mi lado izquierdo, a medio camino sobre mi pecho.

—¿Cómo es —la miré con el ceño fruncido— que me llamas queriendo coger, y llegas con la intención de sanarme?

Pude ver que la repentina cercanía la afectó, jadeó aunque no hizo ningún intento por quitarse de encima.

—Yo-yo, bueno —su expresión se endureció—. Te estabas lastimando. ¿Te estás quejando de que te ayude?

—No —tomé su mano y la puse sobre mi pene. Estaba semi-erecto, pero había una posibilidad de que probablemente podría ponerme duro y entrar en acción.

Incluso con lo cansado que estaba, tenerla aquí preocupándose por mí parecía haberlo estimulado. Con su mano sobre mí, sólo pareció endurecerse más. Vi que abría la boca, probablemente para protestar, y enredé mi mano en su coleta. No le di la oportunidad de decir nada, la jalé hacia mí y atrapé su boca. Sus labios ya estaban entreabiertos, y no anduve con rodeos, me sumergí entre ellos para probarla.

Era como si me hubiera curado, el ardor en mi costado fue olvidado. Sólo era consciente de nuestras bocas fundidas y su mano en mi pene. Me estaba poniendo rápidamente duro, aunque ella sólo me sostenía y no me había dado ni una sola caricia. Sólo el acto de saquear su boca me prendía. Arquee las caderas contra su mano y cualquier pensamiento de volver a dormir sería pospuesto hasta que terminara aquí. Enredé los dedos en su cabello y jalé, ella hizo un ruido de protesta pero separó su boca de la mía e inclinó la cabeza hacia atrás como quería. La seguí por su mentón hasta la línea de su mandíbula hasta llegar a su oído.

—¿Aún quieres que te coja? —La mano en mi pene se flexionó y luego me apretó a través de las mantas y los calzoncillos. Gruñí bajo en su oído—: Tomaré eso como un sí.

—La actividad extenuante debería evitarse tan pronto después de recibir estas puntadas —sonaba sin aliento. Sabía, mientras trazaba mi lengua por su cuello hacia el pequeño escote en v de su camiseta de enfermera, que la estaba afectando tanto como ella me afectaba a mí—. Te estás lastimando, empeorará las cosas.

—Entonces, tú tendrás que hacer todo el trabajo —le aseguré, moviéndome para quitarle la camiseta por encima de la cabeza. Ella no protestó, pero intentó cubrir el sujetador negro y de

encaje que llevaba puesto.

—Es-esto es una mala idea —comenzó, y la jalé hacia abajo para poder silenciar cualquier otra protesta con mi boca.

Cedió cuando mi lengua se enredó con la suya. Deslicé una mano hacia arriba para jugar con sus senos cubiertos, amasando uno hasta que sentí que el pezón se endurecía. Cuanto más pesaba su seno en mi mano, más quería verlos, así que levanté su sujetador y besé mi camino por su cuello. Arrastré mis dientes a lo largo de su piel. Tracé mi lengua alrededor de la curva del seno que no estaba acariciando, siguiéndolo hasta que llegué al pico. Lo chupé dentro de mi boca, lamiéndolo y succionándolo porque disfrutaba de su sabor. Ella hizo un ruido, pero no sonó como una objeción. Era más bien algo entre un jadeo y un gemido.

—Quítate los pantalones y las bragas —gruñí contra su piel, empujando las mantas hacia abajo.

—Yo no... —comenzó de nuevo y me arqueé para atrapar su boca. Empujé mi lengua dentro de su boca para evitar que protestara.

—No —gruñí—. Por esto viniste y esto es lo que vas a obtener.

Se alejó de mí y se quitó los pantalones. Gemí ante la visión de la tanga a juego que llevaba puesta, se la quitó y presioné mi mano entre sus muslos. Separé sus labios inferiores y recorrí su hendidura con mis dedos, encontrando su clítoris y rodeándolo mientras ella se acomodaba contra mí.

—Móntame —le instruí y, tan pronto como estuvo a horcajadas sobre mi cintura, comencé a jugar con su intimidad otra vez. Ya estaba húmeda, lo suficiente para poder introducir dos dedos en ella. Los moví hacia arriba, curvándolos y buscando ese lugar secreto que hizo que sus caderas se arquearan contra mi mano—. Me vas a follar —le dije mientras besaba su pecho, su suave ronroneo me dijo que ya no tenía más protestas—. Vas a cabalgar mi pene hasta que ambos explotemos, ¿entendido?

—Sí —siseó, y algo me dijo que disfrutaba que la mandaran.

—Hazlo —ordené y saqué mis dedos de ella para poder preparar mi pene para que se sentara en él.

Se deslizó hacia abajo y, sin pensarlo, apunté hacia su entrada y la guié hacia abajo con mis manos en sus caderas. Tan pronto como estuve completamente dentro de su calor, gimió:

—No hay condón.

—Preocúpate por eso después —me arqueé dentro de ella, empujando con cuidado cuando el ardor en mi costado comenzó a intensificarse—. Tú tendrás que moverte.

Tenía mis manos en sus caderas e intenté presionarla en un ritmo que no fuera demasiado brusco. Hizo una queja gruñona que no pude entender y comenzó a moverse con el ritmo cuidadoso que establecí. Alcancé a desabrochar su sujetador por detrás y ajusté el ángulo para que se inclinara sobre mí y sus pechos estuvieran en mi cara, sacudiéndose con el rodar de sus caderas.

—Mantenlos en mi cara —su mirada se cruzó con la mía—. Y fóllame hasta que nos corramos los dos.

Todo lo que obtuve fue un asentimiento, y luego sus ojos rodaron hacia atrás mientras parecía concentrarse en el movimiento de sus caderas. Aunque yo estaba dando las órdenes, en esta condición y posición en la que estaba, ella tenía el control. Se movía a su propio ritmo, rodando las caderas al principio y luego empujándose hacia abajo sobre mi pene a un ritmo apresurado. Su respiración venía en jadeos y cada vez que su ritmo se aceleraba, iba acompañado de breves gemidos. Su intimidad comenzó a apretarme con fuerza, y me aferré a sus caderas, tratando de no dejarme ir demasiado pronto. Se sentía tan caliente contra mí, rodeándome, que su preocupación anterior sobre la protección ni siquiera se me había ocurrido. Estaba jugando con fuego porque sabía que no podría salirme a tiempo.

Oí la cabecera golpeando contra la pared y no me importó. La sentí cambiar de ángulo más arriba sobre mí. Exhaló y pareció olvidar lo que le había dicho, porque se sentó por completo, con las manos apoyadas en mi estómago mientras cabalgaba mi pene. Sentí que sus músculos se tensaban y luego comenzaban a pulsarme, estaba cerca, a punto de caer por el precipicio. Mientras que yo sentía una tensión en mis bolas, todavía estaba lejos del final de este viaje. Eso no pareció afectarla en absoluto. Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo mientras se frotaba con fuerza contra mí. Me apretó con fuerza una última vez antes de relajarse y derretirse sobre mí.

Gruñí, mi pene palpitando aún en su apretado agarre. —Aún no puedes dormirte —jadeé y comencé a rodar mis caderas contra las suyas de nuevo—. Termíname ahora —ordené, dándole una fuerte nalgada.

Contuvo la respiración y me miró. —¿Vas a correrte dentro de mí?

—Ese es el plan —seguí moviéndome, mi ritmo no era el que necesitaba y sabía que no podría llegar adonde necesitaba llegar.

—No quiero quedar embarazada —discutió.

—Para una enfermera —me embestí en ella a pesar del palpitante dolor en mi costado—, deberías ser lo suficientemente inteligente para recordar que existe la pastilla del día después. Me encargaré de eso —le aseguré.

—No son cien por ciento efectivas —me gruñó, y su intento de amenaza resultó enternecedor. Me pregunto de qué clase de insolencia sería capaz esta chica.

—¿En serio? —jadeé, sintiéndome muy cerca. Le di otra fuerte nalgada—. Las cosas pasan. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Comenzó a moverse conmigo, sus caderas meciéndose sobre las mías y pareció ocurrírsele un sentido de urgencia.

—Te patearé el trasero si pasa —me dijo, y sus manos se enredaron en mi cabello, tirando de él hasta que mi cabeza se inclinó hacia atrás.

—¿Crees que puedes conmigo? —pregunté, jadeando al sentir que la presión se volvía insoportable.

—Ya lo estoy haciendo —jadeó mientras su estranguladora presión regresaba. Cambió sus manos a mis hombros y me sorprendió que estuviera cerca de otro orgasmo.

Hundí mis dedos en sus caderas, aferrándome mientras sentía que explotaba. Pero eso no la detuvo. Siguió empujando sobre mí mientras me vaciaba dentro de ella. Cuando su orgasmo la golpeó de nuevo, estaba demasiado sensibilizado a él y no pude evitar gemir mientras me apretaba con fuerza.

—Jódeme —me estremecí y temblé.

Había sido demasiado bueno, demasiado. Tendría que volver a ver a esta chica y follarla cuando estuviera al cien por ciento, ya que no me hice justicia.

—¿No acabo de hacerlo? —Tenía una expresión soñadora en su rostro y se había derretido sobre mí de nuevo.

Jadeaba mientras ella parecía demasiado relajada después de eso. Aquí estaba yo, pensando en la próxima oportunidad que tendría para tenerla. Ese no era un pensamiento habitual... no era algo que se suponía que debía tener. No tenía tiempo para una mujer regular ni el deseo de tener una. Normalmente, después de un sexo así, me daría la vuelta, me dormiría y la perra captaría la indirecta. Pero esta perra seguía sobre mí, todavía dentro de ella mientras me ablandaba, y podía sentir su respiración profunda. Si no se había quedado dormida, estaba cerca de hacerlo.

—Quédate aquí —le susurré al oído, a pesar de que sabía que nada bueno podría salir de eso—. Quédate justo aquí, así.

—No sé si podría conducir a casa —admitió, sonando ligeramente ebria.

—Entonces, está decidido —miré hacia el techo, sabiendo que me arrepentiría de esto más tarde—. Duerme aquí, nos ocuparemos de los otros asuntos después.

Mantuve mis manos en sus caderas, conteniéndome de tocar y acariciar su espalda.

Esta era una mala idea.

Capítulo 7

Estaba envuelto en la dicha, salvo por la ardiente punzada en mi costado. Tenía un dulce calor envuelto alrededor de mi pene, pechos presionados contra mi pecho y el suave ronquido de una mujer exhalando contra mi mejilla. Podría haber dormido así durante horas y lo habría hecho, hasta que el cálido cuerpo sobre mí comenzó a moverse. No me di cuenta, pero el ronquido de mi compañera de cama se detuvo. Mi pene salió del cálido lugar en el que había estado. Había estado a medio camino y gruñí una protesta. El cuerpo sobre mí se movió, así que se acurrucó contra mi costado, no una posición tan dulce, pero luché por seguir durmiendo.

Lo que finalmente me despertó fue el cuerpo alejándose de mí. La pérdida del calor y el movimiento en la cama me hicieron mirar a través de mis pestañas a la chica con la que había dormido. La observé empujarse hacia el borde de la cama, mirarme con cuidado y luego levantarse. Fue en busca de su ropa y yo la observé vestirse, sentándome con cuidado.

—¿Te estás escapando ahora?

Ella se congeló y luego siguió adelante:

—No quiero correr un riesgo mayor del que ya he tenido. Necesito ir a la farmacia.

—Dame mi billetera, está sobre el tocador. Te daré el dinero para pagarlo.

Había esperado que se quedara más tiempo. ¿Qué demonios me pasaba?

—No voy a dejar que me pagues por tener sexo conmigo —su mirada me atravesó y no pude evitar reírme.

Me moví hasta el borde de la cama, quitándome los calzoncillos por completo.

—No quiero pagar por el sexo —me puse de pie—. Quiero pagar por haber sido imprudente. —Pude sentir sus ojos sobre mí mientras caminaba, desnudo, hacia el tocador. Todo lo que tenía eran los cientos que Wilson me había dado por joder a Billings. Saqué uno y se lo ofrecí—. Eso debería cubrir los gastos. Si sobra dinero, hazme un favor...

Sus cejas se fruncieron y pude ver cómo se enojaba conmigo.

—¿Qué?

—Consigue un método anticonceptivo —me rasqué el estómago mientras esperaba a que tomara el dinero que le ofrecía—. Tan pronto como me quiten estos puntos, voy a necesitar follarte de nuevo, y bien la próxima vez.

Ella me miró lentamente.

—¿La próxima vez?

Me irrité cuando no tomó el dinero de mí y me acerqué para meter el billete en el bolsillo de su bata.

—¿Es tuyo el número al que te llamé? —Asintió—. Dijiste que tengo dos semanas con estos puntos en el costado.

—Deberías recibir una llamada para una cita para que te los quiten —me informó—. Por lo general, se dejan durante unas dos semanas.

—Llamaré. Tú y yo... —tomé su mentón con mi mano— volveremos a hacer esto.

—No pedí un novio —dijo, sonando insegura.

—No dije nada sobre ser tu novio —fui al baño, abriendo la ducha para que estuviera caliente cuando me metiera bajo el chorro—. Quiero follarte de nuevo sin —señalé mi costado vendado— que esto obstaculice mi desempeño. —Me di vuelta para meterme en la ducha y ella entró al baño; por un momento pensé que se uniría a mí. Yo quería que lo hiciera.

—No mojes las vendas —me dio la vuelta y luego me ayudó a meterme adecuadamente en la ducha para que mi costado derecho no se mojara—. Debes evitar mojar tus puntos durante los primeros días. Si tienes que ducharte, asegúrate de que las vendas estén puestas y de no mojarlas.

—¿Volviendo a intentar ser mi enfermera?

—Cuidar de los enfermos y heridos es lo que hago —me miró con una ceja levantada—. No puedo evitar entrar en modo de enfermera. Es un estado mental. —Era cariñosa y había algo en ella que hacía que mi corazón latiera más rápido.

¿Qué era esto? Puse una mano en mi pecho como si pudiera calmar mi corazón de esa manera.

—Entonces —traté de ignorar la opresión en mi pecho—, ¿me llamarás, responderás? ¿O tendré que presentarme en la sala de emergencias de nuevo?

Un lado de su boca se curvó hacia arriba y se inclinó bajo el chorro de agua, presionando sus labios contra los míos.

—Si me llamas, responderé.

Por alguna razón, me invadió un alivio y asentí.

—Bien.

—Come —me señaló con un dedo como si fuera un niño—. Aliméntate bien y toma tus medicinas.

Resoplé y la observé salir del baño, dejándome para que me lavara.

Me centré en limpiar el sudor de la noche anterior, el hedor del sexo y su aroma de mi piel. Cuando salí y me sequé, volví a mi cama para ver si su aroma perduraba allí. Olí una almohada encontrando trazas sutiles de almendras y vainilla. Dejé caer la almohada sobre la cama y me senté pesadamente sobre ella.

¿Qué demonios me pasaba? ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? No tenía ni puta idea.

Capítulo 8

No podía quedarme en casa porque la necesidad de volver a acostarme en mi cama y yacer en su olor era demasiado. No hacía ese tipo de cosas. Ese no era yo. No languidecer por una mujer. El sexo no equivalía al amor, era un medio para un fin para mí. Era una forma de aliviar la acumulación de agresión que sentiría en mi cuello y hombros, una especie de manera de reducir el estrés, solo que me calmaba cuando me veía forzado a estar estancado.

Si bien había pasado un año haciendo lo que parecía nada, acababa de regresar de una noche de dar una paliza. No debería haber sido tan susceptible a los encantos de una sola mujer. Ni siquiera había coqueteado conmigo mientras me cuidaba. Ella había sido toda profesionalidad. Fui yo quien insistí en tener sexo, lo quería a pesar de estar lastimado. Pensándolo ahora, lo quería de nuevo. Quería tener su olor en mi nariz, quería saborear su sexo, quería escucharla gritar mi maldito nombre.

No hacía este tipo de cosas.

Entré sin rumbo fijo al club. Tenía la esperanza de que Wilson me diera algo para sacarme de mis problemas. Cuando entré, el bar estaba escasamente lleno, había unos cuantos chicos alrededor de un par de mesas para almorzar. Por lo general, no solía andar por el club a menos que estuviera sucediendo algo, pero aquí estaba. Vi a Wilson y Tillman en una mesa, hablando en voz baja entre ellos. No podría decir que tuviera muchos amigos aquí, la mayoría sabía que solo estaba aquí para darles una paliza a sus traseros.

Ante la falta de mejores opciones, no pedí unirme a ellos. Simplemente me senté. Recibí una mirada de Tillman, pero Wilson no detuvo la conversación en absoluto. Me senté y escuché, con la esperanza de que llevara a algo que me quitara de la cabeza el repentino embeleso que tenía.

—Me puse en contacto con Suzy y Tony —dijo sin preocuparse por mí—. Se han diversificado para abastecer a otros, comprensiblemente, pero están dispuestos a incluirnos por el porcentaje de antes. Las cosechas han sido buenas este año, y Suzy me dice que ha perfeccionado el arte de

hacer el aceite. Así que, propongo que esperemos unas cuantas semanas más y luego volvamos a rodar.

—Mi contacto en la estación dice que somos viejas noticias —añadió Tillman—. Con nosotros luciendo como un montón de viejos cabrones y sin que exista un rastro real, dejaron de mirarnos hace mucho tiempo. No me lo creo del todo, pero —se encogió de hombros, mirándome con el ceño fruncido—, creo que es mejor prevenir que lamentar.

Wilson gruñó en señal de acuerdo y yo bajé la mirada a la mesa cuando una canasta de alitas fue puesta frente a mí. Miré hacia arriba para ver a la señora que trabajaba en la cocina levantando una ceja.

—No pedí nada.

—No importa, cállate y cómelo —puso una mano en una de sus caderas redondas—. ¿Quieres agua para tomar con eso? —Confundido, solo pude encogerme de hombros.

—Te ves pálido —observó Tillman—. Probablemente sea una buena idea comérselo. ¿Crees que eres muy rudo? No querrás estar en el lado equivocado del cuchillo con Cindy.

—No hay furia como la de una mujer desechada —apuntó Wilson de acuerdo.

Apostaba que él lo sabría también. Por lo que supe, había algo entre ellos. Tillman gruñó en señal de acuerdo.

Un vaso de plástico lleno de agua fue puesto frente a mí. —¿Por qué te ves tan mal?

Encontré la mirada acusadora de Cindy con una ceja levantada. —El trabajo me llevó a que me apuñalaran.

—¿Te hiciste atender? —Sus cejas estaban fruncidas, y le respondí con el ceño fruncido.

—No, voy a quedarme aquí y desangrarme.

—El sarcasmo te meterá en problemas —espetó y se alejó—. Cuanto antes te des cuenta, mejor.

Resoplé y miré el plato frente a mí. Necesitaba comer. Sabía que hacerlo mientras aún estaba emocionalmente fuera de control probablemente era una mala idea.

—¿Cuándo puedo hacer algo?

—Cuando te hayas recuperado —dijo Tillman sin perder el ritmo—. No tenemos nada para que hagas ahora mismo. ¿A menos que quieras ir a trabajar a la tienda?

Resoplé y miré a Wilson—: Si estás planeando reanudar las rutas, déjame abrir camino.

—Tengo la intención de hacerlo, pero no ahora mismo.

Lo fulminé con la mirada—: ¿Por qué no?

—Sé que no te va a gustar esto —carraspeó—. Tienes aspecto de haber sido atropellado, puede que no tengas la erupción por el roce, pero lo pareces. Si te envío a cualquier ruta donde haya alguien dispuesto a saltarte encima, ¿qué crees que va a pasar? —No respondí, solo lo miré con el ceño fruncido. Si bien no me habían atropellado realmente, me sentía como si lo hubieran hecho—. No puedo arriesgarme a eso y no lo haré. No necesito esa mierda en mi conciencia.

—¿Estás bien con que le haya reventado la cara a Jimmy?

—Se lo merecía —Wilson se encogió de hombros mientras se limpiaba las manos con una servilleta.

—Este hijo de puta le rompió la nariz —gruñó Tillman—. He estado escuchando a Doris todo el día porque Jimmy no quiere presentar cargos.

—Si lo hiciera —cogí una alita y le di un mordisco, mi estómago llevaba rugiéndome y no podía ignorarlo más—, probablemente encontrarían algunas armas en su propiedad, cosa que no se supone que debes tener mientras estás en libertad condicional. No puedo imaginar que no tenga otras mierdas tampoco.

—¿Te apuntó con un arma? —preguntó Wilson, sus espesas cejas cayendo sobre sus ojos. Empezó a adoptar ese aspecto de bulldog—. ¿Ese hijo de puta te amenazó con un arma?

—La sacó —limpié la carne de los huesos porque, a pesar de que no quería comer, esta mierda estaba buena—. Dudo que la hubiese disparado. Le temblaba la mano. Si me hubiese dado, dudo que hubiese sido grave.

—Como cuando te apuñalaron y no fue grave —resopló Tillman.

—No estoy en el hospital —pasé a otra alita.

—Haré que hagas una ruta por la ruta dentro de un par de días —Wilson cambió de tema—. Van Cleave irá contigo como refuerzo —levantó una mano cuando empecé a protestar—. Solo por si acaso.

Puse los ojos en blanco, pero decidí que probablemente tenía razón. Si nuestra ruta había sido reclamada, entonces era probable que un paseo por ahí nos trajera problemas. Quería problemas, pero necesitaba estar estable si iba a enfrentarlos de frente. Ahora mismo, yo era todo menos estable.

Capítulo 9

El tipo con el que Wilson me había puesto a correr, Van Cleave, era decente pero intimidante de complexión como yo. Me sacaba un par de pulgadas y lograba proyectar un aire amenazador con su coleta oscura, una perilla recortada y la piel aceitunada. Pero no era del tipo de hombre que proyectaba su personalidad con su apariencia. Parecía un cabron, pero todo era apariencia. Era un bromista y siempre tenía una sonrisa, lo cual era frustrante para mí porque me costaba no caerle bien.

Había salido a correr con él antes de toda la mierda con Billings. Si nos topábamos con alguien, siempre estaba listo para patearles el trasero y cuidarme las espaldas cuando lo necesitaba. Pero por lo demás, estaba lleno de comentarios burlones. Era difícil no caerle bien, y en algún momento, simplemente me rendí; dejé que el cabrón me cayera simpático.

—Amigo —me sonrió cuando me encontró afuera. Había estado considerando irme a casa, pero me encontró antes de que cruzara la calle hacia mi camioneta—. ¿Estás listo para quitarte el polvo de encima?

—Procuro no acumular polvo —lo miré.

—Sí, me enteré de lo que le hiciste a Jimmy —se puso a mi lado, con las grandes manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros—. El chico estaba bien, supongo, pero no tenía todas las luces. Imaginé que lo aceptaron como un favor para Ted —se encogió de hombros—. Pero no puedes morder la mano que te da de comer, ¿verdad? —Me miró, por lo general usaba gafas de sol de montura envolvente, así que era difícil ver sus ojos. Formaba parte de su imagen y estoy seguro de que si no llevara las gafas podrías ver al blandengue que realmente es—. Estás pálido. ¿No estarás enfermo?

Negué con la cabeza, Dylan seguía ahí dentro sin ser invitada. No podía quitármela de encima.

—Me dejaron bastante magullado mientras ponía a Billings en su lugar. Todavía estoy recuperándome.

—Sí, a veces cuesta recuperarse cuando te sacuden bien —hizo una mueca—. La última vez que me dieron una paliza estuve a tierra casi una semana. Creo que nos estamos haciendo viejos, amigo.

—Aún no tengo treinta y cinco —solté mi queja.

—Treinta es solo el primer obstáculo —cacareó, sonando como una hiena—. Treinta y cinco es el siguiente, y por lo que escuché, es cuesta abajo después de los cuarenta. —Aún parecía divertido ante la perspectiva de que envejeciéramos—. Te llevo un par de años. Te dejaré saber lo horrible que son los cuarenta cuando llegue allí.

Resoplé y aparté la mirada, no había considerado mi edad en un tiempo. Pero, mirándolo ahora, me di cuenta de que no tenía idea de qué edad tenía Dylan. Tampoco sabía su apellido.

—Mierda —maldije sin importarme Van Cleave.

—¿Estás bien? —Miré para ver un cigarrillo colgando de su labio.

Era lo más cercano a un amigo que tenía, aparte de Wilson.

—¿Alguna vez has tenido a una perra metida en tu cabeza? —pregunté.

Se bajó las gafas para mirarme, pude ver la sorpresa en ellas. —¿Hablas en serio?

—¿Acaso bromeo contigo?

—Maldición —arrastró la palabra—. Tuve a algunas chicas que se quedaron más tiempo del que quería... como que les daba un aventón y las quería de nuevo. Pero por lo general, después de la tercera o cuarta vez, estaba bien y seguía mi camino. —Entonces me dio una sonrisa—: ¿Ya te clavaste ese culito? —Aparté la mirada de él y asentí, sin sentirme cómodo de abrir mi intimidad frente a alguien—. ¿Y ella sigue en tu cabeza? —Asentí de nuevo—. Tal vez solo necesitas clavártela otra vez. Diablos, amigo. Nunca te veo con mujeres, pensé que eras un monje o algo así.

—Tal vez me gustan las mujeres que no frecuentan antros asquerosos como este. —No me gustaba lo que estaba insinuando.

Se rio. —Si ese es el caso, tal vez no deberías llamarla perra. Si te escucha decir mierda así, te dejará colgado. Entonces, nunca podrás sacarla de tu cabeza y te quedarás preguntándote qué hubiera pasado. —Se llevó una mano al corazón y silbó una triste melodía.

Gruñí y después hice una mueca. Pero tenía razón... No sabía cuánto más podría durar con esta chica sentada en el fondo de mis pensamientos.

—Gracias —refunfuñé.

Me dio una sólida palmada en la espalda —Si recibiste un par de golpes duros, pudo haberte desestabilizado. Tal vez por eso una chica te tiene tan duro. Buena suerte con eso, amigo. Espero

que lo resuelvas antes de que hagamos el recorrido a casa de Suzy y Tony. Se supone que tú eres el serio aquí. —Resoplé porque él tenía sus momentos—. Hay un grupo del que escuché que se ha mudado a nuestra ruta. Creo que se llaman Locos Ases —hizo una pausa para acariciarse la barbilla—. ¿O eran Locos Ochos?

—¿El juego de cartas? —Lo miré para asegurarme de que no se estaba burlando de mí.

—¿Locos Ochenta y Ocho?

—¿No era eso en una película de Tarantino? —Ahora sabía que se estaba burlando de mí, lo dejé reír.

Soltó una carcajada y me agarró el hombro mientras se reía. Sacudí la cabeza ante el espectáculo que creó. Me dio un codazo cuando terminó, todavía riéndose.

—¿De dónde sacan estos idiotas sus nombres?

—Aparentemente juegos de cartas y películas —me encogí de hombros apartándolo de mí. Eso lo hizo soltar otra risita, este era un hombre adulto riendo como un niño pequeño—. ¿Sabes una mierda sobre ellos? ¿Eres capaz de tomarte algo en serio?

Resopló mientras parecía finalmente contenerse—. Solo cuando tengo que hacerlo. Estuve diez años en la Armada, amigo mío. ¿Fuiste uno de esos "Mi trasero se transporta en equipos de la Armada", ¿verdad?

Puse los ojos en blanco, pero asentí—: ¿Por qué solo diez años?

—Pensé que podría aguantar las largas travesías —exhaló un suspiro—. Pero estoy bastante seguro de que si tuviera que volver a dormir en una litera diminuta, sufriría ataques de pánico por claustrofobia. No echo de menos esa mierda —se quitó las gafas y se frotó los ojos con los dedos—. Ni escuchar los aviones despegar y aterrizar toda la noche.

Me miró de nuevo y vi cansancio en sus ojos castaños. Probablemente iba en serio con todo aquello. Van Cleave estaba siendo franco conmigo. Asentí, pues no sabía cómo era. Nunca había estado en un portaaviones ni había tenido que dormir en las literas diminutas como hacían los marineros.

—Todos perdemos un poco de cordura por el Tío Sam —admití, no estaba seguro de cuánto le había entregado yo.

—Putra verdad, ¿eh? —suspiró—. Los listos —se señaló a sí mismo y luego a mí— saben cuándo salir antes de que sea demasiado tarde, ¿no es cierto?

—No sé qué pensar de ti, tío —le dediqué una mueca. Lo dije en broma, pero ahí estaba yo preguntándome si había salido antes de que fuera demasiado tarde.

—Necesitas cuidar de tu cabeza, tío —asintió en dirección a mi camioneta—. Cuídate. Te avisaré antes de que tengamos que volver a patear culos.

Le tendí la mano y él la estrechó, atrayéndome para que nuestros hombros chocaran.

—Te lo agradezco.

Me dedicó un asentimiento y trotando me dirigí a mi camioneta. Pensé que era lo más parecido a un amigo que tenía. El tipo me cubría las espaldas y, a pesar de sus bromas, me daba algunos consejos sensatos. Trabajaría en sacar a Dylan de mi cabeza.

Capítulo 10

¿Cómo carajo se coquetea por mensaje de texto? ¿Cómo carajo la gente es capaz de comprender el significado detrás de las palabras sin verse mutuamente? ¿Cómo carajo voy a lograr ser suave?

Han pasado dos días, y me he hecho estas mierdas como una media docena de veces cada vez que agarré mi teléfono y miré el número que guardé en mis contactos. No tenía ni idea de cómo iniciar una conversación. Comencé y borré varios intentos de mensajes. La duda me nublaba y realmente no tenía idea de cómo iba a hacer esto. Consideré enviarle un mensaje que simplemente dijera: "Ven. Necesito una segunda ronda". Pero algo me detuvo.

—¿Todo arreglado? —Tal vez era mejor comenzar con lo que estaría al frente de su mente. Comprensiblemente, sin embargo, no estaba demasiado preocupado por dejarla embarazada. Debería ser una preocupación, pero no lo era. No quería un hijo y podía ver que ella tampoco. Pero no me estaba estresando por la idea.

—¿Quién es?

Si bien guardé su número, ella aparentemente no guardó el mío. Sentí la irritación arder en la parte posterior de mi cuello. ¿Cómo podía ocupar mis pensamientos de esta manera y ser fácilmente olvidado?

—Cole, —fue mi única respuesta.

Pasó un minuto sólido antes de que me enviara una respuesta.

—¿Estás bien?

Sentí un momento de confusión por eso. Le envié un mensaje de vuelta.

—¿Arreglaste todo?

—Lo siento, mi día ha sido un infierno. Soy un poco lenta para entender de qué estás hablando.

—¿Mal día? —Tararee y seguí escribiendo. —Ven aquí, y lo haré mejor. Puedes compensarme por olvidarme.

—¿Quieres que vaya?

—¿Recuerdas dónde vivo?

—¿Hablas en serio?

Resoplé, si tan sólo supiera.

—Trae tu trasero aquí, y haré que olvides tu mal día.

Mi teléfono se quedó en silencio, y me pregunté qué estaría pasando por su mente. Pasé los siguientes treinta minutos cambiando los canales de televisión y jugando con mi teléfono. No quería parecer necesitado. No era una persona necesitada. Pero aquí estaba con el pensamiento de que ella vendría y repetiría la mañana de cabalgar mi polla en mi cama, la quería aquí ahora.

¿Cedería a mi demanda y vendría?

Obtuve mi respuesta cuando hubo un golpe en la puerta. Apagué la televisión y abrí la puerta con una emoción que no había sentido en años. Cuando vi a la chica en el escalón de entrada, no pude contenerme. Abrió la boca para hablar, pero no llegó tan lejos. La agarré por la cintura y la metí en mi casa, la arrojé sobre un hombro y cerré la puerta de un portazo. Hizo un ruido agudo y algo que sonó como una queja mientras la llevaba a mi dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? —exigió, sus puños conectando con fuerza en mi espalda.

La bajé, para que se deslizara por mi longitud, arrastrándola por mi pecho hasta que estuvimos cara a cara.

—Dije que te haría olvidar tu mal día, ¿recuerdas?

Frunció el ceño y obtuve un leve "Oh". Como si esto hubiera sido un gran malentendido. Una vez que su boca estuvo al nivel de la mía, la atrapé en un beso hambriento. Podría haber gemido tan pronto como presioné más allá de sus labios y probé su sabor.

Todas las "No hago esta mierda" y los pensamientos similares se fueron por la puerta a favor de saborearla. Mantuve una mano firmemente en su trasero y enganché su pierna en mi cadera. No se alejó, no protestó. Fundió su boca con la mía y me dejó saquear la suya. Sus brazos rodearon mi cuello y sus dedos se deslizaron en mi cabello. Los pensamientos de ella antes habían despertado el interés de mi polla, pero teniéndola aquí y siendo capaz de olerla la había puesto en toda su atención. El sabor de su boca era tan dulce como lo recordaba, iba a descubrir a qué sabía el resto de ella. La solté y comencé a quitarle la camisa. Me alejé de su boca y cuando le quité la camisa por encima, me quitó la mía.

Fui a besarla de nuevo, pero ella se alejó. Sus manos fueron a los vendajes en mi costado, estaba despegando la cinta médica, y no quería esperar mientras lo inspeccionaba. Aparté sus manos e intenté acercarla a mí, pero ella no me dejó.

—Detente —dijo con firmeza, y gruñí, rodando los ojos para que ella pudiera revisarme—. La hinchazón ha bajado —fue a la siguiente—. Todavía se ve rojo, pero no parece infectado.

Ella parecía complacida, y tomé eso como una señal de que podía continuar desvestiéndola. Alcancé su espalda para desabrochar su sostén.

—¿No necesito una nota del médico para esto, verdad?

Se ruborizó mientras le quitaba el sostén por los brazos. —Creo que si vas con calma deberías estar bien. No creo que sea necesario conseguir una nota médica.

—¿En serio? —Le levanté la barbilla para que tuviera que mirarme—. ¿Y si no voy "con calma"?

Tenía a esta chica aquí mismo. La chica que no he podido sacar de mi cabeza. No puedo pensar en nada que prefiera más que arrojarla sobre mi cama y follarla hasta el punto de que ninguno de los dos pueda moverse.

Sus ojos azules se abrieron, pero negó con la cabeza. La empujé hacia atrás sobre la cama; soltó un breve chillido, pero no protestó. Desabotoné sus jeans y los bajé por sus piernas, sin siquiera revisar cómo eran sus bragas. Estaba tan listo para sumergirme entre sus piernas que tuve que forcejear para quitarle los zapatos y sacarme los jeans del camino. La última vez que estuvimos juntos no pude verla completamente desnuda. Tenía una línea prolija de vello recortado sobre sus labios inferiores, y no pude evitar pasar los dedos por él. Bajé los dedos para separar sus labios enrojecidos y mirar su centro rosado; no esperé ninguna señal.

Me incliné para pasar la lengua sobre ella, de abajo hacia arriba para poder hacer girar mi lengua contra el pequeño bulbo de nervios en la parte superior de su sexo. Escuché una respiración entrecortada y comencé a azotar mi lengua contra él mientras sus caderas se levantaban contra mi boca. Señal suficiente de que le gustaba. Chupé ese pequeño trozo de piel, y escuché el primer gemido, salió sin aliento, y la miré observándome pensativa. Deslicé un dedo en su húmeda abertura, y sus músculos se tensaron de inmediato a mi alrededor. Curvé el dedo hacia arriba y su cabeza cayó hacia atrás sobre la cama. La trabajé hasta que sus gemidos aumentaron de volumen, inserté otro dedo y los curvé hacia arriba hasta que sus caderas comenzaron a rodar contra mi cara. Supe que estaba cerca cuando sus dedos se hundieron en mi cabello y presionó mi cara contra su coño.

—No pares —salió como una súplica, pero rápidamente se convirtió en un cántico.

Alcancé con mi mano libre para jugar con sus pechos. La observé mientras su espalda se arqueaba, su respiración se entrecortaba y sentí que se tensaba alrededor de mis dedos antes de comenzar a empaparse a su alrededor. Solté su clítoris y raspé mis dientes contra su cadera;

estaba tendida a lo largo del borde de mi cama, y tuve que pensar en qué posición la quería más. Parecía que aún se estaba recuperando de ese orgasmo cuando decidí voltearla. Me quité los jeans y me arrodillé sobre la cama; levanté su trasero y presioné su espalda hacia abajo, de modo que quedó en un ángulo.

Sin más advertencia, me hundí en su dulce calor. Ella gimió y vi que sus manos se aferraban a las sábanas. No le di oportunidad de ajustarse a eso; empujé hasta el fondo y luego comencé un ritmo fuerte y pesado. El ángulo debe haber sido bueno porque esta vez fue más ruidosa. Sus caderas retrocedían contra las mías al mismo ritmo que había establecido. Arqueó más la espalda. No pasó mucho tiempo antes de que la escuchara suplicarme que no parara, ya que después de un orgasmo, estaba cerca de otro. Era tan receptiva y parecía reaccionar a cada embestida que daba. Los músculos que me apretaban se tensaron y luego comenzaron a pulsarse, y ella soltó un largo gemido; yo no había terminado. No quería correrme, todavía.

Cuando me retiré, emitió su primera protesta: —¡Aún no!

La di vuelta y me hundí de nuevo en su coño apretado.

—Todavía no —le gruñí de vuelta y la besé.

Quería estar cara a cara con ella cuando me corriera. No me tomó mucho tiempo volver a ponerla en frenesí; sus piernas se enroscaron alrededor de mis caderas y se aferraron como si pudiera evitar que me retirara de nuevo.

—¿Te gusta así? —Asintió, pero eso no fue suficiente para mí—. Dilo —exigí contra sus labios. Necesitaba escuchar que le gustaba que la follara.

—Sí —se le escapó mientras me abrazaba—. No pares —su aliento se entrecortaba y se mecía contra mí.

Me mostró los dientes mientras intentaba llegar a la cresta de otro orgasmo. Me apretó con fuerza antes de soltar un grito ahogado, aferrándose a mí y clavándome las uñas en los hombros. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no correrme dentro de ella; estaba tan cerca que comencé a temblar mientras intentaba mantener el control.

—Se supone que debes gritar mi nombre —le informé con un gruñido.

—No lo sabía —su voz era agitada—. Estoy bastante segura de que grité.

Trabajé en un ritmo lento y superficial, luchando por mantener algo de control.

—No fue mi nombre —le informé.

—No siento los dedos de los pies, y apenas siento los dedos de las manos —resopló—. ¿Realmente vas a seguir hasta que grite tu nombre?

—Lo estoy considerando.

Rotó sus caderas contra las mías, y sus músculos internos me apretaron hasta que gemí.

—¿Podrás durar tanto?

—Mierda —le gruñí.

Probablemente no. Mi pene palpitaba y mis bolas se sentían apretadas; estaba listo para explotar. Apoyé mi frente contra la suya.

—Simplemente significa que tendrás que hacerlo la próxima vez.

—¿Entonces va a haber una próxima vez? —Sus cejas se levantaron y esta pregunta tenía un doble sentido, lo sabía.

No pude evitar caer en ello, sin embargo, porque quería una próxima vez; incluso mientras todavía estaba en medio de follarla. No estaba listo para quitarme de encima a esta chica, no cuando me quedaba tan bien y me hacía apretar el pecho.

—Sí —jadeé en busca de aire y tragué saliva con fuerza, los temblores eran cada vez más difíciles de ignorar—. Sí, tendré que haber una próxima vez.

Ella arqueó la espalda y movió las caderas, así que entré más profundo. —La próxima vez gritaré. ¿Quieres que grite Jeremiah?

Quise sacudir la cabeza, pero terminé enterrando la cara contra su cuello. No podía hablar, era demasiado. Todo lo que pude hacer fue soltar sonidos guturales que no podían tomarse como una confirmación o no. Joder, era demasiado bueno. Exploté dentro de ella porque ya no pude contenerme y su dulce coño me ordeñó hasta la última gota. Todavía estaba temblando por el subidón de ese esfuerzo cuando sentí sus manos peinando mi cabello, recorriendo mi cuello y hombros.

—Eres tan bueno, Jeremiah —murmuró contra mi oído—. Me follaste tan bien y no puedo esperar a que lo hagas de nuevo.

Gemí, nadie tenía permiso para llamarme por mi nombre. No me gustaba. Prefería que me llamaran por mi apellido. Pero oír su voz susurrando mi nombre era suficiente para que no me importara. Quería oírla gritar Jeremiah mientras la follaba de nuevo.

Ya sabía que esta vez no sería suficiente. La próxima vez probablemente tampoco. Tenía su aroma en mi nariz y el sabor de su sexo todavía en mi lengua. Quería que se quedara conmigo. Quería quedarme dentro de ella.

¿Y si no podía saciarme de ella?

Capítulo 11

Era un sueño ligero. Estaba consciente de cada movimiento que hacía en la cama. No era suficiente para despertarme hasta que la sentí alejarse. Emití un ruido de protesta, había estado cómodo con su peso apoyado en mi costado. Se levantó y pensé que iba al baño. Escuché la cisterna y esperé a que regresara. Quería volver a dormir con ella apoyada contra mí. Cuando pasó más tiempo del necesario para que se acurrucara de nuevo conmigo, pero no lo hizo, me senté.

—¿A dónde vas?

Ya estaba completamente vestida.

—Tengo algunas diligencias que hacer antes de mi turno.

Se sentó a ponerse los zapatos y tan pronto como se los puso, se levantó de nuevo. No sé qué me poseyó, desde luego no pretendía agarrarla. Pero agarré su muñeca antes de que se alejara demasiado de mí. Me miró, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tienes? —porque al mirarla realmente no lo sabía. Podría haber tenido treinta, podría haber tenido veinticinco.

—¿Vamos a hacer esto?

No respondí. En cambio, solo levanté una ceja. Suspiró y se sentó de nuevo en la cama junto a mí.

—Veintiocho —frunció los labios mientras me miraba—. Más o menos la mitad, una buena conjetura. —¿Y tú?

—¿Tuviste mi licencia antes, no te molestaste en mirarla?

—Ha sido una semana ajetreada —me golpeó el pecho con los dedos—. ¿Y bien?

No pude evitar sentirme divertido por ella.

—Treinta y cuatro. —Contra mi mejor juicio, llevé su mano a mi boca y besé su palma—. ¿Apellido?

—Yates —inclinó la cabeza hacia mí mientras comencé a besarle el camino hacia la muñeca—. ¿Algo más que quieras saber?

Hice un sonido gutural mientras lo consideraba, entonces decidí mordirme la lengua. Hacer la pregunta cuya respuesta quería saber, pero temía la respuesta.

—¿Novio?

—¿Estás preguntando para serlo o estás preguntando si tengo uno? —Se retorció para mirarme, sin apartar su mano de mí—. Estabas atendiendo un período de sequía para mí, así que no... no tengo novio.

—No soy exactamente material para novio —admití.

—Tuve la sensación de que dirías algo así —sus labios se torcieron y pensé por un segundo que se alejaría de mí. Apreté mi agarre en su mano, no estaba listo para cederla todavía—. ¿Qué es esto entonces? ¿Vamos a revolcarnos y ya?

—¿Tienes algún problema con eso?

—No —entrecerró los ojos—. Pero, ¿es un revolcón exclusivo?

Encontré su mirada entornada, y el primer pensamiento que me ocurrió fue que estaría con otro hombre. Los celos me harían ver todo rojo, entrecerré los ojos en respuesta, y fue como si ella pudiera leer mi expresión.

—Tomaré eso como un sí —sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. Lo que tienes que hacer es decidir lo que quieres de mí. Si esto es solo sexo, bien. Sin embargo, si obtengo una mejor oferta, no te sientas herido cuando la acepte —sacó su mano de mi agarre.

—¿Tienes a otros hombres coqueteándote? —Les patearía el trasero a todos si tuviera que hacerlo. Ni siquiera cuestioné mi necesidad de establecer mi reclamo sobre ella, pero estaba ahí ardiendo en mis entrañas.

—No —si acaso, su sonrisa irónica se ensanchó. Caminó hacia la puerta de mi dormitorio, mirándome todavía—. Pero tengo la sensación de que si algún tipo lo hace, estarán en problemas. —Me senté, contemplando ir hacia ella y arrastrar su trasero de vuelta a la cama. ¿Enviarla al trabajo jodida a fondo era tan bueno como poner mi marca en ella, no? —Decide lo que quieres —interrumpió mis pensamientos—. Si quieres que esto sea exclusivo, entonces tiene que valer la pena. El buen sexo solo te llevará hasta cierto punto.

—¿Solo bueno? —Empecé a levantarme, sin molestarme en cubrirme—. Hablar así suena como un reto.

Su mirada se dirigió hacia el sur, y pude ver que un rubor se extendía desde sus mejillas, bajando por su cuello.

—Un reto para la próxima vez. Tengo algunas cosas que hacer. Pero, honestamente, si eso es todo —se encogió de hombros—, no será suficiente para mí. El gran sexo no nos llevará muy lejos por mucho tiempo.

Fruncí el ceño mientras la estudiaba, tratando de entenderlo. La quería, ¿por qué no era suficiente? —¿Por qué andarse con rodeos? ¿Qué quieres?

—Lo mismo que todos quieren —se encogió de hombros de nuevo como si fuera obvio—. Ser amada.

Salió de mi dormitorio y la oí cruzar la sala de estar, saliendo por la puerta antes de que pudiera procesar lo que dijo.

¿Quiere que la ame? Apenas nos conocíamos.

Me senté de nuevo en mi cama y pasé los dedos por mi cabello mientras consideraba su solicitud. Por muy viejo que fuera y toda la mierda por la que había pasado para llegar aquí, no creía que pudiera manejarlo. No sabía lo que era el amor. Sabía que las mujeres no eran más que un puto problema. Estaría mejor cortando mis pérdidas y siguiendo adelante sin ella. ¿Pero podría hacerlo?

Me dejé caer de espaldas en mi cama y miré el techo. Su aroma pareció invadir mis sentidos sin invitación, junto con el hedor del sexo. Incluso ahora, con solo unas pocas horas de haber dormido con ella, mi pene se endurecía ante la perspectiva de estar con ella de nuevo. Estaba jodido. Ella iba a acampar en mi cabeza, y no había una mierda que pudiera hacer al respecto. Follarla de nuevo no había ayudado esta vez, probablemente no me ayudaría en el futuro.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer? —le pregunté a la habitación vacía, como si expresar el pensamiento en voz alta me diera una respuesta. Solo rebotó en el vacío. No iba a obtener ninguna ayuda por mí mismo. Mi única esperanza era poder encontrar a alguien que pudiera entender esta mierda.

Capítulo 12

Era un poco después de las ocho cuando llegué a la sede del club en mi motocicleta. Van Cleave estaba justo afuera de la puerta fumando y con un aspecto de que no me estaba esperando. Me quité el casco y ajusté mi chaqueta, que tenía algunos agujeros en el lado derecho que necesitaban remiendos pero que aún no había arreglado. Me acerqué a la puerta y me detuve.

—¿Vas a dar una vuelta esta noche?

—Sí —jugueteó con el cigarrillo, enviando las cenizas volando. Estaba intentando poner su cara de póker porque probablemente nos meteríamos en problemas—. Ya le avisé a Suzy, dijo que tendría algunos brownies especiales para nosotros cuando llegáramos.

—Todos tuyos, amigo —le aseguré. Las drogas no eran lo mío.

Se encogió de hombros y asintió —¿Estás concentrado?

—¿Estás hablando en serio? —Me froté la nuca mientras mi mente volvía a lo que hice con Dylan esa tarde.

—Tengo que estarlo, espero que haya problemas. Tú también deberías. ¿Tienes tu arma cargada y lista? —Me miró fijamente y luego se quitó las gafas como si no me hubiera visto bien —. Oh, oh —se alejó y comenzó a observarme. De repente me sentí cohibido bajo su escrutinio.

¿Era tan obvio? ¿Cómo podía ver a través de mí?

—No estás concentrado, ¿verdad?

—¿Cómo demonios puedes saberlo? —No pude discutirlo porque tenía razón.

—Dios mío, amigo —se acercó a mí y bajó la voz—. ¿Todavía tienes a esa perra en la cabeza?

—¿Cómo demonios puedes saberlo? —exigí de nuevo, mirándolo fijamente ahora.

Se pasó la mano por la cara y luego resopló un suspiro —Vienes caminando aquí con tu maldito corazón en la manga, amigo. Ni siquiera eres tú —Meneó la cabeza mientras me observaba—. ¿Qué pasó? ¿Te rechazó la perra?

—No —fui cortante.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

No quería hablar de eso, no ahora.

—¿Cómo esperas que me concentre si vas a preguntarme cuál es mi problema? ¿No puede ser asunto mío, como lo es?

—Bien —levantó las manos en señal de rendición y se dio la vuelta para entrar en la casa club—. Sólo asegúrate de que lo que te tenga la cabeza jodida no nos afecte esta noche. Asegúrate de concentrarte porque probablemente no vaya a ser un paseo fácil —se volvió como si no pudiera decidir si quería entrar o no—. Suzy y Tony tuvieron un encontronazo con uno de ellos, en el pueblo cerca de su granja. Intentaron llevársela. A la pequeña Suze. A ella le sentó mal y cuando Tony habló, actuaron como si fueran a vapulearlo. Ahora —carraspeó—, cuando otro hombre le tira los tejos a mi mujer, está buscando problemas. Y ya sabes cómo es Tony. Es tan malo como Wilson.

—Eso me dice que tenemos que recuperar nuestra ruta —repliqué.

Aunque no tenía predilección por nuestros cultivadores como Van Cleave, podía ver los problemas que él insinuaba que nos esperaban. El club no era como el nuestro, no se habían criado con respeto y no seguían el mismo código que nosotros. Sin duda se nos venían problemas encima.

—Vamos a equiparnos entonces —dije mientras me dirigía a la puerta—. Podemos visitar a Suzy y Tony mientras estemos por esa zona.

Asintió y ambos entramos, aunque no nos detuvimos en la parte principal del bar de la casa club. Había algunos chicos allí para relajarse, pero no era motivo de preocupación. Nos dirigimos a la oficina donde Tillman y Wilson nos esperaban. Ya había dos chalecos antibalas sobre el escritorio, además de algunas armas más pesadas.

—Ya era hora de que llegais —Wilson estaba revisando una nueve milímetros, la había desmontado y estaba en medio de su limpieza—. Estáis llegando justos si queréis hacer la ruta antes de que se haga de noche.

—Pensé que el atardecer podría jugar a nuestro favor —me quité el chaleco sin mangas y luego también me saqué la camiseta—. Pensé que sólo iríamos con un par de chalecos, tienes todas estas armas aquí como si esperaras una guerra.

—¿Te habló de eso? —preguntó Tillman desde su asiento frente al escritorio—. Porque lo que me dijo a mí pareció razón suficiente para ser extra cautelosos. Quien quiera joder a Suzy y Tony también nos jode a nosotros.

—Lo mencionó —dije mientras recogía un chaleco antibalas—. Pero ¿no va a traernos más atención no deseada entrar con las armas en ristre? Esto podría iniciar una guerra, ¿es algo para lo que estamos preparados?

—Estamos familiarizados con la guerra —dijo Wilson mientras volvía a montar hábilmente la

pistola—. Si lo piensas, te darás cuenta de lo estúpido que es ese comentario.

—La guerra en casa es diferente a la guerra en la caja de arena o en la jungla —repliqué sin inmutarme—. Estas son personas que hablan nuestro idioma y pueden encontrarnos mucho más fácilmente que cualquier gilipollas del desierto. ¿Vas a estar bien si estos capullos vienen a tocar a nuestra puerta?

Wilson se puso de pie y me sostuvo la mirada con el ceño fruncido.

—Protegemos a los nuestros. En lo que a mí respecta, Tony y Suzy son de los nuestros. Ahora, ¿vas a hacer tu trabajo o no?

—Considéralo hecho —dije mientras comenzaba a ajustarme el chaleco—. Sólo pregunté para asegurarme de que estés preparado para el calor que esto nos traerá.

—Lo manejaremos cuando llegue el momento, preocúpate por lo que sales a hacer hoy —me ofreció la pistola. La tomé y me la metí en la parte trasera de los pantalones—. Esto es sólo un paseo hasta lo de Suzy y Tony. Toma los caminos vecinales, mantén los ojos bien abiertos por si hay alguien siguiéndonos. No quiero que lleves a nadie hasta su puerta. Puedo confiar en ustedes dos —le lanzó una mirada a Van Cleave—. Tan pronto regreses, espero un informe completo de lo que sucedió.

—¿Y si nos enfrentamos a la violencia? —pregunté porque lo esperaba.

—Entonces, responderás a la violencia con violencia. Si necesitas refuerzos, los tendremos listos —habló Tillman con ligereza.

Van Cleave se estaba poniendo de nuevo su chaleco y me miró: —Vamos a poner las cosas en su lugar, amigo mío.

Era lo que yo quería, ¿no? Quería que las cosas se pusieran en su lugar. Me quité el polvo después de patearle el trasero a Billings y quería hacer esta salida. Quería despejar el camino, pero aquí estaba armándome y poniéndome mi chaleco con la incertidumbre royéndome las entrañas.

—Llamaremos si es necesario —recogí el casco integral que usaría para el viaje.

Se tomarían medidas adicionales para nuestra seguridad donde fuera posible. Parecía inútil porque era muy probable que nos dispararan. Ya lo veríamos.

Van Cleave encabezó el camino de vuelta al frente del lote hacia nuestras motos. Aproveché para atornillar un juego extra de espejos retrovisores y ajustarlos. Para asegurarme de que todos los ángulos estuvieran cubiertos. Me puse el casco y también comencé a armar mi moto. Metí una Glock en la funda que tenía colocada entre el asiento y el tanque de gasolina. Había una en

cada alforja, luego monté mi moto y miré a mi compañero, el tipo que me cubría la espalda. Entonces, tuve que ser honesto.

—No puedo sacarla de mi cabeza —miré hacia el tanque de gasolina frente a mí—. La fo... hasta que los dos nos desmayamos. Y me desperté con ella todavía en mi cabeza. No tengo ni idea de cómo sacarla de mi cabeza —tragué saliva, sentía la garganta apretada y ajusté el casco—. No tengo ni idea de qué hacer a partir de ahora.

—Sí —Van Cleave seguía cargando su moto. No levantó la vista de su trabajo, aún estaba demasiado concentrado en ello—. Te lo dije porque era bastante jodidamente obvio.

—Dime... ¿qué demonios hago?

Él solo se encogió de hombros, como si realmente no tuviera una respuesta. Sentía que me ahogaría en todo esto si no sabía qué era.

—Depende de lo que quieras hacer. ¿Quieres seguir fo... o no?

—No lo sé —miré el tanque negro y noté imperfecciones en el acabado brillante—. No sé lo que quiero. —Oírme siendo indeciso fue frustrante. Sonaba como una perra.

—¿Qué quiere ella?

Me encogí de hombros porque no quería responder. Él no necesitaba saber que Dylan quería más que sólo sexo. Ella quería ser amada. El hecho de que recordara lo que ella quería me hizo detenerme. Me importaba lo que ella quería. Van Cleave me estaba mirando. No podía ver sus ojos a través de sus gafas, pero sabía que lo estaba haciendo.

—Si ella decide irse a buscar un nuevo papi, ¿cómo lo manejas?

—El hijo de puta queda jodido —dije, y sentí la convicción al decirlo.

Si la veía colgada de otro hombre o si otro hombre siquiera le rondaba, habría que pagar un alto precio. Me sentí posesivo y, sin pensarlo, saqué el teléfono y le envié un mensaje de texto.

'Hola', le envié.

—Estás mal y ni siquiera lo sabes.

Levanté la vista de la pantalla táctil hacia él, mis ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Por eso no estás concentrado en el juego. Estás obsesionado con tu chica —se puso el casco y se sentó en su moto—. Estás enamorado y ni siquiera te das cuenta.

—Apenas conozco a esta chica —respondí bruscamente y luego luché por encontrar una manera de refutar su idea.

—Si la idea de que esté con otro hombre te enferma y te hace querer cometer actos de violencia —me señaló con el dedo como si me estuviera regañando—, estás enamorado. No importa si no

la conoces o no. Te mojaste y te encantó la sensación. Te diría que lo pienses, que trates de encontrar una manera de demostrarme que estoy equivocado. Pero tenemos trabajo que hacer y no tenemos tiempo para estas cosas sentimentales. Acéptalo, te mueres por la chica. Ahora, concéntrate para poder cubrirme las espaldas.

Gruñí y metí el teléfono en el bolsillo, sin molestarme en ver si ella respondía.

—Te cubro las espaldas, cabrón —gruñí mientras cerraba la visera y encendía la moto.

Tenía razón, por mucho que no quisiera admitirlo. Independientemente de cómo me sintiera. Necesitaba sacar mi cabeza del culo y concentrarme en el juego.

Capítulo 13

Eran tres horas de viaje desde la sede del club hasta la casa de Suzy y Tony, por una carretera bastante desierta. La carretera estaba en pésimas condiciones, razón suficiente para que nadie en moto la usara. Los conductores lo suficientemente hábiles pueden esquivar los baches sin dañar su moto ni terminar en la ruta. Una de las razones por las que tomamos esta vía es porque no se usaba a menudo. Había pocos negocios alineados, aunque la mayoría eran edificios oscuros cuando iniciamos nuestro recorrido.

La mayor parte del tiempo, íbamos uno al lado del otro, aunque hubo algunos cambios cuando la ruta estaba en mal estado. Dejé que Van Cleave liderara y mantuve los ojos abiertos por si había alguna señal de que nos seguían o de que llamamos la atención de alguien. Es probable que no nos hicieran caso. En el parche trasero de nuestras chaquetas estaba el símbolo del club. Una calavera con alas, tres estrellas encima y una bandera debajo con nuestro nombre. Uno de los miembros fundadores lo diseñó, un tipo que hizo la mayoría de su trabajo en barcos que se oxidaban en cementerios a la vera de las costas. Así era el avance de la tecnología. Creo que finalmente se retiró el último portaaviones no nuclear antes de que yo saliera de los Marines. Aún no tenía claro qué sucedió con él, aunque realmente no me importaba. Las lecciones de historia mantenían mi interés por un rato, solo porque había una lección en ellas. Prefiero aprender de los errores de otras personas que cometer los míos propios, si puedo evitarlo.

Pero aquí estaba yo, acelerando por una carretera secundaria desierta hacia problemas con una chica que apenas conocía trastornándome la cabeza. Sus palabras antes de partir también me ahogaban. ¿Era esto amor lo que sentía? No lo sabía, había estado con otras mujeres antes, pero nunca de forma regular. Dylan y yo solo habíamos tenido relaciones dos veces. Realmente no tenía ningún derecho a reclamar nada aquí, pero la idea de que ella estuviera con alguien más era como orina en mis Cheerios. No quería que sucediera. ¿Qué debía hacer desde aquí?

Bueno, ahora mismo lo único que podía hacer era completar este recorrido y esperar a ver si algo sucedía. Pasamos lo que parecía ser un bar, algo que no estaba ahí la última vez que hice este viaje. Era el único edificio que aún parecía estar abierto en esta extensión de milla, y pude ver motos alineadas frente a él. Escuché el rugido del motor de Van Cleave, estaba haciendo ruido a propósito mientras pasábamos. Quería que nos notaran, hice una mueca, mirando por encima del hombro para ver si alguien nos seguía.

Distinguí figuras, siluetas oscuras que se acercaron a la carretera. Nadie parecía tener prisa por seguirnos, sin embargo. Mantuve un ojo avizor, por si acaso. No podría escuchar nada por encima del rugido de mi moto o la de Van Cleave. No quería que nadie se nos acercara sin que me diera cuenta, así que confié en que él liderara sin meternos en problemas.

Si no hubiera habido negocios de por medio, habría sido un buen recorrido. Había pasado demasiado tiempo desde que me monté en mi moto solo por pasear. Si no estuviera mirando por encima del hombro y revisando constantemente los espejos retrovisores, tal vez habría podido dejar que el sonido de la carretera y el rugido de mi moto se llevaran mis ansiedades. Quizás habría podido darle sentido a todo, pero no podía dejar divagar mi mente ahora. Había demasiado riesgo en este recorrido. Solo éramos dos cruzando el territorio de otro grupo, lo que llamaría la atención sobre nosotros incluso si no nos enfrentaban. Si lograban ver nuestras chaquetas, podrían investigarnos.

Los Hermanos de la Osera era un club de motociclistas que se había hecho un nombre en algunos de los periódicos locales. Por supuesto, era una fachada. Las historias se basaban en el hecho de que éramos un grupo que trabajaba para ayudar a aquellos que se integraban a la vida civil después de la milicia. Eso nos hacía parecer un club que no era criminal, la apariencia de motociclista que usaba la mayoría de los hombres en el club era algo que simplemente venía de andar en motocicleta. Ahora, si la pandilla que reclamaba este territorio se ofendería por nuestra presencia, sería algo que descubriríamos a la mala.

Primero, sin embargo, Van Cleave nos sacó de la carretera por un camino de tierra. Tendríamos que ocuparnos de los negocios primero. El camino de tierra que conducía a donde estaban Suzy y Tony estaba muy crecido y era peligroso bajar por él en moto. Tuvimos que reducir la velocidad y cambiar de marcha para que los motores de las motocicletas pasaran de rugidos fuertes a un suave ronroneo. Cuando el camino estaba demasiado poblado para seguir en nuestras motos, tuvimos que terminar el camino a pie.

Era un dolor de culo, pero entendía la razón de todo esto. Vi una cámara montada en un árbol, oculta entre las ramas. No la habría visto si no hubiera sabido que estaba allí. Podía recordar

haber ayudado a Tony a instalarla. Saludé a la cámara mientras pasábamos caminando junto a ella. Pasó media milla antes de que llegáramos al claro en el bosque. El claro donde estaba el recinto era lo suficientemente ancho como para alojar más de una hectárea de plantas de marihuana, así como la pequeña caravana donde vivían Suzy y Tony.

Tan pronto como cruzamos la línea de árboles, vino un grito furioso de la nada: — ¡Deténganse! ¡Manos donde pueda verlas o los llenaré de plomo a los dos!

—¡Tony! —gritó Van Cleave, sonando eufórico. Extendió los brazos como si le estuviera ofreciendo un abrazo al hombre—. ¡Ha sido un año largo, hombre! ¡No me digas que olvidaste mi linda cara!

—¡Oh! ¿Es Eddie? —Suzy salió de la caravana y sin siquiera esperar a que su esposo diera la señal de que todo estaba bien, se lanzó sobre Van Cleave con un chillido que no debería venir de una mujer de su edad. Vi cómo se regodeaba sobre él, pellizcándole las mejillas como si fuera un nieto al que no había visto en mucho tiempo—. Te ves tan bien —dijo antes de posar su mirada en mí. Yo estaba sonriendo burlonamente al otro hombre, pero cuando esta pequeña mujer se acercó a mí, supe que estaba atrapado—. Jeremiah —hice una mueca al escuchar mi nombre de pila—. Miren nada más —sus arrugadas manos tomaron mi rostro—. ¿Estás dejándote crecer la barba? —Frotó mis mejillas—. ¿Estás tratando de atrapar a una chica con esta apariencia?

—Na —no la corregí con mi nombre. Con Suzy, una cosa le entraba por un oído y le salía por el otro. No sabía por qué no tenía problema llamando a Van Cleave por un apodo—. Simplemente no había tenido tiempo de afeitarme. Tuve muchas cosas que hacer.

—Te ves bien con un poco de vello facial —palmeó mi mejilla—. Podrías encontrarte a una buena mujer luciendo así.

—Tiene puesta la mira en una mujer —sonrió Van Cleave mirándome—. Ha tenido la cabeza en las nubes durante todo el viaje hacia acá. Pensando en su dama y cómo va a lograr que se quede con él —encontró mi mueca de disgusto con una sonrisa—. Probablemente no tardará mucho en convertirlo en un hombre honrado.

—Oh, ya déjalo —Suzy me salvó antes de que pudiera hablar. Aunque me aseguraría de meter mi bota en su trasero por toda esa mierda—. ¿Tienes una dama oficial?

—Nada oficial —dije tratando de restarle importancia—. Sólo nos hemos visto dos veces. Está exagerando.

—Está bien —me soltó y comenzó a guiarnos de regreso a la caravana—. Ha pasado tanto tiempo desde que los vi a los dos que casi no los reconozco —hizo una pausa para abrir la puerta—. Tony, son los chicos, puedes bajar el arma, ya sabes quiénes son.

—Sí, bueno —apareció un anciano con una camiseta de tirantes y pantalones grises. Su cabello blanco sobresalía de su piel aceitunada, y tenía una actitud más áspera que la bienvenida de su esposa—. Nunca se puede ser demasiado cuidadoso —le ofrecí mi mano, que tomó con un fuerte apretón—. Espero que no estén aquí para recoger un encargo.

—No hoy —dije—. Principalmente vinimos a despejar el camino. Van Cleave mencionó que había otra pandilla con la que ustedes han tenido algunos encontronazos.

Tony resopló: —Hacemos viajes al pueblo por suministros. Uno de los sistemas de agua está averiado y la lona que usamos de cobertor se rasgó. Tuvimos que remendar el agujero. Unos idiotas comenzaron a molestar a Suzy —asintió en dirección a ella—. Le gusta quedarse en la camioneta cuando hago las compras. Cree que así me demoraré menos en la tienda si sabe que ella está ahí afuera. Después de cincuenta años, pensarías que ya habría aprendido.

—No me insultes —replicó ella mientras entraba en el remolque. Desapareció un instante antes de salir con dos vasos de agua. Van Cleave tomó uno y me trajo el otro—. Sobrevivió cincuenta años porque no creía poder deshacerme de él y salir impune. No se da cuenta de que ahora es viejo, la gente creerá que tuvo un ataque al corazón. Podría salirme con la mía —le lanzó una mirada entornada, aunque sabía que su ida y venida era sólo para aparentar.

—Dime lo que sepas sobre esta gente —le dije a Tony cruzándome de brazos—. ¿Qué ha pasado?

—Por lo que supe, eran un pequeño grupo que empezó a reclutar recientemente —Tony se me acercó al hablar—. No habían sido una gran molestia hasta el año pasado. Imaginé que probablemente estaban traficando y cometiendo los típicos crímenes de pandillas, grafitis en algunos edificios. Cosas que no nos afectaban. La verdad es que los vigilaba como forma de mover nuestra mercancía. Cuando Los Hermanos de la Osera se calmaron, perdimos una buena parte de nuestros ingresos —me lanzó una mirada significativa.

—Mejor hacer las cosas legales cuando andan los polis por ahí, que acabar en la cárcel. Seguro que habrían seguido la pista hasta vosotros dos —me encogí de hombros porque realmente no me importaba demasiado. Me molestaba tener que comportarme, pero entendía el motivo. Al igual que Tony.

—Touché —resopló irritado—. De todas formas, al cabo de un mes abrieron el bar. Usamos esa ruta cuando tenemos que hacer viajes al pueblo. Así me aseguro de que el camino esté despejado para vosotros, los muchachos, en dirección a la casa, pero no demasiado —hizo un gesto con la mano, como si no esperara que lo entendiera, pero asentí—. Nos siguieron en cuanto pasamos el bar o la casa del club, o como lo llaméis vosotros. No le di importancia con la

frecuencia con que las motos nos adelantaban y por nuestros tratos con Wilson y Ted. Ella estaba siendo difícil conmigo ese día —le lanzó una mirada a Suzy—. Así que la dejé en el camión para poder recoger lo que necesitaba. Cuando salí, había dos tipos a su lado intentando entrar. Puede que me precipitara, pero nadie se mete con la mujer de otro hombre.

—Nadie se mete —estuvo de acuerdo Van Cleave.

—Me enfrenté a ellos y mordí más de lo que podía masticar —se encogió de hombros como si no fuera gran cosa y miré sus brazos para ver si había alguna herida aparente. Había una decoloración en uno, pero no podía estar seguro de si era a causa del incidente o no—. Me rompieron el brazo —se encogió de hombros—. Amenazaron con darme una paliza y hacerle pasar un buen rato a Suzy, que según ellos yo no podría darle.

—Como si romperle el brazo a un hombre de sesenta y ocho años fuera algo impresionante —resopló Suzy con ligereza—. Si hubiera tenido mi arma encima, les habría enseñado a esos lo que es bueno.

—¿Ahora lleváis armas cada vez que vais al pueblo, no? —preguntó Van Cleave con semblante serio.

—Sólo necesité una vez para aprender la lección —gruñó Tony—. ¿Qué pretendéis hacer con estos cafres? —Los dos me miraron—. Vosotros no estáis en el ajo, por lo que pude ver. ¿Cómo esperáis recuperar vuestra ruta?

—Eso depende de Wilson y Ted —respondió Van Cleave por mí—. Lo que estamos haciendo es pasar por aquí para ver exactamente a qué nos enfrentamos, para saber cómo manejarlo. Tenemos que averiguar lo grandes que son y si tenemos gente suficiente para un enfrentamiento con ellos.

—¿Me estás diciendo —se volvió hacia Van Cleave fulminándolo con la mirada—, que con todo vuestro entrenamiento militar no podéis ir ahí fuera y acribillarlos a todos?

—Probablemente podríamos —admití—. Pero no es buena idea ir a aplanar un edificio, aunque llamaría mucho la atención. Por no mencionar que llevaría tiempo y planificación. No hay forma de que pudiéramos matar a todos y cada uno de los miembros sin que el grupo supiera que fuimos nosotros o pudiera averiguar quiénes eran. Y sin olvidar el hecho de que tenéis un club lleno de militares que fueron entrenados en estas cosas —me encogí de hombros—. Sería demasiado incriminatorio, y ya nos han investigado una vez.

—No arméis jaleo —Suzy dio un paso al frente—. Si vuelven a las andadas, será evidente quién es más peligroso. Nunca nos han hecho nada malo —me puso una mano en el brazo y me dio un leve apretón.

—Está bien —resopló Tony, y nos guiaron fuera del remolque—. Volved a casa y dejadnos saber cuándo podemos prepararos otro envío.

—Tened cuidado —dijo Suzy, y parecía genuinamente preocupada.

Asentí y comencé a andar por donde habíamos venido. Era de noche, así que saqué una pequeña linterna para iluminar el camino a través del bosque.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos? —gritó Van Cleave detrás de mí, dejándome guiar el camino—. ¿Crees que podríamos eliminarlos sistemáticamente uno a uno?

—Creo que tenemos uno o dos francotiradores en Los Hermanos de la Osera, pero tal vez tú lo sepas mejor que yo. La gente te aprecia más que a mí —le lancé una mirada mientras lo decía—. Así que podrías preguntar, porque creo que ese tipo de entrenamiento nos será útil en el futuro.

—¿Crees que llegaremos a eso?

—Lo averiguaremos en el camino a casa.

Nos encontramos con nuestras motocicletas y comenzamos a serpentear lentamente el resto del camino para salir del bosque. Fue un alivio llegar a la calle. Ya no estábamos limitados por los árboles y las raíces, teníamos la libertad de revolucionar los motores y ir tan rápido como quisiéramos.

—Olvidamos reportarnos —gritó Van Cleave por encima del viento abrasador, y me encogí de hombros ligeramente.

No me pareció importante, aunque imagino que debería haberlo sido. Habíamos perdido tanto tiempo con Tony y Suzy que ya íbamos a llegar tarde de vuelta. Podríamos reportarnos fácilmente cuando fuera hora de recargar combustible.

La parte más larga del viaje a casa fue navegar por el sendero y luego el camino a través del bosque de Tony. Perdí la noción del tiempo y solo presté atención a la carretera. Fue un error perder la noción del tiempo. El viaje hasta aquí tomó tanto tiempo y fue tan tranquilo que, cuando llegó la hora del viaje de vuelta, no me di cuenta de que nos seguían. Ni siquiera noté a nuestros perseguidores hasta que Van Cleave destelló sus luces hacia mí. Eché un vistazo por encima del hombro y divisé dos motos detrás de nosotros. Parecían ser solo dos y una buena mirada al espejo lo confirmaba. Aunque, de noche, podría ser difícil saberlo con certeza.

Cómo procederíamos a partir de ahora sería revelador de cómo abordaríamos este club en adelante. Si solo nos seguían y no intentaban contactarnos, por aburrido que sonara, seguiríamos adelante. Aunque el próximo viaje que hiciéramos vendría con respaldo. Si intentaban algún ataque mientras íbamos en camino, disparándonos o lo que fuera, entonces, suponiendo que los dos sobreviviéramos, responderíamos de la misma manera.

Reduje la velocidad, haciendo que Van Cleave también redujera. Era señal suficiente de que sabíamos que estaban ahí. Después de un momento, hubo un rugido de un motor que captó mi atención. Uno de nuestros perseguidores me adelantó por la izquierda y luego el otro pasó por el lado derecho. Serpenteaban adelante y atrás frente a nosotros, reduciendo la marcha, por lo que no tuvimos más remedio que seguirlos o pasarlos. Si los pasábamos, probablemente recibiríamos balazos por la espalda. Le lancé una mirada fugaz a Van Cleave antes de asentir hacia los tipos que teníamos enfrente. Nos someteríamos a lo que quisieran, pero si se ponían agresivos, les mostraríamos quién era realmente el jefe.

Pronto nos obligaron a salir de la carretera y detenernos en la banquina. Desmontaron de inmediato, pero le hice una seña a Van Cleave para que permaneciera en su moto. Apagamos los motores y observamos a los dos tipos acercarse.

—¿No van a bajarse y quitarse los cascos? —ladró uno.

—Podemos bajarnos —comenzó Van Cleave—, si no les molesta decirnos por qué nos obligaron a salir de la carretera.

Entre los dos, mirándolos, no había competencia entre nosotros si uno de ellos nos atacaba a golpes. Pero, observándolos a ambos, pude ver las armas que llevaban. El de la izquierda tenía un parche que decía "prospecto" y el de la derecha llevaba un parche con los cuatro ases de cada palo.

¿En serio? Me pregunté a mí mismo. ¿"Crazy Aces" era realmente su nombre?

Traté de no gemir en voz alta. Le lancé una mirada a Van Cleave, incluso con las viseras bajas, sabía que él captaría mi sentir. Creo que lo escuché reírse a carcajadas.

—Están atravesando el territorio de los Aces, hombre, y por sus chalecos puedo ver que ustedes andan con otra pandilla. ¿Por qué no ser respetuosos con el lugar por donde andan?

—¿Quiénes demonios son Los Hermanos de la Osera? —intervino el prospecto.

—Podríamos preguntar lo mismo sobre los Crazy Aces —escuché refunfuñar a Van Cleave, probablemente demasiado alto porque noté que las expresiones de los hombres frente a nosotros cambiaron.

Entonces decidí bajarme de la moto, no iba a dejar que uno de ellos me la tirara. Llegué incluso a quitarme el casco y lo dejé sobre el asiento.

—Solo íbamos a dar un paseo —dije mientras los miraba a los dos—. La última vez que pasé por aquí nadie había reclamado esta zona, es un tramo de carretera bastante destartalado. ¿Qué hay que reclamar?

—¿Acaso vinimos a su territorio llamándolo basura? —preguntó el miembro, su expresión se ensombreció. Ese fue el factor decisivo para determinar cómo seguiría esto. Escuché suspirar a Van Cleave mientras se quitaba el casco y se bajaba de su moto. Él también lo sabía—. Estás tomando las cosas por el lado equivocado, hombre. Solo estábamos disfrutando de un paseo. Ahora, intentamos llegar a casa. No pedimos problemas, no vinimos aquí a causarlos.

—¿Cómo es que no hemos oído hablar antes de los Boneyard? —preguntó el prospecto, con los brazos cruzados y pude ver el intento de parecer imponente en su rostro.

—Porque somos discretos —respondí—. Solo atendemos a un cierto tipo de individuos.

—Y es Hermandad, hijo —se burló Van Cleave—. Aquí no hay niños.

—Dame una razón por la que no deberíamos patearte el trasero —habló el prospecto, con el rostro contraído por la ira.

Miré a Van Cleave y vi que aún tenía esa mueca burlona. Bueno, si había un momento para ser un idiota, ese era el momento.

—Dudo que pudieras hacer eso, hijo —imité la expresión de mi amigo—. La mayoría de Los Hermanos de la Osera somos militares. Sabemos un poco sobre cómo patear traseros.

Había algo en llamar "hijo" a alguien mayor que yo que era denigrante a un nivel que disfrutaba. Por supuesto, nuestras burlas no fueron bien recibidas. No tomaron la ruta fácil, no intentaron lanzar un puñetazo ni reaccionaron con una maldición. En cambio, sin mucha advertencia, el tipo con parche sacó un arma y le disparó a Van Cleave directamente en el pecho.

—¡Hijo de puta! —gritó él.

Aunque estaba seguro de que la bala no lo lastimó realmente, ya que el chaleco evitó que penetrara su piel, aun así golpeó con una fuerza que dolió. El disparo del arma me hizo reaccionar instintivamente, no esperé ni lo cuestioné. El arma en mi espalda estuvo en mi mano más rápido de lo que el otro tipo pudo volver a apretar el gatillo. Abrí fuego contra él y escuché los disparos de respuesta. Sentí que una bala me rozaba la cabeza y Van Cleave soltó otra maldición antes de que el hombre mayor cayera. No estaba disparando para matar, pero después de eso, decidí que ninguno de estos tipos regresaría a su club para hacer un informe. Me aseguré de apuntar bien. Aunque no podía estar seguro de que el primer tipo estuviera muerto, me aseguraría de ello después de eliminar al prospecto.

Sentí otro disparo en mi dirección, rozando mi hombro derecho, pero no lo sentí de inmediato. Otro me dio en el estómago, pero afortunadamente mi chaleco atrapó la mayor parte del daño. Entrecerré los ojos por la mira de mi arma y apreté el gatillo, observando poco después cómo el pequeño bastardo caía hacia atrás.

—¿Aún respiras? —pregunté sin apartar la mirada. No vi movimiento, pero no confié en que estuvieran fuera de combate hasta poner una bala en sus cabezas.

—Sí —jadeó Van Cleave—. Pero maldita sea, duele.

—¿Puedes usar tu teléfono? —me acerqué y rápidamente procedí a asegurarme de que ambos hombres se quedarían en el suelo.

—Creo que me dio en la clavícula —inhaló con brusquedad—. Maldita sea, no puedo hacer nada.

Saqué mi teléfono del bolsillo, con la adrenalina aún bombeando a toda máquina. Miré mi teléfono el tiempo suficiente para encontrar el número de Wilson, luego los viejos hábitos se activaron. Estaba despejando el perímetro de Ali Baba nuevamente, incluso después de que dos estuvieran en el suelo.

—Ya era hora de que llamas —una voz áspera interrumpió el trance en el que había estado. Había estado merodeando por el pequeño arcén donde nos habíamos detenido, buscando más insurgentes.

—Nos metimos en problemas —informé—. Van Cleave está herido y no podrá regresar en su moto.

—¿No está muerto?

—No lo está —lo aseguré—. El problema, sí. —Regresé junto a él, su piel oliva estaba pálida y tenía una mano presionando su clavícula—. Necesitaremos un transporte y rápido.

—Tienes suerte de que me preocupé. Ya vamos en camino. ¿Puedes darme las coordenadas exactas de tu ubicación?

Miré a mí alrededor. —No hay edificios. Creo que ya pasamos el club, que es donde recogimos a estos dos. Tendrán que limpiar este desastre. Me hirieron pero aún no siento el dolor.

—Llevamos una hora en la carretera, haz presión en tus heridas y las de él. No podemos estar a más de treinta minutos —fue la única respuesta que obtuve, colgó.

Maldije y guardé mi teléfono en el bolsillo. Puse el seguro, pero aún no estaba listo para guardar el arma. —¿Mareos?

—No creo que haya heridas vitales —respondió—, pero sé que no podré montar por un tiempo. Fui a mi moto y comencé a rebuscar en una de las bolsas de la montura. Tenía que haber algo para detener el sangrado.

—Dijo que al menos treinta minutos —encontré una camisa, parecía lo suficientemente limpia—. ¿Puedes esperar tanto tiempo? —Se la ofrecí, no estaba listo para bajar la guardia y tenía que asegurarme de que aún estuviéramos a salvo.

—No hay mucha opción —gruñó.

—Habla conmigo —ordené, porque mientras estuvieras hablando, estarías bien. Sé que no era cierto, pero aún parecía lógico—. Habla de lo que sea. Solo sigue hablando.

Suspiró bruscamente y presionó mi camisa contra su pecho.

—¿Sabes lo que dije antes? Sobre poder sacarte a una chica de la cabeza? ¿Sacártela del sistema si la follas lo suficiente? —Hizo una mueca y no esperó respuesta—. Era mentira —exhaló—. Si se queda en tu cabeza, recuerdas su olor y su sabor después, y se te pega. Así es, amigo. No hay vuelta atrás. Follarla otra vez solo ayuda a que se instale en tu campamento.

—¿Por qué demonios dijiste eso entonces? —Le lancé una mirada fulminante.

Él me dio una sonrisa débil —¿Habría importado de todos modos? Ibas a volver con ella, ¿cierto? —Gruñí, porque no podía discutir. Mantuve los ojos en la carretera, mi cabeza comenzó a palpar y podía sentir la sangre goteando por mi sien—. Si ella se queda después de la primera vez, significa que todavía tienes su interés, probablemente no tuviste oportunidad desde el principio. Cualquier magia negra que haya usado para meterse en tus pantalones la primera vez simplemente selló el trato.

—¿Magia negra? —Creí ver luces a lo lejos, mis sentidos estaban desorientados y no podía descifrar la dirección. Apunté mi pistola hacia ellas y esperé a que se acercaran—. Suenas bastante amargado, ¿hay alguna razón detrás de eso?

—Dejé que una chica me clavara sus garras —sonaba cansado—. La perdí y aún vive en mi cabeza. —Lo miré porque por cómo sonaba, era malo. Pero cuando vi la expresión de dolor en su rostro, me di cuenta de que tal vez no era físico—. Es una mierda difícil de sobrellevar, tener a una chica en tu cabeza y corazón sin poder hacer nada al respecto —estaba empezando a hablar demasiado bajo para mí—. Es una forma terrible de pasar. No arruines tus oportunidades con esta chica si ya está en tu cabeza y abriéndose camino en tu maldito corazón.

—Entonces, no estás amargado —dije mientras miraba hacia el automóvil que se acercaba—, estás con el corazón roto.

—Me atrapaste —se rió un poco, luego se estremeció, diciéndome que le dolía bastante. Van Cleave era un hombre que vivía para reír. Oírlo sufrir para hacerlo era preocupante.

Saqué mi teléfono y volví a marcar a Wilson. No esperé un saludo cuando respondió —¿Cuál es el tiempo estimado de llegada?

—Creo que los veo —vi que las luces altas del vehículo se encendían—. Así que no podemos estar a más de una milla de ustedes. —Oí que alguien a su lado decía que iban a pisar el acelerador—. ¿Cuál es el estado de Van Cleave?

—Está hablando y estoy bastante seguro de que vivirá.

—No voy a poder montar —se quejó—. Ay, siento ese dolor en mis huesos ahora, no solo en el roto.

—Dile que deje de quejarse, no quiero oírlo. Estamos llegando ahora.

Una SUV más reciente ni siquiera se detuvo en la banquina. Se mantuvo en marcha, pero Wilson, Tillman y otro hombre bajaron. Los observé a cada uno con mi pistola.

—Baja el arma —gruñó Wilson—. Martinez ayudará con la limpieza.

El hombre en cuestión me saludó—. Necesitaré tu arma, tengo que limpiarla antes de deshacernos de ella.

La entregué sin pensarlo dos veces. Tan pronto como el arma salió de mi mano, lo sentí todo. Mi hombro ardió intensamente y el goteo por un costado de mi cabeza parecía hacer que la herida en mi cabeza latiera. La adrenalina parecía drenarse para que cada realidad me mordiera. Observé, en lugar de ofrecer ayuda, mientras ayudaban a Van Cleave a ponerse de pie y lo llevaban a la SUV. Martinez me miró antes de asentir hacia el vehículo.

—No te preocupes por tus motos, Ted y yo las conduciremos de vuelta si está bien.

—Si las rayas, te romperé la cara —dije sin sentir nada.

—No te preocupes, hermano —asintió hacia mí e incluso me ayudó a subir a la SUV, aunque mantuvo las manos alejadas de mí. Fue más asegurarse de que entrara—. Deberíamos llevarnos estas motos —continuó diciendo—. Podríamos venderlas por piezas y sacar una buena tajada.

—Es probable que enfurezca a quienquiera que sean estos malditos —Wilson había vuelto a subir al vehículo después de que Van Cleave fuera acomodado—. En lo que a mí respecta, se lo tenían merecido.

—Matar a un miembro y a un prospecto también los enfurecerá —Tillman se acercó a la ventanilla del conductor—. Ya sabíamos que estábamos jugando con fuego al enviarlos a ambos a esta misión. Bien podríamos enviar un mensaje mientras estamos en eso.

—Háganlo —gruñó Wilson al final—. Asegúrense de que no haya señales de juego sucio que la policía pueda rastrear hacia nosotros. No me importa una mierda lo que piensen estos imbéciles.

Dadas las órdenes, subió la ventanilla y se alejó de la banquina. Hizo un giro cerrado que hizo que Van Cleave se quejara en la parte trasera, luego comenzó a avanzar por la carretera. Cuando Los Hermanos de la Osera encontraran a sus miembros caídos, habría represalias.

Capítulo 14

Había intentado quitarme la chaqueta de Los Hermanos de la Osera mientras nos acercábamos al hospital, el hombro me latía y apreté los dientes mientras me la quitaba del cuero.

—Necesitamos quitarle la chaqueta —le dije a Wilson después de quitarme la mía.

—¿Qué? —protestó Van Cleave—. ¿Por qué?

—Con la chaqueta y el chaleco puesto —me di un golpecito en el pecho—, será obvio que pasó algo ilegal y llamaremos más la atención de la policía —le quité el velcro y con una mueca me saqué el chaleco antibalas por la cabeza. Luego me volví hacia él y comencé a quitarle rápidamente la chaqueta de cuero—. No podemos traer más problemas al club.

—Podrías empeorar las cosas —gruñó Wilson desde el asiento delantero.

—Ya hemos tenido suficientes policías encima por tonterías. Si no puede quitarse la chaqueta, dame un cuchillo y se la cortaré.

—No —resopló Van Cleave, y comenzó a quitarse el chaleco de cuero—. No me la cortes, es suficientemente malo que tenga agujeros de bala. Pero tiene razón —se quitó la camiseta ensangrentada del pecho—. No necesitamos más preguntas de las que vamos a tener.

—Yo me encargaré de las preguntas —dijo Wilson mientras le quitaba con cuidado la chaqueta de cuero a Van Cleave y comenzaba a trabajar el velcro del chaleco antibalas—. No se preocupen por los detalles. Si algún médico o enfermera les hace preguntas sobre cómo se hirieron, remítanlos a mí, y punto.

Asentí. —¿No te vas a quitar tu chaqueta también?

—No —me prestó poca atención, su atención y enfoque estaban en la carretera.

—Vas a llamar la atención equivocada sobre nosotros —golpeé el asiento delante de nosotros—. ¿Me vas a decir que el personal del hospital no mirará a dos tipos baleados y no asumirá que hay algún tipo de actividad de pandillas?

Me lanzó una mirada por encima del hombro y entró en el estacionamiento cerca de la sala de emergencias. —¿Crees que nací ayer? Déjenme manejar las preguntas, ustedes déjense coser. Eso es todo lo que tienen que preocuparse.

Gruñí observando el hospital al que me había traído, el mismo en el que trabajaba Dylan. ¿Sería ella quien me coserías las heridas de nuevo? No iba a contener la respiración. Me volví para ayudar a Van Cleave a salir de la camioneta. No era un inválido en absoluto, pero sabía por experiencia que un hueso roto no era algo que se pudiera dejar pasar. Eso, y su tez normalmente aceitunada estaba más bien pálida.

No se demoraron mucho con nosotros en urgencias. Nos separaron, como era de esperarse. Wilson se quedó en la sala de espera para transmitir nuestra información a los administrativos del mostrador. Me metieron en una pequeña habitación como antes que solo ofrecía una cortina para cubrirse.

Decidí ahorrarme una camisa y me la quité, se habían centrado más en Van Cleave que en mí. Sé que probablemente me veía mal, pero estoy seguro de que todas mis heridas eran solo rasguños. Aunque, cuando miré hacia abajo, pude ver los moretones que se estaban formando donde el chaleco había detenido las balas reales.

Supongo que el prospecto probablemente tenía mala puntería, mientras que el otro tipo daba en el blanco. Recibí dos, una en el pecho y otra en el estómago. Podía sentir el dolor en los músculos mientras me recostaba en la mesa pobremente acolchada. Era la primera vez que me disparaban. Lo cual parecía gracioso considerando el servicio que había prestado en los Marines. Me habían disparado antes, en varias ocasiones, pero era la primera vez que alguien lograba darme. Las balas me rozaron la cabeza y el hombro, y no era diferente a ser apuñalado, algo que había experimentado antes de mi pelea con Billings y sus amigos. Afortunadamente, las balas estaban calientes y, aunque la piel se rompió, fue un corte bastante limpio. Así que el tiempo que tuve que ser atendido fue más bien esperar la inspección de un médico que cualquier otra cosa. Cuando finalmente me dieron el visto bueno y otra ronda de antibióticos, fui a buscar a Wilson.

No llegué a la sala de espera antes de que una voz familiar me llamara.

—Ahora, Novio. Sé que te dije que no quería verte de nuevo. —Me di la vuelta para ver a la enfermera de piel oscura que se había ocupado de mí la última vez que estuve aquí. Batallé con su nombre, y sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa burlona—. Latisha.

Resoplé e imité su expresión—. Tengo la tendencia de meterme en problemas. Usualmente, no me dejan tan rasguñado.

—No me digas —se puso un guante y, sin darme ningún tipo de advertencia, me estaba limpiando la sangre de un lado de la cabeza, preocupándose por mí como una madre gallina—. Chico, no bromeas. Aquí le dije a Dylan que te llamara para que la pasaras bien. No sabía que eras un buscaproblemas. Por favor, dime que no metiste en problemas a mi amiga.

—No quiero meter en problemas a tu amiga —le respondí—. Y te informo que le di un buen rato. ¿Está aquí esta noche?

—¿Crees que tiene un día libre?

—Ella no fue quien me atendió —argumenté porque por alguna razón esperaba que ella se hiciera cargo de mí.

—Ay, novio —dejó de estar a la defensiva—. Mírate. Estás todo lastimado y ella no estaba ahí para ponerte en forma otra vez. Ay —se inclinó y presionó sus labios contra mi mejilla—. Me gusta. Tus sentimientos están heridos, es tan dulce. Tienes suerte de que yo esté comprometida. De lo contrario, probaría lo vainilla. Si puedes mantenerte fuera de problemas, tienes mi bendición.

Nunca antes me habían llamado dulce. Miré a la mujer como si hubiera perdido la cabeza. Ella solo me palmeó el hombro y llevó el trapo que usó para limpiarme a un basurero.

—Puede que haya estado en su descanso, descansando en la sala de guardia —me encogió los hombros—. Su turno no termina hasta las siete de la mañana —sacó la cadera mientras me miraba de nuevo—. Así que, si pensabas recogerla para un lindo día, tendrás que esperar unas horas más.

—Lo recordaré —resoplé—. ¿Sabes algo sobre el tipo con el que entré?

Solo se encogió de hombros—Cariño, no te vi cuando entraste. Acabo de tener la oportunidad de tomar un respiro. Pero si veo a Dylan, la enviaré hacia la sala de espera, ¿de acuerdo?

Con esa promesa, me sentí tranquilo—Te lo agradezco.

—Espero verte la próxima vez, novio, para recogerla y no para que te arreglen —regresó a su carrito y se fue por el corredor que formaba la sala de emergencias para pacientes no graves.

Encontré el camino a la sala de espera y busqué a Wilson. Estaba sentado en una silla junto a la cafetera y parecía haberse quedado dormido. Una mirada al reloj me informó que eran las tres cuarenta y cinco.

—¿No aguantas las largas horas? —le dije mientras me sentaba.

Gruñó en respuesta y se removió en su asiento—¿No les enseñaron a los cachorros a esquivar las balas?

—Lo hice mejor que el marinero.

—Van Cleave sanará —comentó con ligereza, frotándose la cara arrugada—. Lo más difícil será no poder andar en su moto. Así que probablemente lo oiremos quejarse y lloriquear.

—Creo que recibir un balazo le da derecho a quejarse un poco —me estiré e intenté ponerme cómodo, con la mirada en las pocas personas que estaban en la sala de espera. Estábamos sentados junto a la cafetera, pero con el ambiente que transmitía Wilson, él estaba sentado solo. Salvo por mí—. Aun así, hay que considerar las consecuencias de esta noche. ¿Cómo se tomará esto y cuánto tiempo crees que les llevará conectarlo con nosotros para poder tomar represalias?

—Primero tenemos que averiguar si vieron nuestra insignia, y mucho menos si fue identificada.

—Los tipos que nos interceptaron nos reconocieron —le dije—. Podrían haber contactado a su club para informar.

—Las posibilidades de que tengan la misma mentalidad que nosotros son escasas —no me gustó que restara importancia a mi preocupación y comencé a fruncirle el ceño.

—¿Qué sabes? Podrían tener tipos militares en su grupo, incluso policías. ¿Cómo me reclutaste a mí? ¿Acosas a cada tipo que sale y le ofreces una insignia? —me incorporé para ver mejor su expresión—. ¿Crees que cada tipo que sale es honesto? Uno de los cabrones que nos disparó tenía buena puntería para darme dos tiros en el centro. Sé que le dio por lo menos uno en el chaleco antibalas que llevaba puesto Van Cleave antes de darle en el cuello. Podría ser ex militar. No parpadeó al apretar el gatillo.

—Tienes razón —respondió con brusquedad. Su voz era dura y sus cejas estaban fruncidas sobre sus ojos—. No voy a discutir contigo. ¿La diferencia entre ellos y nosotros? Nosotros sabemos lo que es la precaución. Detenerlos a ustedes dos debió haber sido con precaución. Si hubieran sido listos, les habrían disparado por la espalda. Si se hubieran preocupado más por proteger su territorio que por alardear, no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo.

Me levanté lentamente, mirando al hombre mayor con el ceño fruncido. —Esta es la segunda vez que salgo herido haciendo algo por ti. Nunca te he cuestionado y he hecho todo lo que me has pedido. ¿Estás intentando que me maten?

—Dime cómo eso me beneficiaría a mí —levantó las manos, con las palmas hacia arriba—. No quiero que ustedes ni Van Cleave estén muertos. Eso no logra ningún objetivo para el club ni para mí. De hecho, me pondría en falta de dos jóvenes buenos que son capaces de encajar un golpe y devolver uno más fuerte.

Permaneció sentado mientras me hablaba. Nunca había dudado de los motivos de Wilson para integrarme al club. Había entendido desde el momento en que acepté estar en el club para qué

estaba ahí. En ese entonces, me había sentido agradecido por tener un lugar donde descargar mi rabia, pero ahora me estaba cuestionando si el hombre frente a mí estaría dispuesto a enviarme a mi muerte sin pestañear.

—Entendiste el peligro al que te enfrentabas, se aseguró de advertirte con el conocimiento de lo que era este grupo. Si no tienen reparos en romperle el brazo a un anciano, ¿por qué los tendrían al disparar por la espalda a otros dos motociclistas? Tenías razón cuando dijiste que esto iniciaría una guerra entre ellos y nosotros. Lanzaste un desafío y cuando masacraste a esos dos hombres, ese desafío quedó sellado con sangre. Sabías a lo que te enfrentabas desde el principio.

Tenía razón. Lo sabía. ¿Esto me habría molestado antes? ¿Por qué me molestaba ahora?

—Eem —nuestra conversación fue interrumpida por una nueva voz. No me había dado cuenta de lo acalorada que se había puesto hasta que no noté que otra persona se acercaba. Al voltear, vi que era Dylan, de todas las personas, quien estaba de pie no muy lejos de nosotros—. Jeremiah —frunció un poco el ceño mirando a Wilson—. Lamento interrumpir, pero Letisha dijo que estabas aquí afuera y que te habías vuelto a lastimar. Quise venir a ver cómo estabas.

Lo dijo como una pregunta y sus ojos se abrieron de par en par cuando finalmente se encontraron con los míos. Ni siquiera se me había ocurrido corregirla por cómo me llamó. Fue un alivio verla después de todo esto, tal vez fue por lo cansado que me sentía que me embargó esa sensación. Me acerqué a ella y baje la voz para tener un poco de privacidad.

—Estoy bien —la miré de arriba abajo; su cabello oscuro estaba recogido en una cola de caballo y sus scrubs se veían arrugados. Se veía tan cansada como yo me sentía, pero aun así me atraía como la llama a la polilla. Estaba seguro de que si la envolvía entre mis brazos y me hundía en su aroma, todo el estrés que sentía en ese momento se desvanecería—. Solo se me cruzó por la mente que serías tú quien me cuidaría.

Ella esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros. —Lo siento. Tuve suerte la primera vez.

Su elección de palabras me atravesó por completo y no pude evitar esbozar una sonrisa pícara.

—Puedo volver a darte suerte —tenía que tocarla, mis dedos se cerraron alrededor de su barbilla e inclinaron su cabeza hacia arriba. Estaba lo suficientemente cerca como para besarla y me encontré inclinándome para hacerlo—. ¿Quieres venir a mi casa después del trabajo?

Ella parecía dudar, alejándose e incluso dando un paso atrás.

—Te dispararon —la preocupación era evidente en su voz—. Primero te apuñalaron y ahora te dispararon. ¿Qué demonios estás haciendo?

Se estaba alterando. Aquí estaba yo tratando de ser romántico, mostrándole que me alegraba verla y estaba fallando. Estaba demasiado cansado para ofrecerle una explicación o lidiar con el fuego que vi en su mirada.

—Ven —estaba seguro de que después de dormir un poco podría disipar sus temores—. Te lo explicaré todo. Estará bien, lo prometo.

Su mirada era escéptica, pude darme cuenta de eso. Sus cejas oscuras estaban fruncidas y me miraba con el ceño fruncido.

—El señor Edward Van Cleave se encuentra bien. Lo mantendremos durante la noche por seguridad. Necesitará que alguien vaya a recogerlo mañana por la tarde.

—Me encargaré de eso —Wilson se puso de pie y se acercó a nosotros—. Cariño —le dijo a Dylan, luego me miró—. Iré a traer el auto. Termina si necesitas hacerlo.

Se alejó de nosotros como si no le estuviera mostrando a esta chica los parches de su chaqueta y exponiéndola a lo que yo era.

—¿Estás en una pandilla de motociclistas? —su voz adquirió un tono más alto, aunque no me gritó del todo—. Oh, Dios mío —se alejó de mí, llevando su mano a su rostro—. ¿Cómo pude estar tan ciega ante eso?

—Espera —esto se estaba saliendo de control. No tenía control sobre esto y pude sentir que me hervía la sangre—. ¡Espera! —había empezado a alejarse de mí y estaba desesperado por mantenerla conmigo. Me aferré a sus hombros a pesar del tic de dolor en los míos—. Detente —dije bruscamente—. No es lo que piensas.

¿Cuántos clichés tendría que soltar para que se quedara y me escuchara? ¿Wilson me había saboteado a propósito? Iba a tener que abrir en canal a ese hijo de puta.

—¿Cuánto más obvio puede ser?

Me debatí mientras soltaba sus hombros y agitaba los brazos con desesperación.

—¡Dame la oportunidad de explicar! ¡No saltes de inmediato al peor escenario posible hasta que conozcas todos los detalles! —hice una pausa, luchando con por qué no podía dejarla ir. No quería dejarla partir y asumir lo peor de mí—. Encuéntrate conmigo cuando salgas del trabajo y te lo contaré todo —lo decía en serio. Estaba dispuesto a explicarle todo lo que era a esta mujer—. Por favor —esa palabra demostraba cuán desesperado estaba.

Ella parecía sacudida y por un segundo pensé que la había espantado. —Vendré después del trabajo. Probablemente deberías ir a casa y descansar. Pareces un desastre.

No podía discutir.

La observé regresar a través de las puertas dobles, donde atendían a los pacientes. Tenía un mal presentimiento en el estómago. No tenía idea de qué le diría cuando terminara su turno de trabajo, pero no podía mentir. Me di la vuelta para irme, adolorido con cada paso. Entré en la camioneta que esperaba, Wilson estaba al volante y parecía tan cansado como yo me sentía.

—¿Es por eso que de repente tienes preocupaciones?

—¿Qué? —me acomodé en el asiento delantero con una mueca de dolor.

—Cuando te inicié y te nombré Ejecutor, nunca te importó —salió del estacionamiento y se puso en ruta hacia lo que esperaba que fuera mi apartamento—. Nunca pestañeaste ante la perspectiva de salir magullado o cortado en un enfrentamiento. Ahora, de repente, te preocupa la posibilidad de una guerra. ¿Por esa chica? —Aparté la mirada de él, sin poder imaginar hacia dónde iría esta conversación—. No puedo negar lo que vi —gruñó—. Era inevitable, supongo. Eres joven, y nunca te llamaría estúpido.

—¿De qué demonios estás hablando? —Lo miré, tratando de averiguar a qué se refería.

—Cuando no tienes nada que perder, eres descuidado y no temes a la muerte, te importa una mierda lo que pueda pasar entre el punto a y el punto b —no me miró, solo siguió conduciendo—. Te preocupa más la adrenalina que te da la violencia y las situaciones límite. Cuando te mandé a encargarte de Billings, ni siquiera pestañeaste. Después de eso, las cosas cambiaron. Ahora, de repente, te preocupa iniciar una guerra en lugar de allanar el camino, como deberías estar. Esperaba que estuvieras ansioso por enfrentar el peligro, las cosas han cambiado. ¿Por qué? ¿Por la chica? ¿Te metiste entre sus piernas y ahora estás atrapado?

—¿Estás diciendo que no te importa enviarme a morir?

—¿Crees que al Tío Sam le importaba o le importa ahora lo que nos pase, soldado raso? En lo que a ellos respecta, éramos carne de cañón, y lo sabes, de lo contrario habrías sido un militar de carrera a menos que terminaras como Redding.

Resoplé y rodé los ojos. Cómo alguien como Redding logró pasar por el Ejército y una guerra con su actitud relajada aún era difícil de tragar. Pero, entendí su punto. Yo había estado preparado para ser enviado a casa en una caja y no me había importado entonces.

El viejo continuó: —¿Me estás diciendo que realmente te preocupa iniciar una guerra con un club rival?

—Va a poner las cosas peligrosas.

—¿De repente te preocupa el peligro?

—Bien —le espeté—. De repente tengo algo que quiero. Encontré a alguien que hace que esta mierda —gesticulé hacia adelante, sin apuntar a nada— parezca menos trivial. Sí, me metí entre

sus piernas, y quise más. ¿Me vas a decir que con lo que has estado follando a la puta del bar durante tanto tiempo, te sorprende que yo me enganche?

Se encogió de hombros. —No lo había considerado. Cuando te encontré en el bar de striptease, pensé que eras gay o alguna mierda así.

—No —gruñí—. Las putas coqueadas no me van.

Frenó frente a mi casa. —Ya veo. Tenemos asuntos que resolver y algunas cosas que arreglar mañana. Ven al club al mediodía. Me aseguraré de que la puta del bar te alimente. Pero si la llamas puta, ella te escupirá en la comida.

—¿Tenemos gente con entrenamiento de francotirador?

—Probablemente, el entrenamiento de francotirador podría ser algo por lo que pasan todos hoy en día —comenzó a frotarse la áspera barba enmarañada.

—Podríamos detener esto antes de que comience, tenemos las habilidades y el poder humano. Hacernos un favor a nosotros mismos y a todos en esa zona, por lo que Tony me estaba diciendo.

—Me moví para salir—. Acabemos con todos ellos, y no será un problema.

Gruñó: —Si los matamos a todos, ¿en qué nos diferenciaríamos de ellos?

—Estaríamos vivos —respondí mientras salía del auto y entraba.

Tan pronto como se cerró la puerta, me golpeó el agotamiento. Ni siquiera recuerdo haberme metido en mi cama antes de quedarme inconsciente.

Capítulo 15

Dormí como un tronco y no escuché los golpes en la puerta. Pero cuando mi teléfono comenzó a sonar, lo agarré y gruñí a quienquiera que interrumpiera mi sueño.

—Que te jodan.

—Me dijiste que viniera —me respondió una voz a la defensiva.

Fue suficiente para despertarme por completo al oír su voz en mi oído.

—Estaba durmiendo —me incorporé en la cama—. Perdona.

—Vuelve a dormir entonces, me iré a casa y me acostaré.

—No —me levanté y fui hacia la puerta—. No quiero posponer el verte.

Ella entró y me miró con expresión cansada.

—No busco problemas. Esto ha sido divertido, de verdad, pero no puedo meterme en eso...

No le di la oportunidad de terminar su pensamiento, de completar lo que iba a decir. La interrumpí atrapando su boca con la mía con el beso que había deseado cuando la vi horas antes en la sala de espera. Sentí una oleada de alivio y la empujé contra la puerta. Ella no me peleó, simplemente se rindió ante mí, permitiéndome inclinar su cabeza hacia atrás para tener más acceso a su boca. Besarla no sería suficiente, incluso con el día alcanzándome y las molestias de mis heridas protestando. Quería más. Le bajé los pantalones, impulsado por el deseo que se convirtió en necesidad. Liberé su boca para saborear la línea de su mandíbula.

—No puedo meterme en problemas —jadeó—. No puedo ser... quedar atrapada en nada ilegal.

—No lo harás —le aseguré, acariciando la curva de su trasero en cuanto quedó expuesto y bajándole más los pantalones.

—Pero tú... —Presioné mis dedos entre sus muslos por detrás, deslizando un dígito en su interior. Contuvo el aliento cuando cambié mi agarre para seguir provocándola—. Te están lastimando —una de sus manos se deslizó sobre mi hombro—. ¿Qué pasa si te...?

—Para —le espeté—. Los —¿y si...?" no llevan a ninguna parte. Preocúpate por el aquí y ahora. Preocúpate por obtener lo que quieres. —Tenía mi mano libre entre nosotros para poder sacar mi pene de la ropa interior que llevaba—. Esto —logré levantarla lo suficiente para estar entre sus muslos y posicionado justo en su entrada—. Esto es lo que quiero —me arqueé y me hundí en ella.

Parecía que iba a decir algo, probablemente a objetar que la follara. Pero no vacilé, mantuve su mirada y me empujé en ella con una fuerza que hizo temblar la puerta.

—¿Esto —apenas pude oír su voz por encima del esfuerzo que hacía por mantenerme entero— es lo que quieres?

Apoyé mi frente contra la suya, intentando apretarla contra la puerta con mis caderas y mis ojos.

—Te quiero a ti —salió como un gruñido—. No solo follar.

La había estado sosteniendo contra mí, pero cambié las manos para sostener su rostro. Parecía que el follar estaba empezando a afectarla, sus ojos rodaban hacia atrás y sus párpados revoloteaban cerrándose. Le di una palmadita en la mejilla, enganchando mis caderas para frotar su clitoris.

—Jodidamente te quiero —admití.

—No me conoces.

Sus dedos se clavaban en mis hombros y sus ojos se cerraron con fuerza. Estaba cerca, el agarre que tenía en mi pene se apretó tanto que vi estrellas.

—Fácil de arreglar.

Cambié mi postura, tratando de sobrellevar el embate de su orgasmo. No iba a durar, había algo en esta mujer que me tenía al borde y no me dejaba retrasarlo. Incluso mientras ella temblaba a mi alrededor, me derramé en su interior y las posibilidades de mantenerme de pie eran escasas. Mis rodillas comenzaron a doblarse mientras ella gritaba y se estremecía a mi alrededor, no pude mantenerme de pie, así que resbalamos por la puerta hasta que me arrodillé con ella todavía envolviéndome. Jadeé, agotado de todo lo que tenía.

—Quiero conocerte —salió como un susurro ronco.

Sus dedos acariciaron con cuidado mi cabello, siendo cuidadosa con el vendaje que cubría un lado de mi cabeza.

—Esto no iba a ser solo un polvo fácil —exhaló y me guió para descansar sobre su hombro—. Debería haberme dado cuenta.

—¿Había alguna señal que dijera que esto no sería sencillo?

—No —presionó sus labios contra mi sien y me rendí, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura—. Fue más bien esta... Esta conexión. Honestamente —tarareó—, debería haberte tenido miedo.

—¿Por qué? —Froté mi rostro contra su hombro, inhalando el olor a sudor, sexo y a ella.

—Porque estabas tan cerrado cuando nos conocimos. —Escuché atentamente, curioso por su impresión de mí. Quería saber lo que pensaba y si sentía lo mismo que yo. Si me quería como yo la quería a ella—. Eres tan hermoso, pero era como si fueras intocable.

—Me tocaste —dije, porque lo había hecho. Me tocó de una manera para la que no estaba preparado.

—¿Lo hice?

Me alejé y le tomé la barbilla, iba a morder la bala. Iba a admitírselo sin vergüenza y tomar lo que ya sentía que era mío.

—Tú —mantuve mi voz baja mientras nuestros ojos se conectaban— eres mía. Me perteneces a partir de ahora. —Mantuve un tono parejo, como si no hubiera discusión—. ¿Entiendes?

Sus ojos se abrieron enormes, sus cejas se alzaron y no hizo ningún movimiento para sacudir mi agarre de su rostro. Había poco espacio entre nosotros, nuestros pechos estaban presionados. Diablos, todavía estaba enterrado en su dulce coño. Si iba a intentar alejarme, tendría que usar una gran fuerza.

—¿Qué significa eso?

La pregunta me golpeó, porque realmente no sabía la respuesta. Todavía no estaba seguro si este sentimiento que tenía por ella era amor. No lo había sentido antes.

—Significa que no hay nadie más —pude sentir que vacilaba mientras la inseguridad comenzaba a apoderarse de la confianza que sentía antes.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Está bien.

Sentí un gran alivio y me puse de pie, levantándola conmigo.

—Bien —la llevé sin problemas a mi cama—. Joder, no sabía qué iba a hacer si decías que no. —La acosté y de alguna manera logré encontrar un segundo aire.

Capítulo 16

Tener una mujer enroscada a mi alrededor es la dicha, estar enterrado profundamente dentro de ella es aún mejor. Despertar con todo eso me hizo preguntarme si estaba soñando. Tenía mi cara enterrada en su sedoso cabello, a pesar de estar enredado. Su espalda estaba presionada contra mi pecho, y solo pude deducir que ambos nos habíamos quedado dormidos.

Me pregunté qué me había despertado. Dylan todavía estaba dormida, roncando ligeramente. Parecía ser una dormilona. Supongo que trabajar de noche en un hospital podría hacer eso. Me senté y miré alrededor de mi dormitorio. La habitación se había aclarado y no pude determinar qué me había despertado. Estaba cómodo enredado con ella, me moví, y ella murmuró cuando salí de ella. Fácilmente podría volver a dormir.

Entonces, lo escuché, mi teléfono vibrando en la mesita de noche. Vibró tres veces, hizo una pausa y luego comenzó de nuevo. Gruñí y me di la vuelta para agarrarlo. Wilson. Resoplé y respondí el teléfono, —Lárgate.

—Lárgate tú —gruñó en respuesta—. Se suponía que estarías aquí para el almuerzo. Estamos trabajando hacia la cena ahora. ¿Dónde demonios estás?

—Estaba dormido —suspiré y me estiré—. Tuve una maldita noche muy larga.

—No te dispararon —argumentó.

—Mi cabeza y mi hombro sostienen lo contrario —dije con calma—. Así que, sí me dispararon, sólo que fallaron el blanco.

—¿Vendrás aquí o necesito ir a buscarte para patearte el trasero?

—¿Por qué? —El cuerpo junto a mí se movió, y ella se dio la vuelta para apoyarse a lo largo de mi lado derecho. Fue una pista suficiente de que estaba despierta.

—Informe completo con planes a hacer. Tenemos que prepararnos para la guerra de guerrillas, seguro que no van a jugar según los libros de reglas con los que fuimos entrenados.

—Descubre quién de los nuestros fue francotirador, quién tenía entrenamiento. ¿Tenemos algún cazador? Detén esto antes de que comience —era lo suficientemente simple, teníamos gente lo suficientemente inteligente para hacerlo con poca evidencia. Si Martínez pudo encubrir el enfrentamiento de anoche, podría encargarse de eliminar a todo un club.

—No seas idiota, ven aquí —ladró Wilson como una orden, y luego terminó la llamada sin más insultos.

Dejé caer el teléfono sobre la cama y consideré quedarme aquí. Los dedos trazaron las líneas de los músculos en mi pecho hasta que se tensaron llamando la atención de otra parte de mí.

—Entonces —su voz era suave y llena de trepidación—, ¿lo peligroso no es sólo una imagen?

—No te detuvo cuando me llamaste la primera vez —la miré—. Tampoco te detuvo la última vez —Encontré su mentón con mis dedos y la alcé para mirarme—. Nunca te oí decir que te detuvieras, nunca te oí decir que no.

La atraje lo suficientemente cerca como para saborear sus labios, sin importarme el mal aliento. Lo mantuve breve porque ya estaba duro por la sensación de su cuerpo contra el mío, besarla más sólo me distraería. Entonces necesitaría estar dentro de ella, y la conversación se perdería en el calor del momento.

—Me deseas como yo te deseo —lo expresé como una afirmación aunque no sabía con certeza si ella lo hacía.

Ella emitió un leve zumbido, lo que me hizo sentir inquieto. Sus dedos se deslizaron por las líneas de mi cuello y sobre mi mandíbula, su pulgar se deslizó sobre mi labio inferior. Ahora podía ver el calor en sus ojos.

—Tal vez lo haga.

Hubiera sido tan fácil caer por esa mirada. Rodar sobre ella y hundirme de nuevo en su apretado agarre. Pero, había cosas que hacer. Besé su dedo y luego arrastré mi lengua a lo largo de él.

—Es hora de levantarse —admití, sin estar listo para soltarla.

Los labios de Dylan se torcieron, y se apartó, —Sí, tengo que prepararme para irme.

La observé salir de la cama, y el deseo de mantenerla surgió en mí. La agarré cuando comenzó a salir de la cama.

—Te quedarás conmigo.

—Tendré que prepararme para ir a trabajar —su protesta sonó a medias.

—¿Ahora? —Salí de la cama y la jalé hacia mi baño—. Quédate conmigo —no la solté—. Tendrás tiempo para prepararte después.

—¿Y qué haremos en su lugar?

—Te daré una idea de lo que hago —decidí que si iba a ser mía, necesitaba saberlo. Con suerte, no marcaría la diferencia, y aceptaría el hecho de que era mía. Porque si decidía que no me quería, no estaba preparado para cómo reaccionaría ante eso.

Capítulo 17

Traje a Dylan al Club. Nos vimos forzados a venir en mi camioneta, dado que mi moto probablemente estaría en el club. Sus ojos parecían captar todo sobre el camino, y sus cejas se fruncieron cuando comenzamos a caminar hacia el edificio de bloques de cemento que formaba el club. Había banderas que ondeaban afuera para representar cada rama.

—He pasado este lugar tantas veces —dijo dándose cuenta—. Pensé que era un puesto de avanzada de la Legión o algo así.

—Ese es el punto —entramos al patio. Fui a inspeccionar mi motocicleta en busca de daños—. Mantenemos una fachada para cualquiera que pase y nos eche un buen vistazo.

—Entonces —carraspeó y pareció luchar por verse despreocupada—, ¿hacen cosas ilegales?

—¿Eres policía? —ni siquiera levanté la vista, escuché el resoplido que hizo mientras pasaba mis dedos por el tanque de gasolina e incluso revisé el cuero de las alforjas.

—Estoy segura de que sabes que soy enfermera, creo que haberme encargado de ti al menos una vez debería ser prueba suficiente —había un poco de sarcasmo en su tono—. Entonces, ¿es como esos documentales que muestran en la televisión sobre pandillas de motociclistas?

—¿Esa es la porquería que te gusta ver?

Hizo un ruido que no pude evitar y tuve que mirarla. Sus facciones estaban retorcidas de molestia y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—No —dijo con un tono de voz que no pude evitar reírme—. ¿Algo de eso es verdad? —Me miró con franca curiosidad.

Sólo pude encogerme de hombros cuando me endrecé, satisfecho con el trato de mi moto, me acerqué a ella.

—He hablado de esa mierda, así que no lo sé. Todos somos militares, por lo que nuestra jerarquía se basa en eso. Tenemos un código moral que algunos no tienen —tomé su mano—.

Puede que hagamos cosas ilegales —decidí ser vago con ella—. A veces, cuando andas en una motocicleta con un chaleco remendado, es posible que te disparen.

—¿O que te apuñalen?

Casi lo había olvidado, todavía tenía los puntos en el costado por eso. Comencé a conducirla hacia el clubhouse, encogiéndome de hombros mientras avanzaba.

—Sí, tal vez —tendría que decidir si quería contarle por qué me apuñalaron.

Eran poco después de las cinco, por lo que el clubhouse estaba repleto de chicos que trabajaban en el taller. Había algunas mujeres rondando, las viejas señoras que pertenecían a otros miembros. Cuando entramos, nos miraron, en especial a Dylan, la mayoría de los presentes la observó detenidamente. Seguramente, si no hubiera estado junto a mí, habría habido piropos, incluso con ella en su uniforme de enfermera de la noche anterior. Me aseguré de lanzar una mirada sombría a cualquiera que la mirara demasiado.

Su curiosidad era evidente por la forma en que miraba a su alrededor. Mientras que algunos de los miembros más viejos lucían el aspecto sucio de motociclista, había otros que todavía se sacudían los viejos hábitos militares. Yo mismo prefería estar bien arreglado, aunque dejaba crecer mi cabello más largo en la parte superior de lo que era la norma. No lo dejaría crecer demasiado, y no me atraía la idea de una barba desprolija. La pelusilla que había logrado crecer después de las últimas semanas se debía a estar demasiado ocupado como para molestarme en afeitarme. Intentaba mantenerme presentable.

No le di mucho tiempo para mirar, la guíé hacia la oficina donde sabía que Wilson y Tillman estarían refunfuñando. Golpeé la puerta y, tan pronto como me llamaron para entrar, pasé primero y jalé a Dylan detrás de mí. Sentí la repentina necesidad de ocultarla, a pesar de que la estaba llevando conmigo para dar una declaración. No sabía cuál era esa declaración, pero tuve la sensación de que llamaría la atención de Wilson después de la conversación que tuvimos la noche anterior.

—Cole —gruñó Tillman, mirando a Dylan con una leve inclinación de cabeza.

—Ya era hora, maldita sea —gruñó Wilson desde detrás del escritorio. Ni siquiera reconoció a la mujer detrás de mí.

—Un largo viaje por carretera que terminó con un tiroteo —sentí que su mano apretaba la mía—. Creo que tengo derecho a dormir hasta tarde.

—Te llamé a —hizo una pausa para mirar su teléfono con el ceño fruncido— las cuatro once. Y sonaba como si todavía estuvieras dormido cuando contestaste.

—Debería ser obvio por qué —Tillman asintió hacia Dylan—. Las situaciones de vida o muerte pueden hacer que necesites reafirmar y celebrar el hecho de que estás vivo. No se puede

culpar al tipo.

Sentí que se ponía rígida contra mí, también se había acercado más a mí. —¿Querías un informe? —Los ojos de Wilson se encontraron con los míos y asentí, ya no había razón para andar con rodeos. —Llegamos sin problemas a donde Tony y Suzy. Van Cleave les habló para que pudiéramos darnos una idea de lo que nos enfrentábamos.

—¿Qué tendrían que decir sobre ellos? —preguntó Tillman, mirándome seriamente.

—Unos cabrones rudos que no les importaba una mierda la comunidad en la que estaban y no tenían reparos en maltratar a Tony. No obtuve nombres de quienes lo hicieron, pero si hubiera sabido quiénes fueron, me aseguraría de ajustarles las cuentas —me encogí de hombros sin lesionar porque hablar de eso hacía que la ira me quemara en el cuello—. Fue cuando regresábamos que nos confrontaron. Se acercaron a nosotros y luego nos hicieron desviar a la banquina donde ustedes nos encontraron. Fueron agresivos, y seré honesto, nosotros fuimos unos idiotas —no me disculparía por cómo reaccionamos... había sido un duelo de egos—. Ellos dispararon primero, a Van Cleave lo hirieron primero. Yo reaccioné y les respondí el fuego —fui directo al grano, sentí que la mano que apretaba se aflojaba mientras me escuchaba. Pero no pensaba soltarla.

—¿Saben dónde están Tony y Suzy? —preguntó Tillman, la preocupación evidente en su semblante.

Era comprensible, la gente a la que le vendíamos el producto era agradable y mayor. Parecía una mierda meterse con ellos. Nugué con la cabeza, no sabía con certeza si lo sabían o no. Pero estaba seguro de que la paranoia de Tony probablemente nos habría alertado si su recinto hubiera sido descubierto.

—Si lo supieran, estoy seguro de que Tony ya nos habría llamado para avisarnos —hice una pausa, sin estar seguro de si alguno de ellos había estado allí recientemente—. Tiene cámaras para vigilar. Se enteraría antes de que llegaran.

Tillman asintió y aceptó mi respuesta, echándole una última mirada a la chica detrás de mí antes de mirar a Wilson.

—Entonces, ¿cómo reaccionamos ante esto?

—Sugerí que los eliminemos antes de que se conviertan en un problema mayor —ofrecí—. Tenemos hombres con experiencia en esta mierda. Tenemos hombres que pueden encubrirlo, hacerlo parecer una disputa interna si es necesario. Están superados en número y en clase. ¿Por qué no detenerlo antes de que empiece?

Ni siquiera consideré cómo mis palabras serían tomadas por la mujer detrás de mí. Su mano intentó zafarse de la mía, pero aferré mi agarre y le eché un vistazo. La sorpresa me miró como si no pudiera comprender lo que acababa de decir. Debería haber sabido que le costaría entenderlo.

—Una de las cosas que queremos evitar es algo grande y obvio —dijo Wilson con un aire de autoridad—. Eso podría atraer la atención hacia nosotros, sin importar cómo lo manejemos. Martínez es un buen hombre que es muy hábil en lo que hace —sus ojos se conectaron con los míos—. Lo encontré como te encontré a ti. Pero, algo como eliminar a un grupo entero será más trabajo del que él puede hacer.

—Entonces —tuve que luchar contra el deseo de cruzar los brazos sobre mi pecho, pero aún me aferraba a la mano de Dylan. No quería dejarla ir—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Esperar y ver si toman represalias? ¿Si pueden encontrarnos? —Agité una mano—. Aparte de las motos afuera, no hay señal real de que este sea un lugar de Los Hermanos de la Osera. La única forma en que lo sabrían es viendo a la gente entrar luciendo nuestros cortes. ¿Vamos a escondernos y decirle a la gente que deje de usarlos?

—No —dijo Wilson con un gruñido—, no nos vamos a esconder. Vamos a reanudar el negocio, y vamos a iniciar un viaje regular a Tony y Suzy. Les haremos saber que ese tramo de carretera es nuestro.

—¿Cuándo vamos a empezar esto?

Realmente no le había prestado atención a Dylan antes, pero vi que su atención se desvió hacia ella. —¿Por qué trajiste a la chica contigo?

Tragué saliva con fuerza y luché por no mirarla, no quería mostrar mi debilidad, incluso cuando ella estaba parada justo detrás de mí. —No quiero que me disparen más —la mano que estaba agarrando pareció estremecerse en mi agarre antes de que sus dedos se apretaran alrededor de mi palma de nuevo—. He tenido demasiadas experiencias cercanas, demasiado juntas —puse mi mano libre en el costado que todavía tenía puntos—. Esto no son los Marines, no estoy listo y dispuesto a morir por estupideces.

Vi a los dos hombres mayores sentarse y mirarme como si los hubiera cortado de alguna manera. No estaba seguro de cómo serían sus reacciones, pero podía sentir a Dylan cerca de mí. Su mano apretó la mía, parecía que le gustaba la idea de que yo dejara el peligro de lo que hacía.

—¿Quieres salirte por completo? —Tillman parecía no tomarme en serio.

Comencé a responder, pero Wilson interrumpió: —Una más. Haz un viaje más, y te dejaré bajar como Ejecutor. ¿A menos que quieras salirte por completo?

Vacílé porque sería muy fácil alejarme. Pero... no sabía a dónde me llevaría eso. Hice una mueca porque estaba seguro de que la indecisión era obvia en mi rostro. Si bien puede que fuera un solitario incluso en un grupo de hombres que se suponía que eran mis hermanos, no estaba del todo listo para separarme de ellos. ¿Tenía amigos, verdad?

Una mano cayó sobre mi hombro y miré hacia atrás a Dylan.

—Necesito prepararme para ir a trabajar. ¿Puedes llevarme de vuelta a mi auto y... podemos hablar de esto? ¿Pronto?

No había hablado en voz baja, así que Wilson pudo captar lo que dijo.

—Asumo que estás haciendo esto por lo que dije anoche. Cuida de tu mujer y piensa las cosas antes de tomar decisiones apresuradas. Puedo esperar. Necesito asegurarme de que haya más cobertura para ti en este próximo viaje. Tú me dices lo que quieres y luego seguiremos a partir de ahí.

Fue diplomático y parejo. No demostró estar enojado conmigo por mi repentino cambio. Debería estarlo, mi falta de preocupación por mi propia seguridad era parte de la razón por la que era bueno en lo que hacía. Estaba dispuesto a meterme en peligro sin importarme mi propio pellejo. Una buena cama y estaba listo para dejar eso de lado. Asentí ante su sugerencia y me di vuelta para sacar a Dylan de la pequeña oficina.

—Van Cleave está atrapado en el hospital —irrumpió Tillman en mis pensamientos incriminatorios—. Ve a visitar al hombre, déjale saber lo que quieres hacer.

Asentí porque necesitaba hacer eso. Saqué a Dylan de la casa del club más rápido de lo que entramos. Ella había dicho que necesitaba prepararse, no podía retenerla y meterla en problemas.

—¿Esto —su voz sonaba apresurada— es lo que haces? ¿Él dijo que eras un "ejecutor"? —Plantó los pies en el suelo e hizo un esfuerzo por llevarla de vuelta a mi camioneta—. ¿Qué significa eso? ¿Qué es todo esto?

—Esto —me detuve cuando estábamos en el estacionamiento— es lo que hago. Soy parte de este club, y mi trabajo en él es hacer cumplir las reglas establecidas por los miembros fundadores. Cuando alguien se sale de la línea, le pateo el trasero para hacerlo entrar de nuevo. —Tomé aliento—. Cuando nos conocimos entré al hospital porque un imbécil que se salió de la línea no estaba dispuesto a aceptar su castigo y consiguió que sus amigos me tendieran una emboscada.

—Entonces, supongo que eso responde la pregunta de si es ilegal o no —frunció el ceño y miró nuestras manos unidas—. ¿Y estás dispuesto a renunciar a todo? ¿Por qué? —Inclinó ligeramente la cabeza y no parecía dispuesta a encontrarse con mi mirada—. ¿Es por mí?

—Te quiero —dije suavemente—. Si soy estúpido y sigo como voy, voy a terminar muerto rápidamente —me sentí avergonzado al admitirlo frente a ella, y pude percibir su expresión mientras hablaba—. Si quiero algo, no lo voy a conseguir si estoy muerto, ¿verdad? —Gruñí y sacudí la cabeza—. ¿Siquiera voy a conseguir lo que quiero?

Aún no podía mirarla.

—¿Qué hay de lo que yo quiero? —Había adoptado el mismo tono bajo que yo.

Ella abrió la puerta de la camioneta. La miré mientras se subía al asiento del conductor.

—¿Qué quieres? —Mi corazón parecía estar en mi garganta y me costaba pronunciar las palabras.

—Quiero —había algo en su voz que hizo que la mirara—. Quiero explorar esto —hizo un gesto entre nosotros—. Pero el que no seas quien eres no va a ayudar las cosas. Eres una persona oscura, Jeremiah. Cuando te vi por primera vez, pensé que eras peligroso y que no iba a llamarte. Latisha, en cierto modo... —se sonrojó y apartó la mirada de mí—, me presionó para que lo hiciera. Cuando sonaste adolorido, no pude evitar venir. La observé mientras hacía una pausa—. No tenía intención de que fuera tan lejos ni de volver por segundas o terceras veces.

—¿Y qué hay de las cuartas? ¿Las quintas? —no pude evitar sonreír—. Probablemente más que eso si me lo propongo.

—¿Y qué hay de lo que yo quiera? ¿Qué pasa con lo que quiero yo?

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté con curiosidad una vez más, y tuve que contenerme para no acercarme y besarla. Probablemente podría follarla en esa camioneta. La idea de embestirla mientras estaba estirada en el asiento era demasiado tentadora. Me acerqué a la puerta abierta que nos separaba y le rodeé las piernas para que quedara frente a mí. Me acomodé entre sus muslos, aunque no llegué a juntar nuestras caderas—. Dime qué quieres.

Observé cómo se le oscurecían los ojos y adquiría una mirada distraída a medida que me acercaba.

—Me gustas tal como eres —puso las manos sobre mi rostro, y la repentina lujuria que había entre nosotros se enfrió y se convirtió en algo más. No tenía nombre para eso—. Lo único que querría cambiar es tu inclinación por hacerte daño. ¿Y que quizás te dispares un poco menos?

Sus dedos acariciaron mis mejillas y cerré los ojos, girando lo suficiente para depositar un beso en la palma de su mano. La lujuria seguía ahí, ya que mi lengua salió a probarla, pero no tenía la repentina urgencia de antes.

—¿Cuándo tienes el día libre? —la idea de tumbarme con ella y pasar el día envueltos el uno en el otro otra vez sonaba maravillosa.

Ella tenía una expresión soñadora en el rostro y supe que probablemente estaba pensando lo mismo que yo.

—En dos días —sus dedos se enredaron en mi cabello otra vez—. ¿Está bien si te llamo cuando salga mañana por la mañana?

Asentí sin dudarlo.

—Planea quedarte. Ya no más intentos de escaparte. —Le di una palmadita en el muslo—. Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que te tumbe en el asiento.

Sus ojos centellearon y se apartó de mí a regañadientes. Eso me encendió, dejó claro que me deseaba. Me alejé y le entregué las llaves.

—Te seguiré de cerca.

—Si sigues hablando así, llegaré tarde por primera vez en años. Dios —resopló con disgusto—, voy a necesitar otra ducha cuando llegue a casa.

No pude evitar la sonrisa que se me dibujó mientras caminaba hacia mi moto. Su confesión y la mirada en sus ojos cuando le dije lo que quería hacer bastaron para darme aplomo. Seguí adelante sin preocuparme por el hecho de que ahora estaba demasiado involucrado con esta chica.

Capítulo 18

Después de asegurarme de que Dylan se fuera sin contratiempos, y de conseguir un beso que me hizo desear que llegara tarde, decidí hacer lo que Tillman sugirió. Encontré el camino al hospital sin problemas para visitar a Van Cleave. Primero pasé por Urgencias, pero Dylan aún no había llegado. ¿Por qué pasar por allí? No lo sé. Una esperanza irracional de verla trabajando, supongo, cuando yo no era el paciente.

Van Cleave no estaba en la UCI, su herida no era potencialmente mortal, y no estaba muy seguro de por qué seguiría en el hospital.

—Voy a tener un problema para limpiarme el culo —resopló mientras se recostaba en la cama—. ¿Me ayudarás con eso, verdad?

—Que te jodan —gruñí mientras me apoyaba contra la pared de la habitación donde se encontraba—. ¿Cuándo te dan el alta?

Lo pregunté como si estuviera en prisión, los hospitales me parecían así. Aunque, la mayoría de la gente iba allí voluntariamente.

—Ojalá pudiera —respondió con aire melancólico—. Soy diestro, tío. No puedo masturbarme con la mano izquierda. ¡Sería como engañarme! —Llevó su mano izquierda a la frente y comenzó a masajearse las sienes—. El doctor dijo que un día más, por precaución. Todos me hacen preguntas personales, como si no pudiera cuidar de mí mismo.

—¿Te has quedado así antes?

—Me he roto un brazo una o dos veces —admitió con cara seria—. Eventualmente, me aburriré y cederé para darle una oportunidad a la zurda.

—Maldita sea, tío —sacudí la cabeza—. Si necesitas ayuda, aquí estaré. Pero que te jodan si crees que te voy a ayudar a jalártela.

—Aw —puso morro—. Hermano, me has pillado. Esos sentimientos... —Se rio levemente y se incorporó—. ¿Es por eso que estás aquí?

—Vine a asegurarme de que estás bien —admití mientrasladeaba la cabeza para mirarlo—. No pude hacer mucho para evitar que te hirieran.

—Fue un jodido tiro de suerte que me alcanzara a pesar del chaleco —hizo una mueca—. Un puto dolor de madre. La primera vez que me disparan y espero que sea la última. —Dirigió su mirada hacia la puerta y jugueteó con el mando que también era el timbre para llamar a la enfermera—. ¿Ha ocurrido algo por esto?

—Aún no —me encogí de hombros—. He interrogado a Wilson. Planearemos qué hacer a partir de ahora. Propuse la idea de detenerlo antes de que comenzara. No sé si se hará.

—Podría ser arriesgado —gruñó con cara de póker—. Llevaría tiempo planificarlo y organizarlo. Pero el resultado final podría manejarse con facilidad. Habla con Martínez, escucha su opinión al respecto.

—Es una buena idea —gruñí.

—Basta de charla de negocios —suspiró y comenzó a frotarse el hombro vendado—. ¿Tu chica tiene amigas enfermeras que podrían presentarme? Voy a necesitar a alguien que me cuide mientras esté fuera de combate.

—¿Quieres decir que no tienes a ninguna de estas enfermeras bajo tu pulgar? Pensé que tenías habilidades con las damas. ¿Qué pasó con eso?

—Tienen a un enfermero que me dará un baño con esponja más tarde. Estos cabrones me descubrieron en el minuto en que entré por la puerta —dijo con expresión lastimera.

—Tal vez si sonríes bonito se irá a casa contigo —no pude evitar la sonrisa en mi rostro. Especialmente cuando me miró con enojo.

—Esa mierda no tiene gracia.

—El ER de Dylan. Probablemente no la veas en absoluto. Además —solemnicé mi expresión—, ella está comprometida y no se irá a casa contigo.

—¿Reclamándola oficialmente ahora? ¿Ella sabe que es tuya o solo lo dices para que no intente seducirla cuando me conozca? —Sonrió y me guiñó un ojo.

Como si tuviera alguna oportunidad.

—Sí —me aparté de la pared—. Ella también lo sabe. Ni lo intentes. ¿Necesitas que alguien te lleve a casa?

—Wilson dijo que se encargaría de mí —el humor abandonó su expresión y se le formó una mueca de dolor—. Pero tráeme una hamburguesa. No puedo vivir de esta comida sana por mucho tiempo. ¡Voy a tener flashbacks del comedor de la base y gastroenteritis! ¡Necesito comida de verdad!

Como si lo hubiera escuchado, entró una pequeña enfermera con cofia y uniforme blanco.

—Hora de la cena.

Lo escuché gemir, como adolorido, y aproveché el momento para escapar. Encontraría la manera de colarle una hamburguesa al hijo de puta antes de irme a casa por la noche.

Capítulo 19

Pasé el resto de mi noche preguntándome qué quería de Los Hermanos de la Osera. Había conseguido la emoción que quería, la excitación sin el trabajo duro que conllevaba estar en los Marines. Obtuve los medios para desatarme cuando lo necesitaba. ¿Quería renunciar a la emoción solo porque se avecinaban problemas serios? No podía recordar ningún otro momento en el que me hubiera preocupado por las consecuencias de lo que hacíamos. Antes estaba ansioso por un enfrentamiento, estaba listo para reclamar esa carretera como nuestra. Ahora, me preocupaba lo que eso traería a nuestra puerta. Me preocupaba lo que estos otros tipos podrían estar dispuestos a hacer en esta pelea de gallos. Ellos no tenían la brújula moral que los Marines inculcaban en las cabezas de las máquinas de matar que creaban.

Eso debería encender el fuego en mí. Debería estar saliendo a liderar la carga para poner a estos cabrones en su lugar. ¿Qué cambió? ¿Por qué la mierda era diferente de repente?

Acostado en mi cama, miré la hora tratando de averiguar cuánto tiempo me quedaba hasta que Dylan saliera del trabajo y viniera a mí. No podía esperar a tenerla contra mí y enroscada a mi alrededor. Pensar en ella me hizo darme cuenta de lo que había cambiado. Dylan lo había cambiado todo. Empecé a preocuparme por lo que le sucediera al club y a mí después de la primera vez que la follé. Cuando se instaló en mi cabeza, comencé a inquietarme por lo que podría pasar. Las consecuencias empezaron a llamar mi atención.

Y la necesidad de ser violento ya no era un factor determinante. No necesitaba liberar la tensión golpeando un saco de boxeo. Ella había cambiado tanto, pero ¿cómo? Las preguntas me consumían, manteniéndome despierto cuando debería haber dormido. ¿Cómo pude llegar tan lejos sin darme cuenta de lo que estaba pasando?

—Enamorado y ni siquiera te das cuenta —repetí las palabras que había escuchado.

Van Cleave lo sabía, al igual que Wilson. ¿Era tan jodidamente obvio para todos menos para mí qué demonios me pasaba? ¿Cómo podía estar tan ciego?

¿Qué hago?

Esa pregunta me atormentó el resto de la noche. En algún momento, logré dormirme. Fue un sueño inquieto, dando vueltas. Así que, cuando llamaron a mi puerta, la atendí de manera poco acogedora.

—Me dijiste que viniera —inclinó la cabeza a un lado y pude ver, solo con mirarla, que estaba tan cansada como yo.

—Así es —le hice un gesto para que entrara y ella obedeció—. Estoy agotado, tú también pareces agotada. Durmamos nada más.

—Debería estar decepcionada —encabezó el camino hacia mi dormitorio—. Pero no voy a discutir. Me tenías tan excitada antes de tener que ir a trabajar, pero ahora solo quiero dormir.

—Quizás —gruñí mientras me acostaba—, harás que sea más fácil para mí dormir.

—¿Cómo haría eso?

Ella dejó caer la bolsa que llevaba al hombro y comenzó a desvestirse. La observé, y no pude evitar el interés que me provocaba. Mi pene se endureció y reconsideré mi idea de que los dos simplemente durmiéramos juntos.

—Cálmate —dije sin pensar—. Ven aquí.

La agarré de la muñeca y la atraje hacia mí. Ella mantuvo el sostén y las bragas, algo justo considerando que yo aún llevaba los boxers puestos.

—¿Lo hago? —se acurrucó contra mi costado—. ¿Es algo bueno?

Gruñí y me di la vuelta para poder frotar mi erección contra su estómago.

—Todo está calmado excepto una cosa.

—¿Y qué hay del sueño? —Se rió un poco, pero entonces sentí sus labios en mi cuello, y el agotamiento que me había estado acompañando pareció abandonarme en favor de la sensación de sus labios sobre mi piel.

—Después del sueño —gruñí y me di la vuelta sobre mi espalda, permitiendo que la sensación de sus labios y su lengua barriera mis preocupaciones anteriores.

Capítulo 20

Después de otro día despertando con Dylan en mi cama y la dicha de que se quedara ahí conmigo, decidí que no haría nada sobre cómo me sentía por ella. Ella no me cuestionaba sobre mis sentimientos. Solo parecía disfrutar entregándose a mí y dejándome entregarme a ella. Ella me dijo antes que quería ser amada. No estaba seguro de cómo mostrarle eso, cómo sabría ella con certeza lo que sentía. Y debido a que no conocía la profundidad de sus sentimientos hacia mí, opté por guardarme ese conocimiento para mí mismo. ¿Cambiarían las cosas si ella supiera lo que siento? No estaba preparado para averiguarlo.

Después de que se fue a su turno, decidí que era hora de volver a la Osera y ver qué se había decidido. Era hora de ver qué tenían que decir Wilson y Tillman después de la última vez que estuve ahí. Tomé mi motocicleta hacia el club, deleitándome con el sonido de la carretera y la sensación del viento en mi rostro incluso con la caída de las temperaturas. Entré en la casa club y fui a la oficina donde estaba seguro que estarían. Toqué y luego empujé la puerta sin esperar una respuesta. Ambos hombres me miraron con curiosidad pero no parecieron pestañear ante el hecho de que entré sin ser invitado. Tomé la silla junto a Tillman y me senté para encarar a Wilson.

Habían dejado de hablar en el momento en que toqué la puerta, y esperé a que reanudaran su conversación o comenzaran una nueva. Los observé a ambos mientras me acomodaba en la silla. No tardó mucho para que Tillman gruñera hacia mí.

—¿Querías algo?

—Me dijeron —dije sin perder el ritmo— que decidiríamos qué hacer con los Aces Locos y cómo se manejó nuestro paso por su territorio. Ofrecí una solución sobre cómo ocuparnos de ellos, la idea de Van Cleave. Quiero ver a dónde nos lleva eso.

—No es una mala idea —admitió Wilson—. Pero tomaría tiempo, mano de obra, y el riesgo no es algo a lo que esté dispuesto a acceder. No puedes esperar eliminar a toda una pandilla sin que

la policía sospeche. Los policías usualmente no son tan estúpidos. Estoy seguro de que has lidiado con suficientes MPs mientras serviste para saberlo.

—Punto tomado —gruñí.

—Quiero —continuó mirando entre Tillman y yo— hacer otro paso por su territorio. Hacer un claro desafío. El grupo para el paso tendría que ser más grande, bien armado y protegido. Asumo que, debido a que los dos imbéciles que los detuvieron a ti y a Van Cleave están muertos, ellos no se dan cuenta de que ustedes llevaban chalecos.

—Los chalecos —intervino Tillman— no son cien por ciento efectivos. Van Cleave es un ejemplo de eso.

—Lo alcanzaron por encima del rango que protegía el chaleco. Ninguna de las balas que usaron eran de punta hueca —aporté.

—Solo esos dos tipos —Tillman estaba preparado para discutir conmigo, me burlé un poco.

—Tenían un aspecto bastante sospechoso —dije—. Es poco probable que pudieran permitirse chalecos antibalas o municiones perforantes. Apuesto a que el grupo simplemente empezó como un montón de cabrones aburridos con las motocicletas. Algo así como lo que hicieron ustedes, imbéciles.

—Hay un poco más que eso —gruñó Wilson y miró las notas que estaba tomando—. Quiero un grupo grande. Al menos diez. Van Cleave estará fuera porque va a necesitar tiempo para curarse antes de que pueda volver a montar.

—¿A quiénes estás pensando llevar en esto? —pregunté, sabiendo que iba a formar parte de la respuesta de Wilson.

Como era de esperar, asintió con la cabeza hacia mí.

—A ti y a Tillman sin duda alguna —miré al hombre a mi lado y vi que su expresión se endureció—. Martínez, Jefferies, Smith, Jones —iba escribiendo mientras hablaba y era obvio que estaba considerando a algunas personas según las iba proponiendo para un peligroso paseo.

—Deja a Redding fuera de esto —dijo Tillman con más que un poco de convicción—. No necesita andar montando con este calor.

—Tiene que mantener el taller funcionando, no puede hacer un paseo como este que probablemente nos mantenga fuera hasta tarde y abrirlo a una hora decente —estuvo de acuerdo Wilson—. Nguyen es nuevo, podemos poner a prueba su valía con esto —parecía estar pensando en voz alta ahora—. Hernández y Coleman también son definitivos. Poner a prueba su valía. Miller es tan malo como tú —me miró—. ¿Tienes una impresión del tipo?

Negué con la cabeza, luchando por pensar en a quién se refería. Me había encontrado con Miller unas pocas veces a lo largo del año pasado.

—No sé una mierda de él —admití.

—Realmente no haces un esfuerzo por conocernos —observó Tillman. No discutí con él, no lo hice. Yo era más bien un solitario que cualquier otra cosa. Cuando notó que no me ofendí, se volvió hacia Wilson—. ¿Cuál es el plan para lidiar con esto? —Hizo un gesto con el pulgar en mi dirección—. Mad Dog ya no quiere este estilo de vida.

—No quiero morir —dije con un rugido de ira en el estómago—. Hice tus mandados regularmente durante años sin preocuparme por mi propia seguridad. He sido apuñalado y me han disparado lo suficiente, más como hombre libre que como marine, al parecer. —Tomé aire—. Parece que por primera vez he encontrado algo de valor en no lanzarme de cabeza a la boca del lobo. No quiero perder todo esto ahora que las cosas se han puesto buenas para mí.

Vi la sorpresa florecer en su rostro, realmente se quedó sin habla por un minuto antes de sacudir la cabeza.

—Entonces, ¿quieres renunciar a todo esto por una mujer? ¿Qué pasa cuando ella se vaya? ¿Qué pasa cuando las cosas no sean lo suficientemente buenas para que ella se quede?

Las palabras se me atragantaron en la garganta, lo miré porque no tenía las respuestas a los —¿y si...?—.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo Wilson al fin—. Te quedarás aquí, seguirás siendo Ejecutor —empecé a objetar, pero levantó una mano para detenerme—. Supervisarás las operaciones. Quiero que te hagas una buena impresión de Miller, dame tus pensamientos sobre él y él puede ser tu segundo. Si es digno, podrá hacer operaciones, se ocupará de las molestias externas como estos cabrones de Crazy Ace. Tú te puedes quedar y ocuparte de mantener a los prospectos en línea y asegurarte de que todos sigan nuestras reglas y leyes.

Sentí que me estaba haciendo un favor al darme este trato. Pasé la mano por mi cabello, recostándome pesadamente en la silla. —¿Por qué simplemente no me dejas ir?

—Porque acabas de decir que no querías perder todo —señaló él—. Tal vez no te des cuenta, o quizá sí, pero cuando nos conocimos no tenías rumbo. Eras un arma cargada a punto de disparar, solo necesitabas que te apuntaran a alguien. Me alegró complacerte. Lo que estamos tratando aquí ahora —miró a Tillman mientras hablaba—, es algo más dándole dirección. Ha encontrado algo por lo que vale la pena dar una mierda. No puedo culparlo realmente, todavía es joven. Las mujeres tienen una gran forma de calmar la salvajería que es el hombre —se encogió de hombros ligeramente como si no estuviéramos discutiendo mi vida personal—. Salirte por completo no te

ayudará. Tendrás todo tu enfoque y agresión en esta mujer, pero sofocarla no es el mejor plan trazado. Conserva tu chaqueta, conserva tu trabajo. Conserva tus aliados. No digo que tu relación se vaya a joder como la de Ted —le lanzó una mirada fulminante a Tillman—. Pero nos mantenemos unidos unos a otros. Si estás entrando en aguas desconocidas, no es prudente hacerlo sin respaldo.

—Nunca los he considerado realmente amigos —admití, aunque sabía que no era verdad. Van Cleave era mi amigo, si miraba a Wilson con detenimiento, sabía que él también lo era.

—Eso es porque eres un jodido estúpido —me gruñó—. Estamos a tu lado mientras tú estés del nuestro. La cuestión aquí es —me ofreció su mano—: ¿Quieres dejar Los Hermanos de la Osera?

Ahora tenía dudas, algunas gracias al hombre que estaba sentado a mi lado. Pero Wilson tenía razón. Había sido un hombre sin rumbo, si cortaba esto de mi vida, ¿volvería a la senda sin rumbo en la que había estado antes? Extendí la mano y tomé la suya.

—No. Quiero permanecer en la Hermandad.

—Haz esta última ronda por mí —arrancó una hoja de papel del bloc en el que había estado escribiendo—. Revisa a estos tipos, asegúrate de que sepan lo que van a hacer. Mantenlo bajo estricta vigilancia a Miller, y pondremos en marcha lo que hablamos. Entonces —se aclaró la garganta—, la próxima vez que traigas a tu mujer aquí podrás presentárnosla y todo eso.

—Deja de llamar —resopló Tillman, y parecía frustrado al hablar—. Eres parte del liderazgo de la Hermandad. Te has ganado el asiento en el que estás, deja de actuar como un prospecto.

—Llamo por si acaso ustedes, malditos, traen mujeres aquí —me puse de pie y observé mi lista—. Esa es una mierda que no quiero ver.

—No te preocupes —Wilson sacó un puro del escritorio—. A Cindy le gusta más que la joda en la encimera de la cocina, no le va eso de hacerlo en la oficina.

No traté de ocultar mi repugnancia mientras salía por la puerta. Era una imagen mental que hubiera preferido no tener.

Capítulo 21

Por una vez me sentí más ligero, no había ardor entre mis omóplatos. No había nudos de ira en mi estómago. Las cosas parecían estar encajando en su lugar. Quizás había algo de cierto en la evaluación que Wilson había hecho de mí. Él me había analizado y me había dado una dirección. Dylan acababa de darme un motivo para descargar en lugar de apretar el gatillo. Pensar en ella me hacía querer verla, pero me contuve.

Mientras que Wilson y Tillman habían inculcado en mí este nuevo sentido de hermandad, también habían sembrado una inseguridad en mi cabeza. ¿Existía la posibilidad de que pudiera alejar a Dylan? En realidad, este temor no era nuevo, ya lo conocía. Pero había algo en el hecho de que otra persona lo señalara. Las cosas parecían ir bien ahora, pero podrían no serlo siempre. Ella trabajaba mucho, los únicos momentos que estábamos juntos era cuando terminaba su turno y entonces o bien follar o dormir. No me quejo del follar. Simplemente no tenía ni idea de cómo conectar emocionalmente con ella. Quería hacerlo, quería hacer todo lo posible para mantener su interés y tenerla conmigo. Sólo tenía que averiguar cómo.

Lo averiguaría, sin embargo. Lo averiguaría conociendo a cada uno de los cabrones que Wilson puso en esta lista. Debería ser fácil de hacer. El único problema es que sólo conocía a Martínez. El resto sólo los había oído mencionar de pasada. Así que, cuando vi a Redding sentado en una mesa con una chica, no dudé en acercar una silla. Ambos parpadearon mirándome cautelosamente, aunque la chica probablemente no sabía quién era yo o qué hacía.

—Necesito tu ayuda —le dije sin prestarle mucha atención a la chica.

—Claro, hombre —se enderezó y señaló a la chica—. Madi, éste es Cole. Cole, Madi. Él es el ejecutor. Se asegura de que todos sigan las reglas.

—Mucho gusto —ella todavía parecía cautelosa pero me ofreció un asentimiento.

—No pienses en el rollo con Jimmy —le dijo a ella con una leve sonrisa.

Supongo que ese era un golpe por los comentarios del tullido.

—El cabrón parecía ir por el buen camino en la superficie. Si me hubieras dicho algo sobre tus sospechas, entonces habría sido manejado mucho antes —señalé el papel que tenía en la mano antes de ponerlo sobre la mesa—. Dije que necesitaba tu ayuda. ¿Me vas a ayudar o no?

—Eso habría molestado a Teddy —hizo una mueca y luego negó con la cabeza. Sí, Tillman se habría molestado por los resultados de lo que le pasó a Billings durante un tiempo. Pero nadie tenía la culpa de eso además de Billings y Tillman—. ¿Con qué necesitas ayuda? —centró su atención en la lista que teníamos entre nosotros.

—Tú eres mejor tratando con la gente que yo —admití—. Dime lo que sabes sobre esta gente.

Miré cautelosamente a la chica. Ella había estado lo suficiente cerca de nosotros, pero dado que se suponía que Redding estaba fuera del círculo de lo ilegal, no estaba seguro de si ella sabía a lo que nos dedicábamos. Observé cómo se movía en su asiento mientras leía la lista, con sus oscuras cejas fruncidas.

—La mayoría de estos son mis muchachos del taller. Confío mucho en Jones y Hernández, especialmente cuando es un día difícil —no elaboró, pero pude entender a qué se refería—. Son buenos tipos. ¿Por qué preguntas?

Cuando me miró, había una preocupación genuina en su rostro. Pensaba que estaban en problemas.

—Wilson los asignó voluntariamente para un asunto —le lancé una mirada significativa a su chica antes de volver a mirarlo—. Quiero asegurarme de que no sean un riesgo como lo fue Billings. Además —hice una mueca—, realmente no los conozco.

La comprensión brilló en sus rasgos y comenzó a jugar con su barba, mirando la lista de nuevo.

—Como dije, Hernández y Jones son dos tipos que realmente cuidan del taller. Hernández es una bestia con los libros, algo en lo que soy una mierda. Creo que era un administrativo en la fuerza aérea, aunque podría estar equivocado. Él se asegura de que nos paguen y también a los proveedores. Jones hace la programación, para que todos tengan días libres. En realidad, todo lo que hago es asegurarme de que nadie arruine los autos o motos que recibimos —se encogió de hombros a pesar de que no le estaba preguntando por él—. Jefferies es un buen tipo... tiene problemas con las mujeres y algunos hijos, por lo que entiendo. A Smith y Coleman les gusta molestarse mutuamente, son competitivos, quiero decir. Miller no pasa mucho por el taller, pero lo veo en el gimnasio. Nguyen es nuevo —se tironeó de la barba mientras consideraba la lista—. Solo lo he visto un puñado de veces.

—¿Están aquí?

Redding miró a su alrededor antes de asentir hacia la barra. —Les gusta pasar el rato en la barra cuando están aquí —me miró—. ¿Es algo con lo que puedo ayudar?

—No —me puse de pie y le di un asentimiento—. Sin rencores, solo te mantengo fuera de problemas. Gracias por la ayuda.

—Ah, no hay problema —parecía sorprendido, y la chica a su lado me miró con dureza—. ¿Quieres tomar una cerveza más tarde?

—Tengo trabajo —los dejé para ir a la barra, tratando de averiguar quién era quién. Mantuve un ojo duro en sus chaquetas, para no avergonzarme. Estaba acostumbrado a que me conocieran y no me había molestado en conocer a nadie.

Hernández, Martínez y Jones estaban agrupados al final de la barra. Martínez estaba en el medio con su teléfono afuera, y estaba claro que estaban viendo algún partido. Me acerqué cuando Martínez y Hernández vitorearon, Jones, por otro lado, sacudió la cabeza y dejó un billete de veinte sobre la barra.

Jones me notó primero, sus ojos marrones se abrieron y se veía notablemente nervioso. Esta era una reacción a la que estaba acostumbrado. Golpeó la barra y los otros dos hombres miraron. Hernández se tensó visiblemente, pero Martínez solo asintió.

—Hey, amigo —dejó su teléfono y me ofreció la mano—. Bueno verte de una pieza.

Acepté la mano ofrecida y asentí a los otros dos hombres, tratando de disipar su obvia incomodidad.

—Gracias, necesito hablar con los tres.

—Mis cuotas están pagas —dijo Jones sin darme la oportunidad de elaborar sobre lo que necesitaba hablar con ellos.

Martínez solo se rio de él. —Es sobre negocios, pero no ese tipo de negocios.

—Haremos un recorrido en los próximos días —les dije con calma—. Pasaremos por territorio enemigo, y debemos asegurarnos de que todas sus motos estén listas para el largo recorrido y puedan manejar el viaje difícil. Estamos despejando la ruta para reiniciar los viejos negocios. —Observé cómo las expresiones de los tres se volvieron serias mientras hablaba. Sus ojos se endurecieron y pude ver, por la forma en que escuchaban, que se asegurarían de estar listos para la ruta—. Prepárense y esperen un enfrentamiento.

—¿Es hora de poner a esos cabrones en su lugar? —preguntó Hernández.

Asentí.

—Es un maldito tiempo —dijo Jones, aliviado—. El taller genera un ingreso decente, pero no estamos ganando el dinero que teníamos antes de la mierda con Jimmy. Hombre, si hubiera

sabido lo que estaba haciendo, le habría metido una patada en el culo.

—Ya está hecho —lo aseguré. Le di una palmada en el hombro a Martínez y me miró con curiosidad—. Debemos prepararnos para la batalla, no sabemos a qué nos enfrentamos, pero sabemos que no dudan en disparar primero y hacer preguntas después.

—¿Lograron hacer alguna pregunta? —preguntó Martínez con una sonrisa.

—Lograron hacer unas pocas antes de que decidiéramos que nos cruzaron —me alejé—. Me pondré en contacto cuando sea hora de prepararse para montar.

Pasé el resto de la noche mezclándome con mis hermanos. Fue agotador, pero encontré que, a medida que deambulaba por la pequeña multitud de chaquetas de Los Hermanos de la Osera, no me resultaba tan incómodo como esperaba. Wilson tenía razón, estos tipos me respaldarían. Aunque estaban precavidos conmigo, tenía reputación de ser un idiota huraño, no me descartaron. Escucharon mis instrucciones e hicieron preguntas sobre lo que estábamos haciendo con una seriedad apropiada para cualquier hombre que haya ido a la guerra.

Me dio una confianza que antes no tenía. Pensé que estaríamos listos para una guerra como esta. Los Azes Locos no sabían con quién o qué se habían estado jodiendo.

Capítulo 22

La confianza que había obtenido al hablar con mis hermanos pareció menguar cuando llegué al último nombre de mi lista. Miller. Tenía veintiocho años y parecía estar encarrilado en el mismo camino que yo, aunque en lugar de ser encontrado por Wilson, se había acercado a nosotros. Aunque trabajaba en el taller, no era de los que se quedaban en el club después de haber sido aceptado. Trabajaba, iba al gimnasio y luego volvía a casa, según me informó Jones.

—Es un tipo aceptable —se encogió de hombros levemente—. No puedo imaginar unirme a un club de motocicletas y luego no pasar el rato con los tipos con los que estás. Si recuerdo bien, lo aceptaron el año pasado y, ya sabes, no hicimos más que nada el año pasado aparte de llevar el taller —habló mientras se rascaba el pelo negro que le crecía en la mandíbula—. Hace pequeñas charlas y de vez en cuando toma una cerveza con nosotros, pero eso es todo.

—¿Cuáles son las posibilidades de que sea un policía? —pregunté, sólo por asegurarme.

—Nah —desestimó Martinez. Me habían seguido al patio, pareciendo curiosos—. Si fuera un policía, ya lo habríamos descubierto. No es que hayamos hecho nada para atraer el interés de la policía.

—He oído que hacen eso —Hernández tenía un cigarrillo en los labios y jugaba con su teléfono—. Plantan policías en los clubes o buscan soplones para dismantelar a los clubes.

—Eso suele hacerse sólo con los clubes grandes que se ganan mala reputación en sus comunidades —argumentó Jones—. ¿Has visto los documentales, verdad? Buscan a tipos que están moviendo mierda pesada.

Me encogí de hombros, pero era algo. No señalé mi comportamiento antisocial, pero tomé en serio sus palabras.

—Gracias por la ayuda —gruñí.

Me dirigí hacia mi moto y me preparé para salir a buscar al miembro en cuestión.

—¿Quieres que vayamos contigo? —Jones parecía ansioso por ayudar, y eché una mirada a los otros dos hombres—. Ya sabes, sólo para cuidarte las espaldas.

Esto era de lo que se trataba el club, no tenía que ir solo. Asentí, y los tres montamos para encontrar a nuestro hermano insociable. Dada la hora tardía, lo encontramos en el apartamento donde vivía, vimos la destartada moto negra que conducía. Cuando golpeamos su puerta, Hernández ofreció una six pack como ofrenda de paz.

Miller tenía una complexión delgada, pero musculosa. Probablemente media poco menos de seis pies. Si llegaba a pelear, podría vencerlo, pero saldría lastimado. Probablemente era rápido. Este era un hábito cuando se trataba de conocer gente nueva, juzgar si podía vencerlos o no en una pelea. Todavía tenía un aspecto pulcro, probablemente no llevaba mucho tiempo fuera.

—¿Qué pasa? —Sus ojos se entrecerraron mientras miraba a cada uno de los suyos, su expresión pareció oscurecerse cuando me miró—. ¿Hay problemas?

Había algo en la descripción de Jones sobre su carácter que me hizo preguntarme ahora si la policía nos dejó ir con los cargos de drogas de Redding y puso un infiltrado.

—No —decidí entonces que iba a mantener un ojo duro sobre este tipo—. Estamos planeando un recorrido e íbamos a incluirte. ¿Podemos entrar?

Me recosté contra el marco de la puerta y levanté una ceja hacia él. ¿Por qué un hermano nos dejaría afuera en el porche delantero? Pareció darse cuenta y se hizo a un lado para permitirnos entrar. Le di una mirada a Martínez y obtuve un asentimiento inmediato a cambio. Estar atentos a las señales reveladoras, Jones y Hernández serían buenas distracciones.

—¿Un recorrido? —Miller parecía ahora cauteloso mientras nos conducía a la pequeña sala de estar. Sólo había un sofá para sentarse, pero opté por quedarme de pie—. ¿Esto requiere una reunión así?

—Esto no es una reunión, hombre —dijo Hernández después de dejarse caer en el sofá y ofrecerle una cerveza.

—Sólo vinimos a pasar el rato y a informarte lo que está pasando. Nunca has hecho un recorrido con nosotros antes. Todavía eres carne fresca.

Miller tomó la cerveza y se sentó junto al otro hombre. —Entonces, ¿qué es un recorrido?

—Tenemos un territorio que hemos reclamado —comencé con sencillez—. Un área que es nuestra. Recorremos para asegurarnos de que no haya idiotas intentando pasar o tomar algo de nosotros. Tenemos gente a la que protegemos. Hay idiotas que forman un club en él y tenemos que lidiar con eso.

Frunció el ceño y asintió con comprensión. —¿Será peligroso?

—Probablemente —aunque sabía por experiencia que lo sería—. A menos que no quieras arriesgarlo todo por Los Hermanos de la Osera.

—Estaré ahí —me aseguró.

—¿Qué hay de la policía? —preguntó Jones, como si fuera una especie de señal.

Observé cómo la expresión de Miller se tornó curiosa.

Lo miré fijamente mientras me encogía de hombros. —Nunca ha sido un problema antes. ¿Por qué lo sería ahora?

Eso parecía una respuesta satisfactoria. Me aseguré de que nos quedáramos mucho más allá de lo que nos correspondía, para ver si este tipo era lo suficientemente estúpido como para pedirnos que nos fuéramos o si iba a aguantarlo. Sorprendentemente, no nos pidieron que nos fuéramos. Aguantamos hasta la medianoche antes de que Hernández y Jones se quejaran por el trabajo a la mañana siguiente. Miller nos acompañó hasta la salida.

—¿Cuándo haremos el recorrido? —preguntó, recostado contra su puerta abierta.

—Te avisaré —lo aseguré mientras me dirigía a mi moto.

Martínez se ensilló en la suya y la puso a rugir—. ¿Banderas rojas?

Me puse el casco, sin responderle. Averiguaríamos si el tipo era un soplón o no.

Capítulo 23

G emí cuando los golpes en mi puerta me despertaron. Eran las siete y cuarto y me arrastré hasta la puerta, gruñéndole a Dylan cuando la abrí.

—¿Por qué aún no te he dado una llave? —pregunté.

Se rió a carcajadas y entró, guiándonos hacia mi habitación como si viviera allí. Últimamente era una visita habitual y parecía que pertenecía al lugar.

—Normalmente no eres tan gruñón cuando te despierto. ¿Todo bien? —Dejó caer su bolso en la puerta y se quitó los zapatos—. ¿Noche larga?

—Mandados —no esperé a verla desvestirse. Me enroscué de nuevo en mi cama y esperé a que se uniera a mí—. Recuérdame que te dé una llave —gruñí cuando se arrastró a la cama conmigo.

—Entonces, ¿solo dormir esta vez? ¿Nada de sexo? —Sonaba divertida.

—Prometo despertarte con eso —le aseguré—. Tengo una cita hoy para que me quiten los puntos. Así que te voy a calentar para el día —la atraje hacia mí y hundí la nariz en su cabello, deleitándome con la mezcla de almendras y vainilla.

Suspiró y luego tarareó mientras se acomodaba en mis brazos—: Promesas, promesas.

Parte del problema, empecé a darme cuenta, de aceptar un puesto tan peligroso era tener que lidiar con cosas triviales como quitarse los puntos. Las citas médicas solían programarse a horas impías de la madrugada. No dormí más de una hora antes de tener que abandonar el cálido abrazo de mi mujer y mi cama para atender esas malditas cosas.

Estuve gruñón, como dijo Dylan, el resto del día. Fui a casa al mediodía y la encontré tendida en mi cama. Como si le perteneciera. Tuve la tentación de arrastrarme a la cama con ella, volver a dormir. El viaje sería esta noche. Necesitaba descansar.

Pero si volvía a dormir, estaría más gruñón al despertarme por segunda vez. Por un impulso, extendí la mano y le di una fuerte palmada en el trasero redondo. Chilló y se despertó

sobresaltada. Su cabello era un revoltijo alrededor de su cara, me costó todo no lanzarme sobre ella. Incluso hecha un desastre de sueño, estaba preciosa.

—Despierta —le espeté y me senté a su lado.

Me lanzó una mirada fulminante y se relajó sobre las sábanas, enroscada boca abajo.

—Estaba durmiendo tan bien —se quejó en voz baja—. Soñando con un hombre de cuerpo tan ardiente.

Me tumbé sobre ella, descansando en el hueco de su espalda justo encima de su trasero—: Es bueno saber que estabas soñando conmigo.

—Diría que eras tú, pero me despertaron bruscamente antes de poder ver bien su cara —se estiró debajo de mi cabeza y luego suspiró—: ¿Qué hora es?

—Cerca de las once —me sentí un patán y comencé a acariciarle los muslos.

—¿Por qué tienes que ser tan cruel?

—Estaba celoso del hombre con el que soñabas —me deslicé hacia arriba, siguiendo la línea de su espalda con la lengua—. Tengo mierda seria que atender esta noche —llegué a su hombro y hundí los dientes en su piel—. Probablemente no estaré en casa cuando salgas —lamí la marca que le dejé, sintiendo cómo se estremecía. Cuanto más probaba su piel, más la deseaba. Me incorporé y me quité la camisa—. Quiero compensártelo.

—¿Compensármelo o torturarme porque tendrás que pasar un día sin sexo? —Sonaba cansada, pero no me estaba diciendo que parara.

—Si te va eso —me quité los pantalones vaqueros y los calzoncillos, y me subí sobre ella—, estaré encantado de complacerte —le froté la espalda suavemente, sintiéndola relajarse bajo mi toque—. Me gusta darte palmadas en el trasero. ¿Quieres que te ate mientras lo hago?

Sentí que se estremecía mientras se reía—: Tal vez te tome la palabra en otra ocasión.

La idea me excitó más de lo que ya estaba.

—Oh, eso lo decide —gemí, y comencé a frotar mi erección contra su trasero—. Voy a tener que follarte ahora —le bajé las braguitas y me tendí a lo largo de su espalda, presionando—. Iré despacio esta vez. Cuando salgas, te ataremos.

Ella ronroneó, arqueando la espalda contra mí. Sus caderas se inclinaron y extendí la mano bajo ella para presionar entre sus muslos y acariciar sus labios.

—¿Podremos dormir después de esto? —ronroneó la pregunta.

—Por un ratito —acepté—. Puede que tenga que despertarte más tarde para algo más de esto.

Encontré su clítoris y comencé a rodearlo con los dedos, sintiendo cómo sus caderas se movían al ritmo de mi mano.

—Hazlo bien y no importará —su voz era entrecortada, y los movimientos de sus caderas se balanceaban contra mi pene.

—Siempre es bueno, ¿no? —gemí en su oído.

No esperé su respuesta, estaba lo suficientemente húmeda para que pudiera deslizarme dentro, así que separé sus muslos para poder hundirme en ella. Tan pronto como su coño apretado me aferró, cerré sus muslos. La posición era estrecha e hice embestidas cortas y superficiales, apoyando todo mi peso contra su cuerpo.

Envolví mi brazo alrededor de sus hombros y mantuve un ritmo lento y constante. Escuché cada sonido que hacía, deleitándome con cada jadeo y gemido. ¿Era esto lo que me calmaba? ¿El calor de su coño apretado? ¿Cada apresurado susurro de "no pares"? El sexo se podía conseguir en cualquier parte. Yo ya había follado a mi parte de mujeres antes que ella. ¿Qué la hacía diferente?

—Eres mía, ¿verdad? —pregunté porque tenía que saber que ella lo sabía. Que era muy probable que ella fuera la única para mí.

—Sí —lo siseó, echando la cabeza hacia atrás para descansar sobre mi hombro—. Tuya, toda tuya.

Sus labios rozaron mi mejilla y no pude evitar aferrarla con más fuerza. Mi mano derecha permaneció debajo de ella, aunque al principio estaba distraído cuando comencé a follarla. Ahora que tenía un ritmo constante, volví a jugar con su clitoris. Sus caderas se sacudieron contra las mías, su respiración se entrecortó y sé que está cerca. El balanceo y el apriete de músculos me hacen darme cuenta de que no tenía fuerzas para hacer que esto durara una cantidad de tiempo respetable.

—Necesito que te corras —le rechiné al oído, empujando con fuerza contra su trasero—. Demasiado cansado para hacer que esto dure todo el día.

—Cerca —su respiración era rápida, y estaba tirando de la sábana superior—. Tan cerca —me aseguró, y sus caderas se sacudieron contra las mías.

Pellizqué el capuchón que cubría el manojito de nervios, y lanzó un grito ahogado, temblando y apretándose hasta tal punto que ya no pude aguantarme más. Solté mi agarre sobre ella y puse una mano en su cadera, la otra aferrada a mis sábanas mientras me hundía en ella con fuerza antes de comenzar a tensarme.

Gruñí con el esfuerzo, y luego, cuando comenzó el temblor, supe que ya no podía contenerlo más. Exploté desde adentro, gimiendo como si cada parte de mí se derramara en ella. Me sacudí

hasta detenerme, jadeando e inclinándome pesadamente sobre ella. Parecía haberse derretido debajo de mí.

—Estás perdonado por despertarme —susurró de vuelta.

Envolví mis brazos a su alrededor y nos hice rodar de lado, para poder quedarme dentro, quedarme cerca.

—Me alegro de oírlo —ronroneé en su oído.

Froté mi mano a lo largo de su vientre mientras dejaba que la tensión en mis hombros y pecho se desvaneciera. Me quedé dormido con una calidez en el pecho y la irresistible atracción de esta mujer en mis brazos.

Capítulo 24

Tuve el placer de despertarme con ella y ayudarla a prepararse para el trabajo. No se puso ningún maquillaje, no estaba seguro de si lo usaba. Tenía la cara fresca y feliz cuando me besó antes de irse a trabajar.

—Te perdoné por despertarme esta mañana. Pero hazlo de nuevo —me dio una palmadita en la mejilla antes de salir de la habitación con la intención de ir a trabajar— y pagarás las consecuencias.

—¿Mañana es tu día libre, verdad?

—Mi día libre comienza a las siete de la mañana —se volvió hacia mí, pero siguió caminando hacia atrás—. Pero tú dijiste algo sobre que no viniera cuando salga del trabajo. Así que iré a casa. Algo que no he hecho en unos días.

Fruncí el ceño —¿No te gusta venir aquí? —Me di cuenta de que no sabía dónde vivía. Eso fue un descuido estúpido—. ¿Dónde vives?

Se rió de mí, sus ojos brillando mientras lo hacía —¿Te das cuenta de que todavía hay detalles importantes que no conoces?

—Me acabas de hacer darme cuenta de que nos estrellamos aquí muy a menudo. Podría estrellarme en tu casa. Mantener las cosas equilibradas —le sonreí—. ¿No me vas a dejar en ascuas aquí, verdad?

Ella me devolvió la sonrisa cuando llegó a la puerta —Lo pensaré.

Fruncí el ceño y comencé a seguirla —¿Tendré que ir a buscarte más tarde?

—Lo pensaré —me lanzó un beso y abrió mi puerta—. Nos vemos después de que duerma bien.

La seguí hasta afuera, pero no me molesté en ir a su auto con ella. Me recosté contra el marco de la puerta y la vi irse, me saludó con la mano mientras salía de mi camino de entrada.

Miré la hora en mi teléfono, decidiendo que iría temprano al club. Me vestí apropiadamente para un paseo nocturno. El clima estaba más fresco, y además de eso, había el equipo adicional que llevaría puesto. Opté por ropa oscura. Aunque nuestras motocicletas nos anunciarían, quería ser un objetivo más difícil de alcanzar. Una vez que terminé, salí a mi moto y me puse en camino hacia la casa club.

Era un día despejado y hermoso. Esperaba que fuera una señal de cómo iría el día. Llegué a la casa club y estaba bastante vacía, fui a la oficina sin prestarle atención a nadie más. Di un golpe a la puerta antes de entrar, era difícil deshacerme del miedo de entrar y presenciar algo que no quería ver.

—Hola —vine a sentarme junto a Tillman, muy parecido a la última vez que estuve aquí—. Revisé la lista para esta noche, y no puedo discutir con nadie en ella.

—¿Quieres decir que decidiste hacer algo? —resopló Tillman mientras me acomodaba.

—Hago muchas cosas —le sonreí—. Tal vez deberías preguntarle a Billings cómo le va —sacudí la cabeza y miré a Wilson—. Mencionaste a Miller. ¿Hay alguna razón en particular por la que querías que lo interrogara?

Pudo ver la irritación en Tillman, pero la ignoró. En lugar de comentar, consideró mi pregunta.

—Se unió a nosotros justo después de que se calmara la tormenta de mierda y enderezamos a Redding con el taller. Comenzó a pasar el rato en el taller poco después de que el negocio estuviera en marcha. Lo contrataron porque había prestado servicio en el Ejército. Tres meses después de trabajar en el taller, lo trajeron aquí a la casa club —habló Wilson antes de tomar un sorbo de la cerveza que estaba en el escritorio.

—Tú estabas alrededor para eso, estuviste ahí para su ingreso. ¿Quieres decirme que no lo recuerdas? —Tillman estaba estirado en su silla, y la expresión en su rostro era una mezcla de incredulidad y frustración—. ¿Estás tratando de decirme que eres ajeno a la mierda que hacemos?

Sacudí la cabeza. —No ajeno. Ese tipo no me ha llamado la atención en absoluto. Así que no sé una mierda sobre él —señalé entre los dos—. ¿Sabes toda la mierda sobre todos los que pasan por aquí? ¿Por eso Billings empezó a empujar la metanfetamina sin que te enteraras?

—Basta —ladró Wilson—. Dejen de echarle sal a esa herida y dejen —miró con enojo a Tillman— de intentar iniciar una pelea con él. Después de que ingresamos a Miller, se esfumó por un tiempo. Viene por una cerveza pero se mantiene alejado en su mayor parte. Pensé que solo era un imbécil antisocial como tú. ¿No estás pensando lo mismo?

—Vino a nosotros —alcé un dedo—. No sabemos mucho sobre él. No vive aquí como algunos de los otros muchachos...

—¿Qué mierda quieres decir con que vive aquí? —Tillman me fulminó con la mirada.

—¿Cuándo vas a casa? —Lo miré a él y luego a Wilson—. Están aquí desde el momento en que se levantan hasta que deciden irse a dormir. No estoy juzgando sus decisiones de vida, solo estoy señalando un hecho.

—¿Podemos llegar al maldito punto aquí? —espetó Wilson.

—¿Cómo sabemos que este tipo no es un policía? —Lo expuse claramente.

Eso captó su atención, ambos me miraron fijamente.

—¿Por qué crees que es un policía? —preguntó Tillman con el ceño fruncido.

—¿Qué mierda dijiste? —Fue la mirada de Wilson la que me clavó con fuerza—. ¿Tienes evidencia que pueda respaldar esta afirmación?

—Ninguna —admití—. Pero tenías razón al decirme que hay que vigilarlo. Jones, Hernández y Martínez estuvieron allí conmigo cuando fui a conocerlo. Jones fue el que me hizo cuestionarlo —me froté la barba en la mandíbula. Se había vuelto más gruesa, y si no quería una barba, tendría que afeitarme—. Veremos cómo actúa esta noche y de ahí en adelante.

Wilson miró a Tillman. —¿Tenemos a alguien que pueda hacer una revisión de este tipo y ver si es policía?

—Soy un asco con las computadoras, no sé si tenemos a alguien que pueda hacer ese tipo de hackeos. Me pondré a averiguarlo —comenzó a levantarse y me miró—. ¿Y tú?

—Yo estuve en la infantería. No sé una mierda sobre computadoras, aparte de revisar el correo electrónico —solo pude encogerme de hombros.

—Me pondré a hablar con los cabrones que tenemos por aquí y veré qué puedo encontrar —le dijo a Wilson, moviéndose a mi alrededor y golpeando la puerta.

Esta no era la reacción que esperaba, pero aquí estaban ambos hombres tomando en serio mis palabras.

—¿Crees que podría ser un policía? —Lo miré, preocupado ahora.

—No lo sé —tenía las manos enredadas en el cabello y lucía inseguro. Era la primera vez que veía su expresión así—. No puedo imaginar por qué un policía entraría a nuestro redil. No somos como los otros grupos. Tú y yo mantenemos a raya la violencia y la agresión que se desata en los otros clubes. La mierda que nos metieron en la cabeza durante todos esos años que servimos nos mantiene en la legalidad —comenzó a enterrar los dedos en su barba—. Quiero que vayas y le patees el culo a Billings otra vez.

—No —sacudí la cabeza—. Eso no resolverá esto. Ni siquiera te hará sentir mejor.

—Es su culpa que esto comenzara —gruñó hacia mí—. Ver su cara negra y morada me hará sentir mejor.

—Hacerlo solo lo enfurecerá —asentí hacia la puerta—. ¿Realmente quieres hacer eso? Si te preocupa lo que hará el tipo, entonces no lo dejes ir en el recorrido. Puede quedarse aquí y vigilar el clubhouse, y tú puedes vigilarlo a él.

Wilson continuó tirando de su barba, su expresión preocupada antes de endurecerse y mirarme con el ceño fruncido otra vez.

—No, él va en el recorrido. Su reacción nos dirá si es un policía o no.

—Si estás seguro —me incliné para cambiar de tema—. Vamos a martillar el plan real. ¿Vamos a su club y los enfrentamos primero? ¿O solo quieres que seamos unos cobardes y pasemos como una advertencia semi-seria? —Me rasqué la sien, sintiendo el tejido cicatrizante en el raspón—. O podemos entrar a balazos.

—No somos salvajes. Si quieres dar una advertencia verbal, adelante. Házles saber que ese tramo de carretera es nuestro. Que tenemos gente leal a nosotros que vive en esa área y si los molestan de nuevo, habrá consecuencias —pareció recuperar el aire de confianza que tenía antes. Asintió, encontró un puro y se lo puso entre los dientes—. Muéstrales a los cabrones con quiénes se están metiendo si es necesario.

Capítulo 25

A las seis, justo después de que la tienda cerrara, la gente que había sido seleccionada para el viaje comenzó a reunirse detrás del club alrededor de la puerta de la oficina. La puerta estaba abierta, y todas las personas clave que quería ahí se encontraban alrededor del escritorio mientras exponía los planes. Se estaban repartiendo chalecos y los chicos se estaban preparando. Esta era una camaradería que disfrutaba del servicio, solo que nunca esperé estar al mando.

—Es un viaje de dos horas —hablé lo suficientemente alto para que los diez hombres pudieran escucharme—. El camino es difícil, así que necesitamos tener suficiente espacio entre nosotros. Se decidió que le haríamos una amenaza directa a este otro grupo, para que entiendan que vamos en serio.

—Los Hermanos de la Osera no se andan con rodeos —gruñó alguien. No pude identificar quién, pero cada expresión que capté era dura. Estos eran hombres dispuestos a ir a la guerra por su club.

—Yo me encargaré de hablar —hice una mueca al decirlo—. Al resto se le ha instruido que saquen sus armas y estén listos para el enfrentamiento. Hagan preguntas primero, no abran fuego a menos que ellos lo hagan. —Hice una pausa mientras consideraba la siguiente ruta—. ¿Alguno tiene una puntería mortífera?

Hernández estaba acurrucado en la esquina de la oficina. —Dame un objetivo y puedo darle. ¿A menos que me estés preguntando si puedo disparar desde una moto en movimiento?

—No —respondí con el ceño fruncido—. Nada de eso, pero si te dijera un área específica a la cual disparar, ¿podrías hacerlo?

Hernández asintió y me dio una leve sonrisa burlona como si entendiera lo que estaba pensando. —Probablemente pueda manejarlo. Supongo que lo descubriremos a la mala, ¿está bien?

—Estamos haciendo esto para causar una impresión —dije seriamente—. Vamos a ser serios ante el peligro y mostrarles que no tememos entrar disparando si es necesario. Canalicen la época en que el Tío Sam los poseía, muchachos, porque esa es la mentalidad que quiero. Cuando terminemos, volveremos a ser hombres libres, y podrán volver a ser salvajes —intenté un poco de humor en mi tono, pero pude darme cuenta de que se perdió. Todos aquí tenían la cabeza en el juego, estaban listos para montar sus motos e irse a la carretera.

—Te seguiremos y nos mantendremos atrás —ofreció Wilson—. Tendremos cinco hombres extras en caso de que algo salga mal. Si te desafían y te superan en número, necesitarás más refuerzos. Nosotros seremos esos refuerzos adicionales.

—También tendremos un escáner con nosotros para asegurarnos de que la ley no cause problemas —me dijo Tillman—. No necesitamos que vuelvan a andar husmeando por la osera. —Me hizo un gesto con la cabeza—. ¿Tienes una pieza de oído?

—La tengo —saqué una de mi bolsillo y me la puse en la oreja.

—Así podremos mantener el contacto entre nosotros —continuó Tillman, hablando con el resto de los hombres—. Manténganse atentos a él. Si se aleja, lo siguen. Hagamos que esto fluya sin problemas. No necesitamos más heridos a manos de esos cabrones.

—Prepárense y cárguense —ladró Wilson—. Estamos perdiendo el tiempo con esto. Manténganse vigilantes.

Todos llevaban sus chalecos, chaquetas de motociclista y, cuando salimos de la sede del club, todos lucían la calavera alada blanca que era el símbolo de nuestro club. Había una determinación sombría en cada rostro que miraba. No tenía duda de que manejaríamos esta situación.

Llevaba una pistola conmigo, porque la última vez que Van Cleave hizo este viaje, saqué la pistola de detrás de mí para devolver el fuego sobre la pistola que estaba en la funda junto al tanque de gasolina. Todavía mantenía una pistola allí por razones de seguridad. Me aseguré de que todos tuvieran dos armas, armas que Wilson y Tillman nos proporcionaron a todos. Se nos animó a usar armas proporcionadas por el club para el negocio del club, principalmente porque los números de serie estaban registrados a nombre de otra persona, probablemente alguien fallecido. Si había una investigación sobre lo sucedido la otra noche, no es que no confiara en Martínez, la pistola que usé estaba a nombre de otra persona.

Aunque hacíamos cosas ilegales como club, aún así logramos mantener un aire de anonimato. Nos cubrimos las espaldas y parecíamos solo una reunión de veteranos. Estaba seguro de que eso era lo que Miller pensaba que éramos, pero lo mantuve vigilado mientras nos preparábamos para

el viaje. Su expresión era similar a la de los demás, se puso el chaleco y tomó dos pistolas sin cuestionar nada. Tenía el ceño fruncido y se dirigió a su motocicleta para montarse y esperar más instrucciones. Llevaba un casco integral, por lo que su rostro era fácil de ver. Me puse el casco, pero dejé la visera levantada.

—Martinez —lo llamé con brusquedad, atrayendo la atención del otro hombre. Se acercó sin dudar, con sus ojos oscuros curiosos mientras sujetaba su casco. Estaba tan listo para irnos como yo—. Quiero que vayas segundo detrás de mí. Si ves algo, hazme una seña.

Sonrió ante eso y asintió.

—Mantendré los ojos bien abiertos.

—Hernández, Jones —ladré, llamando la atención de los otros dos hombres—. Ustedes irán al final. Estén atentos por si alguno nos sigue además del SUV de Wilson. Si ven que alguna otra moto se pone en fila detrás de nosotros, toquen la bocina. Jones me hizo un saludo militar y Hernández me mostró el pulgar arriba—. Vamos a viajar en formación de cinco —dije en voz alta—. El camino está malo, así que presten atención. Si no están acostumbrados a andar en caminos en mal estado, mantengan una buena distancia con el de adelante. Si tienen problemas, toquen la bocina dos veces y nos detendremos. Vayan en parejas, estén alerta y mantengan los ojos abiertos. Si ven algo que requiera nuestra atención, toquen tres veces la bocina. Será un viaje largo, así que asegúrense de orinar ahora, no haremos paradas.

Pasaron unos treinta minutos antes de que todos estuviéramos montados y saliéramos rugiendo del estacionamiento. No tenía prisa, no sabía qué tipo de reacción podríamos obtener y, si íbamos a meternos en una balacera, quería mantener el ritmo. Antes había tenido la suerte de que el instinto me guiara. Si sucedía algo hoy, solo podía esperar que doce años en los Marines me ayudaran a mantenerme a salvo. Y los chicos que iban conmigo en el viaje tendrían habilidades similares para mantenerse a flote.

Los viajes nocturnos solían ayudarme a centrarme, el sonido bloqueaba todas las frustraciones que tenía. El frío en el aire parecía atravesarme. El rugido de las motocicletas me rodeaba... profundos gruñidos graves como si llevara conmigo una manada de gatos salvajes.

Todo eso me hizo pensar que tendría que llevar a Dylan en la parte trasera de mi moto para que ella pudiera experimentar esto conmigo. Era algo que tendría que hacer después de que se calmara toda esta mierda. Ponerla detrás de mí y sentir sus brazos envolviéndome, la sensación de sus pechos presionados contra mi espalda. Gruñí, el ruido perdiéndose en el viento. Era algo que definitivamente haría pronto. Mis pensamientos vagaron sin control hacia Dylan, aunque ni siquiera me importaba. Sólo pensar en ella invocaba esa calidez en mi pecho y endurecía mi

pene. Me hizo anhelar sólo el olor de ella. En su día libre, tendría que hacer algo más que sólo follarla. No es que eso fuera algo malo. Tendría que tomarme el tiempo para simplemente disfrutar de su presencia. Si la quería para más que sólo sexo, algo que se estaba volviendo evidente rápidamente. Me di cuenta de que debería haber hecho un esfuerzo por conocerla, por descubrir qué la hacía funcionar. En retrospectiva, pero no es como si no pudiera compensarlo, ¿verdad?

—Voy a quedármela —hablé sin que nadie me oyera, el ruido del viento ahogando mi confesión.

Sólo tengo que superar esto, pensé con una determinación sombría que se renovó con sólo pensar en quedármela. Quería que esto se hiciera, y ahora, pisé el acelerador para que cubriéramos más terreno. Pasamos negocios que ya habían cerrado para la noche y algunos que ni siquiera estaban abiertos.

A medida que disminuía la calidad del camino, supe que nos estábamos acercando a nuestro objetivo. Hice una señal para que redujéramos la velocidad, tocando ligeramente los frenos, por lo que las luces traseras de mi moto parpadearon. Solté el acelerador y vi a Martínez disminuir la velocidad junto a mí. Una mirada por encima del hombro me mostró que los hombres detrás de mí siguieron mi ejemplo. Bien, asentí en señal de apreciación.

Tuvimos que comenzar a zigzaguear para evitar los baches, por lo que se ralentizó bastante nuestro progreso. Pero, no pasó mucho tiempo antes de que viera nuestro destino. La casa club que los Crazy Aces habían reclamado parecía haber sido un negocio, el frente estaba compuesto por grandes ventanas que habían sido cubiertas con periódicos y carteles. Divisé un cartel de N.W.A. que decía "Fuck the police" con grandes letras en negrita cuando entré en el estacionamiento.

¿Cómo demonios lograron llegar tan lejos sin llamar la atención de las fuerzas del orden? Me senté en mi moto mientras observaba el aspecto de su casa club con un poco de disgusto, parecía deteriorada. Al igual que nuestra casa, había varias motocicletas estacionadas afuera; conté veinte. Estábamos en desventaja numérica, pero si la última vez que traté con alguien de este grupo era una consideración, entonces era evidente que no superaban nuestras habilidades.

Martínez se detuvo junto a mí y lo vi mover las manos, indicándoles a los demás que se formaran uniformemente a mis costados. Jones estaba a la izquierda y Hernández a la derecha. Miller se sentó a mi izquierda inmediata mientras que Martínez se ubicó a mi derecha. La formación se sentía bien. Bajé el caballete y dejé el motor encendido. Saqué mi teléfono del bolsillo de la chaqueta y marqué a Wilson.

—Informe —su voz era áspera y apenas la oía por el ruido que me rodeaba.

—Estamos aquí.

—¿Han encontrado agresión?

Aceleré el motor y el coro de motores se elevó a un nivel ensordecedor.

—Aún no —dije, aunque sabía que no me oiría.

Vi cómo los cuerpos se movían hacia el vidrio frontal y varios ojos miraban a través de las partes descubiertas de las ventanas. Teníamos su atención. Apagué el motor e indiqué al resto que hicieran lo mismo. Pronto no hubo más que silencio. Levanté la visera del casco y miré a Martínez.

—Armas listas —ordené.

—Preparen —la voz de Martínez cortó el frío que nos había seguido hasta allí y miré a la izquierda y vi que varias pistolas apuntaban—. Quiten los seguros —ladró después, y supe que nuestra audiencia oyó sus palabras.

—Ey, ey, ey —la puerta de vidrio se abrió de golpe y salió un hombre que debía tener unos cuarenta años, con una cerveza en la mano.

Era de complexión delgada, aunque aún lograba una ligera protuberancia por una cerveza de más, y probablemente mediría metro ochenta. Tenía las manos en alto y, por el aspecto de su chaleco, el grupo optaba por el vaquero en lugar del cuero más caro. Yo descubrí a las malas que el cuero tenía sus beneficios.

—Caballeros —llevaba una bandana en la cabeza y, además de su chaleco, vestía una desgastada camisa de franela y jeans descoloridos y rotos—. ¿Qué pueden hacer los Azes Locos por ustedes?

Me tomé el tiempo de quitarme el casco y miré fijamente al hombre.

—Tenemos su atención —comencé—. Estamos aquí para dejarles saber que tienen nuestra total atención.

—¿De veras? —Tenía una escasa cantidad de vello facial y lo acariciaba mientras me consideraba—. ¿Quiénes son "nosotros"? Por lo general, cuando intentamos conseguir enemigos, nos gusta saber a quiénes estamos cabreando mientras los cabreamos.

Ofrecí un leve saludo, con la colocación de la mano adrede mal hecha.

—Los Hermanos de la Osera —le informé con ligereza, manteniendo un tono uniforme.

—Ah —asintió y luego se encogió de hombros un poco—. Lo siento, hombre. No puedo decir que sepa quiénes demonios son los Hermanos de la Osera. ¿O por qué demonios debería

importarme quiénes demonios son ustedes? —Su tono tenía humor, aunque estaba claro que se reía de nosotros.

Miré a Martínez a mi lado y lo dije lo suficientemente alto para que me oyera el hombre de la puerta: —Hernández, esquina superior derecha. Saca sólo la ventana. No le des a nadie.

Lo observé levantar la pistola y apuntar. Vi cómo movía la mano al apretar el gatillo y escuché explotar el vidrio. Se oyeron gritos y maldiciones provenientes de la ventana destrozada. Miré de nuevo al hombre que se encontraba frente a la casa club.

—Formamos parte de Los Hermanos de la Osera. Mantenemos cierto código entre nuestros miembros. No llamamos la atención de forma negativa sobre nosotros y no molestamos a los civiles que están en nuestro territorio.

—Gracias, fan-puta-tástico, idiota —me gruñó y señaló el edificio—. ¿A mí qué me importa tu pandilla de maricas?

—Quítale la cerveza de la mano —dije sin apartar la mirada.

—También voy a destrozarte el cristal detrás de él —informó Hernández.

—Hazlo —observé al hombre levantar la mano con la cerveza para protestar. El disparo de Hernández resonó de nuevo y, asombrado, lo vi agitarse un segundo antes de que explotara la botella que sostenía y después el vidrio que había detrás.

—¡Joder! —gruñó y dejó caer el cuello de la botella, lo único que quedaba—. Sacó una pistola de detrás de la espalda—. ¡Se están metiendo con la gente equivocada! ¡Los voy a joder a tiros!

Observé la pistola en su mano, la empuñaba con decisión, pero también temblaba levemente. Algo que solo pude notar porque lo estaba mirando desde mi moto. Tenía miedo.

—Ustedes se están metiendo con la gente equivocada —le espeté—. Ustedes y su gente son unos estúpidos, están llamando la atención equivocada y se están instalando en la zona incorrecta. Esta carretera es nuestra, se están metiendo con lo que es nuestro. Si se meten con algo que no les pertenece, tendrán que afrontar las consecuencias —espeté—. Ustedes y su gente pueden quedarse o irse. Pero si se quedan, tendrán que acatar nuestro código, joder.

Lo vi escupir: —Me importa una mierda su código.

—¿Qué crees que pasaría si le digo que te dispare la pistola de la mano? —pregunté sin rastro de ira en la voz, en realidad sonaba curioso—. ¿Crees que te dará en la mano o que apuntará a la pistola?

—Para, no —levantó ambas manos, parecía darse cuenta de que había nueve armas apuntándole—. Intentémoslo de nuevo, amigo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Creo que ya dije lo que quiero —no me lo pensé dos veces.

—Bueno —rió un poco—, no nos vamos a mover, no vamos a "acatar" ningún código que no sea el nuestro. Vivimos como nos da la gana.

—Entonces te vas a morir muy rápido, joder —endureció mi tono para igualarlo al suyo.

—Crees que puedes vencernos a todos —hizo un elaborado espectáculo contándonos uno a uno—. Estamos en superioridad numérica aquí. Si me disparas, ya has llamado la atención de todos los que están dentro. Ellos van a responder a tiros.

—Creo que ya he demostrado la habilidad que tiene uno de mis hombres con un arma —miré hacia la izquierda—. ¿Quieres ver la habilidad del resto? Solo hay tanto vidrio para disparar sin dar a la gente. Podríamos intentar dar a las personas desde fuera. No es difícil, solo apuntar a las sombras y siluetas que vemos a través del cristal. Concéntrate y le darás a alguien. Si tu puntería es lo suficientemente buena, y Hernández ha demostrado que la suya lo es, puedes dar un tiro en la cabeza sin siquiera intentarlo —miré de nuevo al hombre con el que hablaba—. ¿Necesito que él te muestre lo bueno que es disparando?

—Esto es solo una pistola —escuché decir a Hernández—. Si me cubres, tengo mi rifle en piezas en mi alforja. Puedo sacar a todos los de adentro con un cartucho y medio —no me molesté en mirarlo, pero lo escuché contar en voz baja—. Veintidós, veintitrés personas adentro. Un cartucho y algunas del otro. Suponiendo que ninguno esté en la parte trasera del edificio —se rió entre dientes—. Coleman también tiene su rifle. Entre los dos, podemos asegurarnos de que nadie salga del edificio.

—Dejen de menear sus pollas —le espetó a Hernández—. No puedes dispararle a todos ahí dentro cuando te estén disparando.

—Quizás tú no —escuché interrumpir el tenor profundo de Coleman—. La mayoría aquí ha recibido disparos antes y sabe cómo usar las armas en sus manos. ¿Y tú?

Fue entonces cuando vi el miedo en su expresión, parecía darse cuenta de que no sabía con qué se enfrentaba.

—No te dejes intimidar, Larry —gritaron desde el agujero en la ventana—. ¡Podemos vencer a estos cabrones!

—Probablemente no —dije con ligereza—. Vamos a superarlos en potencia de fuego, sin duda. Cada hombre en esta línea tiene entrenamiento en el uso de armas —le hice otro saludo burlón—. Gracias a tus impuestos —me incliné hacia adelante y apoyé los codos en el tanque de gasolina de mi moto—. ¿Puedes decir lo mismo?

—Ustedes, cabrones, son policías —se dio vuelta para mirar sobre su hombro—. ¡Tenemos a la puta policía aquí!

Sonó un disparo desde la ventana y la tierra justo frente a mi motocicleta se levantó. Tan cerca como llegó. Ni una palabra, ni una dirección. Los hombres a mi izquierda y a mi derecha respondieron, rompiendo todas las ventanas detrás del hombre frente a nosotros y exponiendo a las personas detrás del vidrio. Los periódicos y carteles que habían cubierto las ventanas yacían en montones desgarrados entre los vidrios rotos. Los grupos de hombres que habían estado detrás de las ventanas huyeron hacia atrás, gritos de pánico resonando mientras se alejaban de las ventanas. Por lo que pude ver, nadie recibió un impacto. Levanté una mano y el fuego cesó.

—No somos policías —dije una vez que se detuvo el ruido—. Sólo considérennos ciudadanos preocupados que queremos que se larguen de nuestro tramo de la carretera.

—Esta mierda va a costar dinero para reemplazarla —su voz subió una octava—. Vas a pagar...

—No vamos a pagar una mierda, hijo de puta —gruñó Coleman—. Estamos aquí para decirte que te vayas a la mierda, así que toma la indirecta y vete a la mierda antes de que te hagamos daño, imbécil.

—Ustedes son diez y nosotros somos más —gritó alguien desde dentro del edificio—. ¿Nos están diciendo que nos vayamos a la mierda? ¡Están en nuestro territorio!

—Corrección —sonreí, disfrutando de la intimidación que el profundo gruñido de Coleman había añadido—. Están en nuestro territorio. Además, lo que ven no siempre es lo que obtienen. Sé de hecho que ustedes están dos abajo —hice un espectáculo de tocarme el obvio rasguño en un lado de la cabeza—. Estoy bastante seguro de que eso significa que hay más gente aquí afuera con mejor puntería de lo que ustedes saben. Así que, la verdadera pregunta es, ¿quieren correr el riesgo de perder más gente? ¿O quieren ser hombres y aceptar que se metieron en algo que no esperaban?

—Si esta es parte de su territorio —comenzó el hombre frente a nosotros, con la mano aún levantada como si fuera a calmarnos—, ¿dónde termina su territorio?

—Reclamamos la carretera, ustedes pueden quedarse con esta ciudad —ofrecí—. El único inconveniente es que tengo gente aquí que está asociada a Los Hermanos de la Osera. Si causan problemas, eso nos traerá a su puerta.

—¿Y qué los trajo a nuestra puerta ahora? —me miró y comenzó a retroceder un poco—. Esta es la primera vez que escucho sobre Los Hermanos de la Osera. Nadie dijo nada cuando empezamos a operar aquí. Hemos estado aquí un año. ¿Por qué vienen a quejarse apenas ahora?

—Tenemos negocios en esta carretera —me encogí de hombros—. Cuando fui a revisar dichos negocios, dos de tus hombres intentaron retenernos. Si disparas a personas que no conoces, no te librarás del enfrentamiento. La diferencia entre nosotros —señalé entre los dos como si solo él y

yo estuviéramos en la conversación— es que no tenemos el deseo de traer a la policía a nuestra puerta. Pero, después de tener que eliminar a dos de los tuyos, se determinó que necesitabas ser puesto en tu lugar.

—Entonces, ¿ahí es donde están Bill y Andy? —asintió—. ¿Los eliminaron?

—En nuestra defensa —me encogí de hombros—, ellos lo pidieron.

—Entonces, ¿esto —señaló a todos nosotros— es para ver si estamos pidiendo ser eliminados? ¿Y dijiste que no quieres llamar la atención de la policía? Parece que esto —señaló las ventanas destrozadas— va a llamar la atención de la policía. ¿No estás rompiendo tu propio código al disparar contra mi club, hijo?

—¿Lo crees así? Pero dada la ubicación de tu club, ¿cuáles son las probabilidades de que el sheriff pase por aquí a menos que lo hayan avisado? —Le sonreí con sorna—. Podría haberlos avisado en lugar de hacer el largo viaje hasta aquí. Apuesto a que están sirviendo alcohol sin licencia. También hay buenas posibilidades de que tengan sustancias ilegales ahí dentro. ¿Cuáles son las probabilidades de que su droga favorita sea la metanfetamina? —Me froté la mandíbula mientras parecía considerarlo—. Pero, ¿qué diversión habría en eso?

—¿Simplemente es más divertido agitar los penes y aparentar que son mejores que todos los demás aquí? —Resopló, frotándose la nariz—. No nos moveremos. Dado que afirman reclamar el camino, no les impediremos usarlo. Todo eso considerando que han matado a dos de nuestros hombres y destrozado las ventanas de nuestro club —se encogió de hombros—. Si eso no es suficiente para ustedes, malditos cabrones, seguro me encantaría ver hasta dónde llegaría esto.

Miré a Martínez y él me lanzó una mirada de reojo, parecía que esto era lo que habíamos venido a buscar.

—¿Copiaste eso? —pregunté al hombre que me escuchaba por el auricular.

—¿Con quién estás hablando? —Parecía confundido, como si finalmente se hubiera dado cuenta del auricular bluetooth en mi cabeza.

—¿Lograron destrozar todas las ventanas? —preguntó Wilson con voz áspera.

—Todas ellas —le aseguré—. Él sacó un arma, pero obviamente no apretó el gatillo. Todos los disparos fueron de nuestro lado, no del suyo —me encogí de hombros levemente porque no era la primera vez que me apuntaban con un arma—. ¿Querías que disparáramos a alguien mientras estábamos aquí?

—¿Con quién demonios estás hablando? —El hombre parecía indignado, como si me negara a responderle.

—Dile que esta es la única advertencia que recibirá de nosotros —la voz de Wilson era un gruñido bajo—. Si nos causan más problemas, Los Aces Locos dejarán de ser un problema para los demás.

Me erguí y le lancé una mirada al tipo que estaba frente a mí. —¿Cuál es tu nombre, amigo?

Su expresión pareció relajarse y golpeó el parche en el lado izquierdo de su chaleco. —Me llaman Chillido.

—No te pregunté por un apodo estúpido. ¿Cuál es tu maldito nombre? —ladré, manteniendo una expresión seria aunque me divertía.

—Stan —dijo, desapareciendo la sonrisa que había tenido en el rostro—. ¿Puedo saber con quién estabas hablando? ¿Y quién eres tú?

Golpetee mi propio chaleco donde el parche anunciaba mi nombre. —Cole. No te toca saber con quién estaba hablando. Si lo averiguas, probablemente signifique el final del juego.

—Oye, amigo —Stan mantuvo su expresión relajada—, esperemos que este alboroto pueda ser el inicio de una gran amistad entre nuestros clubes.

Esbocé una leve sonrisa porque lo dudaba.

—No molesten a la gente mayor. Los haré puré. Pasarán de ser Screech a ser una mancha de grasa en la carretera —le di un asentimiento, como si no acabara de amenazarlo—. No pediremos ningún impuesto ni ofreceremos violencia siempre y cuando se den cuenta de que tienen que coexistir con nosotros y con la gente que vive en su comunidad. Cuanto antes dejen de intentar doblegarnos a sus reglas, mejor será todo.

—Sí —Stan seguía con una sonrisa en la cara, aunque vi un tic en su mandíbula. Algo me decía que esto no había terminado. Parecía ir demasiado bien—. Sí, entendido. Nos portaremos bien y coexistiremos —me devolvió un horrible saludo militar—. Si me disculpan, caballeros, tenemos que limpiar este desastre. Supongo que nos veremos cuando nos veamos, ¿no?

Me arqueó una ceja y hubo algo en su postura y en la forma de encogerse de hombros que me hizo darme cuenta de que decía una cosa pero quería decir algo completamente distinto.

—Nos mantendremos en contacto —dije sombríamente mientras me ponía el casco de nuevo. Luego, puse en marcha mi moto y un coro de rugidos siguió al mío. Retrocedí con la moto y luego la volví a sacar a la carretera.

—¿Qué crees? —me preguntó Wilson mientras nuestro grupo volvía a la carretera.

Al principio, no estuve seguro de haberlo oído, pero respondí casi a gritos: —Esto no ha terminado.

—¿No lo crees?

—El muy cabrón es hipócrita, solo decía lo que creía que queríamos oír —miré al tipo que iba a mi izquierda y vi a Miller—. Si hacemos envíos, necesitaremos un grupo para hacerlo. No es seguro que nadie vaya solo.

—Esperemos a ver qué tan estúpidos son. Mantengan un ojo avizor por si los siguen. Nos reuniremos en la osera —Wilson no dijo mucho más, solo colgó.

Hice una mueca porque la actitud de esperar y ver iba a hacer que alguien saliera herido. Le eché un vistazo cauteloso al tipo a mi derecha. Su expresión estaba al descubierto y parecía pensativo. Tuve que preguntarme si esto era algo que esperaba cuando se unió a nosotros. Después de esto, sería el momento de ver si podía manejar el lado serio de Los Hermanos de la Osera.

Capítulo 26

—Nadie resultó herido — dijo Tillman mientras comenzábamos a entrar en el club. — En ningún bando. Esto es algo bueno—. Su optimismo no era algo que yo sintiera. —Entren para resguardarse del frío. Cindy tiene una cerveza esperándolos. Quédense, la noche aún no ha terminado. Vamos a hablar sobre lo que sucedió y las impresiones que ustedes, hijos de puta, obtuvieron—. Me dirigió una mirada dura. —Asegúrate de que todos se queden después de orinar y quitarse sus chalecos. Esta reunión es obligatoria—.

Asentí, sin ganas de discutir porque quería ver lo que todos tenían que decir. Habíamos regresado sin señales de ser seguidos. Martínez se había quedado atrás del grupo con Hernández y Jones, pensé que para vigilar nuestra retaguardia. No se lo pedí, pero aprecié la iniciativa. En realidad, se trataba más bien de mantenernos a todos a salvo. Si alguien se nos acercaba por detrás, éramos vulnerables; podrían arrollarnos con un vehículo más grande o abrirnos fuego. De cualquier manera, resultaría en la muerte de muchos de nosotros.

Era algo que me cruzó por la mente, la única razón por la que me mantuve al frente de nuestro grupo fue porque fui designado líder de esta misión. Una de las fallas de ser nombrado Ejecutor. Me satisfizo la disposición de algunos de estos muchachos a dar un paso al frente y proteger a sus hermanos. Esa es probablemente la mentalidad que los llevó al ejército y luego a nosotros cuando terminaron su servicio.

Me di la vuelta para mirar a Wilson, entrecerré los ojos mientras lo veía escuchar el informe de Jones. Su expresión era dura, sus cejas fruncidas. Para cualquier extraño, podría haber parecido enojado. Pero pude darme cuenta de que estaba tomando cada bit de información que el hombre frente a él le estaba dando.

—Entren —Tillman se quedó en la puerta—. Nadie saldrá de aquí hasta que terminemos la reunión completa—.

—Algunos de estos muchachos tienen trabajos —dije después de un rato—. Muchos trabajan en el taller. ¿A qué hora abre el taller?— Miré a Hernández, regresando a la conversación con Redding.

—A las diez —dijo con un leve encogimiento de hombros antes de levantar un brazo para mirar su reloj—. Son las cuatro de la mañana, eso son de cuatro a cinco horas de sueño. Hemos tenido peores horarios de sueño—.

—Llamaré a Sid —Tillman sacó su teléfono—. El taller puede permanecer cerrado por un día —.

—Podría parecer obvio si se ponen en contacto con la policía —comencé a discutir—. No confiaría en ese hijo de puta más de lo que puedo arrojarlo—. Me estaba moviendo hacia Tillman con la intención de cortar su llamada a Redding—. Mantén el taller abierto—.

—No va a perjudicar nada cerrar el taller un día fuera de nuestro horario habitual. Sid está ahí todos los días. Si hay clientes regulares, están al tanto de sus problemas —Tillman me hizo un gesto para que lo dejara pasar como si mis preocupaciones no fueran legítimas—. Pueden asumir que llegó a un punto álgido en el que no pudo abrir el taller. Le diré esto, y él es lo suficientemente inteligente como para crear una razón por la cual el taller esté cerrado. Dale algo de crédito al tipo—.

—No estoy cuestionando a Redding —espeté.

—Bien —asintió hacia la parte principal del club—. Comienza a obtener informes de tus hombres sobre cómo fue este paseo. Tan pronto como termine con esto, te ayudaré y todos podremos irnos a casa y a la cama—.

Gruñí y encontré una mesa vacía, miré a uno de los chicos que deambulaban esperando dar su informe.

—Nguyen —ladré al hombre asiático delgado—. Siéntate —hice un gesto hacia la silla frente a mí.

Lo vi sobresaltarse ante mi tono, pero no dudó en acercarse. Sus ojos entrecerrados lucían cansados, y se sentó, probablemente agradecido por la oportunidad de dar su opinión.

—¿Vas a tomar mi informe? —levantó una ceja—. Pensé que Wilson lo haría—.

—Estaríamos aquí toda la maldita noche si esperáramos por él —me recliné en mi asiento y crucé los brazos sobre mi pecho—. Házmelo saber lo que viste, tus impresiones y pensamientos sobre esta noche.

—Bien —carraspeó y luego imitó mi postura—. Creo que tu juicio sobre Stan fue bastante acertado. No confiaría en que no llamara a la policía. Lo único, si recuerdas, fueron las razones

por las que no querría contactar al sheriff. Tenía señales serias de ser un adicto a la metanfetamina. Sus dientes, por lo que pude ver, se estaban pudriendo. Tenía llagas en la cara, y apostaría a que probablemente tenga marcas de inyección en los brazos y otras partes —hizo una pausa para frotarse la cara, su expresión mostraba lo cansado que estaba—. Eso sería suficiente para que cualquier personal de las fuerzas del orden cuestionara cualquier tipo de denuncia que intentara hacer.

—¿En qué rama serviste? —pregunté por curiosidad.

Lo vi parpadear confundido y luego fruncirme el ceño. —Marina. Seis años. ¿Por qué?

Me encogí de hombros. —¿Cuál era tu rango y especialidad?

Me frunció el ceño y luego se pellizcó el puente de la nariz. —Aerógrafo de cuarta clase.

—¿Alistado? ¿No un oficial? —seguí indagando.

—Sí —me espetó—. El típico asiático inteligente no quería ir primero a la universidad. ¿Por qué intentas encasillarme en un estereotipo? Eres el primer idiota que hace esto aquí, y he estado con la chapa durante tres meses.

Levanté una mano y me incliné hacia la mesa, bajando la voz para que la conversación fuera solo entre él y yo.

—¿Qué tan bueno eres con las computadoras?

Observé cómo juntaba las cejas mientras intentaba descifrar mi razonamiento.

—Más o menos. No todo el mundo sigue los estereotipos. ¿Eres un atleta sobrecargado de esteroides?

—Jugué al fútbol americano en la secundaria —admití y me encogí de hombros—. No necesitaba esteroides.

—¿Hay alguna razón detrás de estas preguntas?

—Sí —golpeé la mesa entre nosotros—. Tengo un asunto delicado, un trabajo especial para el que necesito a una persona especial. ¿Sabes cómo acceder a los antecedentes de una persona?

Pareció hacer clic algo y su ceño se profundizó mientras hablaba. —No soy un hacker, ni mucho menos. Aunque probablemente pueda encontrar al tipo de persona que estás buscando. Estarían fuera del club, así que te costaría.

—Pagaré —le aseguré—. Quiero que me des un precio y me pongas en contacto con la persona que pueda ayudarme. Este proyecto —hice un gesto entre nosotros— no se discute con nadie más.

—¿Qué hay de Wilson y Ted?

—Se enterarán, no te preocupes. Dame tu número y hablaremos de los detalles de una manera más segura.

Tomé mi teléfono y comencé a programar su número en mis contactos mientras me lo decía.

—¿Es tu primera cabalgata peligrosa? —pregunté una vez que guardé su información. Me dio un asentimiento, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo—. ¿Cuáles son tus impresiones al respecto?

—La formación que nos preparaste pareció sólida. Ojalá hubiéramos tenido un auto propio siguiéndonos para ayudar a resguardar la retaguardia. No pude evitar seguir mirando sobre nuestros hombros en todo el camino de vuelta —sacudió la cabeza—. Nunca soy tan paranoico, pero parece que picamos a una serpiente con un palo. Ahora, solo estamos esperando a que nos muerda.

Hice una mueca y asentí porque yo sentía lo mismo. —Hubo tantas formas en que pudo haber salido mal, pero tuvimos la suerte de que fueran lo suficientemente inteligentes para no abrir fuego cuando lo hicimos.

—Sí, bueno, sé que practicaré tiro después de esto. No esta noche, pero ya me entiendes. Ver a Hernández acertar a esa botella de cerveza mientras se movía fue algo impresionante. Me gustaría tener habilidades como esas —admitió.

Resoplé porque dudaba de poder haberlo hecho yo mismo. —A ti y a mí —le ofrecí mi mano—. Wilson tiene cosas que decir después de todo esto. Así que tendrás que quedarte, pero quiero darte las gracias por cuidarme las espaldas y estar listo para defender a Los Hermanos de la Osera.

Una sonrisa irónica tironeó de sus labios y estrechó mi mano con fuerza.

—Es por Los Hermanos de la Osera —hizo eco—. Diablos, al principio pensé que éramos solo un montón de cabrones que andábamos en motocicletas juntos. Esta es la primera vez que me he sentido poderoso.

—No somos forajidos en el mismo sentido que ese club. No es que no estemos bailando en la línea de lo legal y lo ilegal —dije mientras soltaba su mano—. Cuanto más tiempo estés aquí, más razones nos des para confiar en ti, más se te dejará entrar. ¿Entiendes?

Nguyen asintió y su rostro se puso serio. —Ustedes son una hermandad a la que me uní voluntariamente. Sacrificaré lo que sea necesario para demostrar que merezco esta chapa y este corte.

—Sigues el código —dije—. Nos cubres las espaldas y nosotros cubrimos las tuyas. Eso es lo que te hará digno. —Hice una pausa y puse mala cara—. Perdón por los estereotipos.

Resopló —Estoy acostumbrado a esa mierda. Siempre es divertido señalarles a la gente que era un asco en matemáticas. —Se puso de pie—. Puedes contactarme más tarde hoy sobre este proyecto que tienes para mí. Probablemente estaré muerto de sueño en cuanto toque mi cama.

—Tú y yo por igual —reí y lo vi ir a la barra, tomando una bebida de una Cindy que lucía cansada. Cansado era el aspecto que todos llevaban. Era hora de hacer que las cosas avanzaran un poco más rápido. No aparté la mirada de la barra, pero llamé el siguiente nombre—: Miller.

No tardó mucho en que el hombre en cuestión me encontrara. Se sentó frente a mí y lucía tan cansado como todos los demás.

—Les disparamos a sus ventanas —dijo con aire sombrío—. Lo que supongo que era un drogadicto nos amenazó a cambio. Pareció someterse a lo que querías y nos fuimos. El viaje de vuelta transcurrió sin novedad.

Me eché hacia atrás e incliné la cabeza mientras hablaba; su voz tenía un ligero tono monótono y no estaba seguro de qué pensar sobre la forma en que dio el informe.

—¿Eso es todo? —gruñí.

—Sip —hizo una pausa para bostezar ampliamente. No pude decir si lo fingía.

Tenía más preguntas que hacer, más cosas que quería arrojarle a este tipo. Pero comprendí que quería hacerlo después de tener la información que deseaba. Me rasqué el vello de la barbilla y asentí.

—Bien, solo espera a que Wilson diga la mierda que quiere decir.

Observé a Miller de la manera más encubierta posible mientras interrogaba a otros dos tipos. Era difícil prestar atención a sus palabras. Estaba a punto de ser las cinco de la madrugada y sentía el calor del largo día. No deseaba nada más que ir a casa y encontrar mi cama con mi mujer en ella. Pero Dylan no estaría allí después de su turno. Ella iría a su casa y yo no sabía dónde vivía.

Finalmente, Wilson aplaudió para llamar la atención de todos.

—Primero —su voz sonaba más ronca que de costumbre—, han ganado sus parches aquí esta noche al entrar en una posición peligrosa. Han demostrado que aún mantienen una calidad de vida en la que fueron entrenados, por la que sufrieron y por la que sacrificaron. No tengo la intención de que Los Hermanos de la Osera sea tan duro como el gobierno. No tengo la intención de pedirles que pongan sus vidas en riesgo por Los Hermanos de la Osera. Pero el hecho es que, cada día se forman clubes, comienzan con la intención de ser un grupo de tipos que andan en motocicleta juntos o un grupo de tipos que le dicen un gran "que te jodan" a la policía. —Hizo una pausa para beber un trago de cerveza—. Somos un grupo que se mantiene en la valla.

Asumimos el manto de protectores cuando nos unimos al servicio, sin importar la rama. Están aquí porque aún tienen el impulso de ser honorables, incluso si es solo para mandar todo a la mierda y manejar una motocicleta durante dos horas. Espero... —Levantó su botella hacia nosotros—... que no vuelva a surgir una situación como esta. No puedo asegurar que no sucederá. Por sus palabras que he escuchado, las palabras que Cole escuchó y las palabras que Tillman escuchó... esta mierda no ha terminado. Manténganse alerta. Abran bien los ojos. No toleramos mierdas —su voz era un gruñido ahora—. Y si esos cabrones creen que vamos a tragarnos la mierda que intentaron vendernos, tienen otra cosa viniendo.

—Es tarde —dijo Tillman con firmeza—. Vayan a casa. Descansen. Mañana vamos a relajarnos para deshacernos de la tensión de esta noche. Después de eso, nos prepararemos para poner a prueba la palabra de este cabrón. Dejaremos ese plan para más tarde —asintió hacia mí y ya podía decir que aún no me estaban despidiendo—. Si tienen algo que agregar a su informe, cualquier preocupación que no hayamos escuchado todavía, aquí estaremos.

Me quedé en la mesa, observando cómo los hombres cansados se iban. Hubo el rugido de las motocicletas y luego el silencio cuando el ruido se alejó del clubhouse. Wilson vino a reunirse conmigo y, poco después, Tillman tomó una silla de otra mesa y se sentó.

—¿Obtuviste lo que necesitabas? —pregunté, mis ojos comenzaban a arder.

Wilson asintió —Cada uno de ellos pareció contar la misma historia. ¿Algo les llamó la atención a ustedes dos?

Tillman negó con la cabeza —Seguí escuchando cómo Hernández derribó una botella de la mano del tipo.

Asentí —El cabrón lo hizo. El drogadicto sacó un arma apuntándome también. Iba a hacer que Hernández se la derribara de la mano. El hombre tiene habilidades. Si hacemos más viajes a los de Tony y Suzy o comenzamos a mover mercancía de nuevo, tendrá que estar en el equipo que haga eso.

—Sid se va a enojar por perderlo —Tillman se pasó una mano por la cara—. Dice que el hombre hace mucho en el taller.

Asentí —Me dijo lo mismo.

—Redding no es estúpido. Entenderá, y todos ganaremos más dinero una vez que volvamos a los negocios. Si es necesario, Hernández puede entrenar a alguien para ocupar su puesto en el taller —Wilson me miró—. Te vi hablando con algunos de los nuevos. Quería golpearte por esa mierda. Quería hablar con Miller.

—Me dijiste que lo vigilara —gruñí—. Lo vigilé. Su informe no era detallado y no había nada notable en él —me estiré, sintiendo que los músculos de mi espalda comenzaban a doler—. Nguyen parecía emocionado de que volviéramos a los negocios, aunque no sabe de qué se trata —hice una pausa y miré a Tillman y Wilson—. Dice que tiene un hombre que es bueno con las computadoras. Voy a hacer una verificación de antecedentes de Miller. Ver si es un soplón o no.

—Esa es una gran idea —Tillman me miró impresionado por una vez—. Supongo que eres más que sólo músculo.

—Manténganos informados sobre lo que descubran —graznó Wilson mientras se frotaba los ojos—. Quiero saber lo que se averigüe. Entre aquí y ahora decidiré qué hacer con él en caso de que sea un infiltrado. Matarlo no sería viable, eso sólo traería más calor —sólo pude asentir de acuerdo—. Vámonos a la mierda de aquí e iremos a la cama. Mañana sólo descansen y si piensan en algo que se haya pasado por alto, avísenme. Tomemos un puto día libre.

Un puto día libre, no pude evitar sonreír ante la perspectiva.

Capítulo 27

Tan pronto como toqué mi cama me quedé dormido, dormí como un tronco. Algo que no había hecho en mucho tiempo. Cuando finalmente me desperté, mi habitación estaba iluminada. Me estiré e inconscientemente me encontré buscando entre las sábanas algo que no estaba allí. Me tomó un segundo darme cuenta de que estaba solo y no pude evitar gemir. Me había acostumbrado tanto a que ella estuviera allí conmigo que era difícil despertarme solo. Rodé para tomar mi teléfono, porque aquí estaba anhelándola. La necesitaba cerca de mí.

Me recibió un mensaje, algo que ella me envió cuando terminó su turno. "¡Voy a casa, voy a dormir en mi gran y vieja cama vacía. ¡Nos vemos más tarde!"

No pude evitar sonreír ante eso. Es bueno ver que me echaría de menos de la misma manera que yo la echaría de menos. Miré la hora, poco después de las dos. No era demasiado temprano para enviarle una respuesta, luego hice una pausa, un texto no era lo que quería. Quería escuchar su voz. Presioné la opción de llamada telefónica para llamarla. Sonó por un rato antes de pasar al buzón de voz. Gruñí e intenté de nuevo. Al tercer timbre, finalmente respondió.

—Sabes que es muy grosero despertar a alguien.

—Puedes decirme dónde estás y puedo ayudarte a volver a dormir —ofrecí—. Todo este asunto de dormir solo es para los pájaros. Necesito a mi mujer a mi lado.

Ella ronroneó en mi oído, y el ruido se fue directo a mi miembro.

—Tienes razón ahí. Fue mucho más difícil quedarme dormida de lo que suele ser. Supongo que es tu culpa.

—Culpame si quieres, pero sabes que te gusta —suspiré—. Déjame ir.

—Di por favor —murmuró—. Hazlo sexy.

No pude evitar reírme, el calor en mi pecho cuando estaba cerca de ella parecía irradiar hacia afuera. Normalmente, ni siquiera consideraría la idea, pero con mi pene duro y mis ganas de verla igual de intensas... estaba dispuesto a morder la bala.

—Por favor —gruñí en voz baja—. Por favor, déjame ir para poder follarte.

—Oh —sonaba sin aliento—. Bueno, si lo pones de esa manera, supongo que puedo dejarte venir. —Oí un ajuste, una amplificación del sonido. Adiviné que me había puesto en el altavoz—. Te envío un mensaje con la dirección. ¿Podemos dejar el sexo para más tarde y simplemente abrazarnos?

—He oído que el compromiso es bueno para las relaciones —admití—. Puedo esperar para el sexo, pero no puedo esperar para sentirte contra mí. —Sentí que mi teléfono vibraba contra mi mejilla y me sentí aliviado.

—¿Relación? —su voz sonaba ligeramente divertida—. ¿Es eso lo que es esto?

—¿Lo dudas?

—No, simplemente no esperaba que lo admitieras.

—Cuelgo para poder ir —me senté y luego me moví para salir de la cama—. El compromiso por no follarte cuando llegue es que te voy a robar el día.

—Oh no —no sonaba preocupada—. ¿Qué voy a hacer? ¿Vienes o no?

—Voy a ducharme primero, dame treinta minutos y estaré allí. Tengo una dama a la que quiero impresionar —la oí resoplar de risa—. Te veo pronto.

Terminé la llamada y fui al baño, tratando de no apresurarme. Aunque no pude, el deseo de verla era demasiado.

Dylan vivía en un pequeño complejo de apartamentos en el segundo piso; era más pequeño de lo que esperaba. Imaginé que con su trabajo podría permitirse fácilmente una buena casa. Cuando toqué a su puerta, estaba tratando de sentir cómo era.

—Mira nada más, husmeando por ahí y ni siquiera has entrado todavía —me volví para verla con el cabello húmedo y sobre los hombros.

Me encogí de hombros ante ella, —Es la primera vez que vengo, tenía que ver dónde vive mi mujer. —Asentí hacia ella—. ¿Volvemos a la cama?

—No —se hizo a un lado para dejarme entrar—. Pero me llevarás a comer si vas a quitarme el día.

—Puedo hacer eso —entré y eché un vistazo a la pequeña sala de estar. Había un televisor y una pequeña cocina—. ¿Te gustan las alitas de pollo?

—Sí —admitió mientras regresaba a la habitación.

Oí encenderse la secadora de pelo y esperé pacientemente mientras se preparaba. Me encontré en la sala de estar con el cabello aún colgando sobre sus hombros.

—Lo siento, pensé que tenía treinta minutos para estar lista para irnos —me lanzó una mirada pícara.

Consideré una réplica antes de rendirme y abalanzarme sobre ella. La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí, atrapando su boca en un beso hambriento. Tener su boca ahora parecía hacerme olvidar la última vez que estuve con ella.

Se apartó —El sexo tiene que esperar. Primero la comida.

Rocé cuidadosamente mis labios contra los suyos, manteniendo la suficiente distancia para poder hablar —Esto no es sexo, no es sexo. Sólo te estoy diciendo lo feliz que estoy de verte.

—Entonces, estás haciendo que el sexo sea tentadoramente apetecible —se apartó de mí—. Necesito comida, señor, y tú dijiste que me alimentarías.

—Vayamos a comer algo —con eso, la saqué de su apartamento y la conduje hacia mi camioneta—. ¿Qué? ¿Sin moto?

—Eso está en la agenda del día. Necesito conseguirte un casco y una chaqueta para montar antes de que puedas dar un paseo —la llevé a mi camioneta y le abrí la puerta—. Luego, seremos tú y yo en mi moto.

—No puedo esperar a que eso suceda —me sonrió de una manera que me golpeó como una flecha.

La llevé al club porque sabía que las mejores alitas estaban allí. El bar tenía una concurrencia media ya que el taller estaba cerrado. Como había muchos que trabajaban allí o pasaban el rato en el taller, al estar cerrado no les quedaba nada que hacer. Así que, en el club, fueron y aquí estaba yo uniéndome a la multitud.

Encontré una mesa para ella y la senté, antes de ir a hacer nuestros pedidos. Distinguí a Hernández, Jones y Martínez en la barra. Obtuve asentimientos y sonrisas; por una vez, gente que se alegraba de verme. Vi a Miller al final de la barra, levantó la mirada y nuestras miradas se cruzaron. Después de un instante, también obtuve un asentimiento de él. ¿Sabía que lo sospechábamos?

Todo parecía normal, nada estaba fuera de lugar. Cuando comenzó la balacera, fue como si todo se ralentizara. Las cabezas se giraron hacia la puerta, el sonido del vidrio explotando siguió y pareció atravesar el shock.

—¡Agáchense! —Grité—. ¡Todos abajo!

Los cuerpos cayeron al suelo, las manos se colocaron sobre las cabezas. Afortunadamente teníamos menos ventanas y paredes de bloques de cemento.

Eventualmente, la balacera se detuvo y yo estaba de pie, con un arma en la mano. En lo que pareció un instante, estaba en la puerta. Vi a dos imbéciles en una motocicleta, el que iba atrás manipulando sus armas. Apunté y disparé una ronda, y el tipo de atrás gritó. El conductor me miró y aceleró el motor de su moto.

—¡Los Crazy Aces no se conforman con las reglas de nadie, hijos de puta!

Gruñí y disparé de nuevo, esta vez el tipo de atrás se estremeció y supe que estaba muerto. Intenté darle al conductor, pero el tipo muerto de atrás estaba en el camino. Lo vi alejarse a toda velocidad, escapando impune.

Gritando dentro atrapó mi atención, evitando que saliera corriendo a mi camioneta para perseguirlos. Regresé y vi a varios tipos sacudiéndose la conmoción y levantándose para ir a la puerta. Wilson y Tillman estaban en la puerta de la oficina, y parecía un caos dentro, aunque no había manera de saber qué estaba pasando.

—Cállense —gruñó la voz de Wilson por encima del alboroto—. Si están heridos, vengan a la oficina. Si no están lastimados, vayan al bar y cierren la maldita boca. ¡Si no pueden levantarse, pidan ayuda!

Vi a Dylan levantarse y por un segundo temí que estuviera herida. —¡Soy enfermera! ¡Puedo ayudar!

Entré y estaba aturdido. Cerré la puerta, fui al bar e intenté descifrar cómo había sucedido esto. Me senté en shock y observé a los otros luchar por limpiar. Vi a Wilson y Tillman de vuelta en la oficina mientras el alboroto se calmaba. Observé cómo se recogían los pedazos y la indignación y la ira que bullía debajo de mi superficie se reflejaba en los rostros de los hombres que veía.

—Si no estás herido —grité—, salgan y evalúen los daños. Vean si su moto fue golpeada o si la de alguien más lo fue. Si trabajabas en el taller, ayuda a evaluar el daño. Si no sabes una mierda sobre arreglar una moto, entonces quédense de guardia. Fue suficiente ruido para llamar la atención de la gente a nuestro alrededor. No repito, no tengan un arma encima. Vigilen y estén atentos a la policía.

Tillman pareció captar mi intención. —Vayan en grupos de dos a revisar a nuestros vecinos, ¡asegúrense de que nadie fuera del club haya resultado herido!

El resto del día se convirtió en control de daños. Recibimos al sheriff con rigidez y lidiábamos con pregunta tras pregunta. Hubo ira al ver cada motocicleta destrozada en diferentes grados. —Podemos arreglar los motores —Redding estaba tranquilizando a todos. De alguna manera, el cabr*n logró esquivar este pequeño altercado—. Si alguien tiene un remolque y una camioneta, podemos empezar a moverlos al taller para que podamos arreglar a todos.

—Váyanse —dijo al fin Wilson después de que el sheriff tomó el reporte y nos dejó limpiar—. Empiecen a limpiar su mierda. Tú —Wilson me señaló—, quédate, tenemos que hablar sobre una represalia. Asentí.

—Esta —Tillman asintió hacia Dylan mientras salía del baño, acabando de lavarse las manos—, se ganó un corte.

—No creo que haya servido —le dije, pero miré a ella en busca de confirmación.

—No, pero me gusta la idea de unirme al club de chicos. Aunque no me entusiasma mucho que me disparen —admitió ante Tillman—. ¿Hay que haber sido militar para unirse?

—Por lo general —dijo Wilson sin vacilar—. Pero has demostrado tu valía allí atrás. Cole, consíguela un corte para tu chica y le haré los parches. Eres la primera prospecto que no tiene que pasar por los detalles, chica —asintió, en señal de aprecio—. No todos saltarían a ayudar así.

—No tiene una moto —intervine—. Todavía, al menos.

Wilson sacudió la cabeza. —Entonces, o te montas de puta panadera o consigues tu propia moto.

—Por ahora —Dylan me atrapó con la mirada, sus labios se curvaron hacia un lado—, me montaré de puta panadera hasta que convenza a este tipo de que me ayude a elegir una.

Mierda, la bruma de ira que había sentido en las tripas se desvaneció con esa mirada. Esta chica... me tenía. Si no me había enamorado por completo de esta chica antes, ahora lo estaba.

Epílogo

—Tienes que pasar más tiempo con Eddie —Dylan había entrado en mi apartamento como si ahora fuera suyo.

Como prometí, le había dado una llave para que pudiera entrar, pensé que así dormiría más. Llevaba puesta su chupa con un parche en el pecho izquierdo que proclamaba su apodo como "Dy". Debajo había un parche que decía "Te mantiene con vida". El parche de Los Hermanos de la Osera estaba en la espalda, y solía llevar la chupa a menudo, incluso con el peligro ahora del club rival. Yo había pagado la chupa y el parche trasero, los otros le habían llegado de Wilson, aunque no tenía ni idea de quién le había puesto el apodo de Dy. Se veía jodidamente deliciosa con ella puesta. El equipo de montar en el que invertí solo añadía a ello. Pero en ese momento solo llevaba puestos sus scrubs y la chupa.

—¿Van Cleave? —pregunté para asegurarme de que se refería a la persona correcta, aún era nueva en el grupo y tenía mejores habilidades sociales que yo.

Tenía un poco de dificultad para seguir a todas las personas que conocía en el club, yo había estado en el club durante años y aún era prácticamente un extraño para la mayoría, y ahí estaba ella, después de unas pocas semanas, amiga de todos. Estaba despatarrado en el sofá, eran más de las ocho y había intentado esperarla a que saliera del trabajo para poder pasar el día con ella. Ambos probablemente estábamos demasiado agotados para hacer gran cosa. Aunque, había estado considerando todas las diferentes posiciones en las que quería tenerla entre siestas.

—Le dieron el alta hace una semana —explicó como si yo no lo fuera a saber. Le eché un vistazo al tipo. Era mi amigo y recibió un disparo. Era bueno saber cómo se encontraba gracias a ella—. Es agradable y divertido. No es que fuera a cambiarte a ti.

—Si coquetea contigo, le voy a sacar los dientes a patadas —dije sin un ápice de vergüenza.

Ese capullo sabía lo que sentía por ella. Amigo o no, no iba a permitir que ese idiota me la quitara. Intenté no dejar que el miedo o la sola idea me afectara. Van Cleave probablemente

podría hablarle con su labia y meterse en sus pantalones. Tenía habilidad para esas cosas.

—Quizás su actitud despreocupada se te pegue un poco —me sonrió mientras se acercaba a mí y se sentaba en el borde del cojín—. Podrías relajarte un poco —encontró un sitio para sentarse y me miró evaluando mi reacción.

La miré, intentando averiguar cuán en serio iba con esto. —¿Te gustaría que fuera como Van Cleave? —resoplé—. Es demasiado mujeriego, a las mujeres les gusta. A él también, tiene tendencia a pasar de una a otra. ¿De verdad quieres que sea así?

—Touché —hizo una mueca y luego se dio la vuelta y se recostó contra mí, sin molestarse en preguntar si podía. Supongo que habíamos llegado al punto en el que se sentía cómoda tomándose esas libertades. No me iba a quejar—. Ahora que lo mencionas, creo que me gustas tal y como eres.

Me reí y la abracé, atrayéndola hacia mí. —He cambiado desde que te conocí —admití porque era difícil ignorarlo—. No lo sabes porque no viste cómo era antes de que tú llegaras. Me he relajado mucho desde entonces —murmuré en su oído— y esa es culpa tuya.

—Recuerdo a un tipo hosco al que atendí esa primera vez. Ese tipo que apuñalaron y parecía tan oscuro y sexy —ronroneó y se frotó contra mí con su trasero—. Solo puedo imaginar lo mal que estabas antes de mí. —Se estiró y aproveché para agarrarle los pechos por encima de su chupa y sus scrubs, e intentar pesarlos y apretarlos a través de las capas de ropa—. Necesito una ducha —se quejó—. Estoy tan agotada.

—Podría ayudarte con eso —aparté la chupa de cuero para poder al menos tocar mejor dos de mis cosas favoritas. Los pechos de Dylan eran dos cosas con las que podría jugar durante horas y no aburrirme—. ¿Te has puesto esto para ir a trabajar?

—Me la puse después de salir —me miró, sin inmutarse en absoluto por el hecho de que estuviera jugando con sus pechos—. Pasé un momento por el club, Cindy quiere poner a Wilson a dieta. Está preocupada por si es diabético, pero él no quiere hacerse las pruebas. Así que va a intentar cambiarle la dieta porque se comerá lo que ella le ponga delante si sabe lo que le conviene.

Hice una mueca porque parecía que el club estaba atrapando a Dylan con todas sus garras. Es comprensible, es fácil llevarse bien con ella, y no era frecuente que me sintiera incómodo en su compañía. No estaba seguro de querer compartirla con nadie.

—Si alguien coquetea contigo, tendré que sacarle los dientes a patadas —gruñí porque no iba a correr el riesgo de que algún idiota intentara propasarse con ella—. Vamos, te ayudaré con la ducha.

—¿Eres muy posesivo, no? —se apartó de mí y se dio la vuelta para mirarme, dedicándome una mirada para que supiera por su expresión que me estaba provocando—. La mayoría de mis amigos son enfermeras, apenas veía a nadie fuera del hospital. Básicamente solo trabajaba y dormía. Tú me diste una vida social aquí, así que no te enfades porque quiera ser social —me dio un puñetazo en el hombro, no me dolió y apenas me moví—. No todo el mundo puede ser tan oscuro y hosco como tú.

No puso fuerza detrás de su golpe y la miré fijamente. Me incorporé y acorté la distancia entre nosotros. —Aquí pensaba yo que te gustaba —no puse ninguna entonación en mis palabras para que fuera obvio que no las decía en serio—. Estás diciendo que quieres que me relaje y me llamas hosco.

—Oh, me gustas —había algo en su tono. Era provocador, su sonrisa traviesa y la falta de inflexión en sus palabras dejaban claro que no lo decía en serio—. También me gusta tomarte el pelo.

—Sigue así y tendré que empezar a ponerte sobre mis rodillas como represalia —me incliné hacia delante para besarla, pero mantuve suficiente distancia entre nosotros para que nuestros labios se rozaran y no hubiera ningún otro contacto—. En realidad, suena a una gran idea... como si fuera algo que realmente necesito hacer.

Se rio un poco, sonando ligeramente nerviosa, pero el rubor que se extendía por sus mejillas me dijo que tenía toda su atención. ¿Le ponía la idea? —¿Lo harías, verdad?

—Pensé en voz alta —me puse de pie y, sin mucho esfuerzo, la cargué sobre mi hombro. Ella chilló, pero no se resistió. No hubo patadas ni gritos, así que creo que le gustó la rutina del hombre de las cavernas. Escuché una risa burbujeante salir de ella y la sentí moverse antes de que me diera una palmada en el trasero. Fue lo suficientemente fuerte para captar mi atención—. Sigue así —giré la cabeza para hundir mis dientes en su cadera antes de sentarme en mi cama—. Solo empeorará las cosas —la advertí en tono de burla mientras la arrojaba sobre mi regazo. Quedó boca arriba y su cabello se desparramó por todas partes, en su rostro y alrededor de sus hombros.

—Si sigues así, tengo la sensación de que la ducha que iba a tomar no va a suceder —sus brazos rodeaban mis hombros y no parecía que intentara disuadirme. Eso lucía alentador. Ella lo deseaba.

—La tomaremos después, me aseguraré de que estés bien sucia para cuando realmente entres a la ducha —recorrí con mi mano el largo de su muslo hasta encontrar su trasero—. La pregunta es —golpetee con mis dedos un simple ritmo contra él—: ¿cumpló con esa amenaza?

—Si no ibas a cumplirla, ¿por qué me trajiste aquí? —Había algo desafiante en su tono que no se reflejaba en su expresión, vi cuánto me deseaba. Nunca ocultó cuánto me quería, parecía encenderme solo con verlo—. Si vas a nalgearme —su tono se retorció y supe que ahora se burlaba de mí—, ¿recibiré una recompensa después?

—Creo que yo obtendré la recompensa después —le gruñí—. No tú. Esto es un castigo por respondona.

—Pongámoslo a prueba para ver cómo resulta. Quizás aprenda la lección, quizás no —me soltó y, antes de que pudiera decir algo sobre el rumbo que tomábamos, se dio vuelta. Quedó atravesada en mi regazo con el trasero en el aire, me lanzó una mirada por encima del hombro—: ¿Sólo hablas, señor Ejecutor?

Una emoción me recorrió de una manera que no anticipé. Después de su provocación, no dudé en complacerla. Bajé mi mano con fuerza sobre su trasero enhiesto y ella dio un respingo, un grito desgarrador brotó de ella. Esperé un momento, con el corazón latiéndome a mil, para ver si se daría vuelta y me diría que parara. No lo hizo, más bien levantó su trasero como pidiendo más. Tuve el placer de complacerla, le di otra palmada sólida en una nalga y luego otra en la otra. Estaba tan duro haciéndolo, parecía que cada nalgada que le daba se iba directo a mi pene. Ni siquiera llevaba la cuenta, así que me tomó por sorpresa cuando ella gritó después de que mi mano la golpeó.

—¿Estás bien? —jadeé, esto me tenía tan excitado y ambos estábamos completamente vestidos. ¿Cómo podía estar reaccionando así? ¿Cómo se sentiría ella?—. Dylan —le froté el trasero, aún estaba vestida, pero le había pegado con fuerza. Estaba demasiado metido en la idea de nalgearla.

—Tendrás que follarme después de esto —su voz era jadeante, aunque eso no es realmente lo que consideraría una queja—. No esperaba que fuera tan caliente —prácticamente se derritió en mi regazo.

—¿Después de esto? —La empujé fuera de mi regazo y comencé a quitarme la camiseta por encima de la cabeza—. Tengo que follarte ahora, nena. No hay tiempo para el juego previo. Desvístete —ordené como si estuviera mandando a un prospecto del club a prepararse para la guerra que se había iniciado—. Te necesito ahora mismo, no puedo esperar más.

Dylan me había llevado la delantera. Se quitó su chaqueta de cuero y luego se arrancó la parte superior de su uniforme por encima de la cabeza. No fue necesariamente lo más sexy de ver, pero la urgencia estaba ahí. Estaba tan desesperada por mí como yo por ella. Me puse de pie y me quité los pantalones cortos de baloncesto que llevaba puestos mientras ella se contorsionaba

para quitarse los pantalones del uniforme. No me había preocupado por la ropa interior, pero al verla con esas prendas de encaje, empeoró todo.

Me arrodillé ante ella mientras se llevaba las manos a la espalda para desabrochar su sostén y hundí mi rostro entre sus pechos. Tan pronto como las copas de encaje se aflojaron, las aparté y besé la curva de uno de sus senos.

—Pensé que dijiste que nada de juego previo —sus manos se enredaron en mi cabello, sus uñas arañaron mi cuero cabelludo. Eso empeoró todo—. Esto parece un juego previo.

—Cállate, mujer —gruñí—, esto es veneración.

Atrapé su pezón en mi boca y succioné con fuerza. Pasé mi lengua contra su piel y disfruté de su sabor. Me encantan sus pechos, me encanta el sabor de su piel. Arrastré mis dientes contra el endurecido botón antes de liberarlo para hacer un camino hacia el otro. Adoro cada suspiro y cada jadeo. Adoro a esta mujer, la abracé y tomé las nalgas de su trasero entre mis manos. La piel se sentía caliente contra mis manos, incluso a través del encaje de sus bragas, y sólo puedo imaginar que debía picar.

—Me resulta difícil desvestirme —no sonaba como si se estuviera quejando. Sonaba como si disfrutara de mi boca en sus pechos. Se arqueó contra mí y pareció alentar la veneración que le daba.

—Siempre me lo pones difícil —me enderecé e intenté mirarla con el ceño fruncido mientras presionaba mi pene erecto contra sus rodillas—. Todo el maldito tiempo.

—¿Aún no te has cansado de mí? —Había un tono travieso en su voz de nuevo. Como si me estuviera tomando el pelo con algo que nunca podría pasar.

Resoplé y me moví para poder voltearla sobre mi hombro y arrojarla a la cama—. Estás loca si crees que podría cansarme de ti —la miré con el ceño fruncido como si me hubiera enojado con la sugerencia—. Date la vuelta y pon el trasero en el aire, déjame ver el daño —ordené, estaba disfrutando del poder que esto me daba.

Ella se dio vuelta y se puso boca abajo, ese trasero se elevó en el aire, como demandé. Podía ver la piel enrojecida a través del encaje, me senté en la cama para tener una mejor vista. La humedad resaltaba entre sus muslos y gemí, tomando una caliente nalga.

—¿Te gustó eso?

Me miró por encima del hombro, su cabello enredado alrededor de su rostro—. A veces puedes hacerme mojar con solo una mirada —se mordió el labio, su cara casi tan roja como su trasero—. Eso... no puedo describir lo que me hizo. Como si cada vez que me golpeabas, solo me calentaba más.

Presioné mi dedo contra la humedad de sus bragas—: ¿Con solo una mirada? —Ella asintió y le bajé las bragas—. Esto es más que solo una mirada —introduje mis dedos en su coño húmedo—. Podría sumergirme en ti sin resistencia —gemí ante la sensación de ella alrededor de mis dedos.

—Hazlo —sus caderas se movieron hacia atrás contra mi mano—. Te deseo tanto. Hazlo. Fóllame, por favor —pude escuchar la desesperación en su tono. Esto la afectó tanto como a mí.

Realmente, no debería necesitar que me lo pidiera dos veces. Me arrodillé detrás de ella y, después de cubrir la punta de mi pene con su humedad, encontré su entrada. Tomé sus caderas y me hundí en ella. Tuve un instante de éxtasis, ella apretándose con tanta fuerza que era difícil respirar antes de tener que empezar a moverme. Trabajé dentro de ella, disfrutando de la visión de su trasero enrojecido rebotando con cada fuerte embestida que le daba. La imagen se fue directo al sur, haciendo que mis bolas se tensaran y, como siempre con ella, dificultándome evitar la explosión.

Apreté los dientes e me incliné sobre ella, cambiando mi agarre de sus caderas a su hombro. El ángulo permitía embestidas superficiales, pero por el ruido que estaba haciendo, no creo que se quejara. Debía estar dando en el punto exacto, su volumen aumentaba.

—¿Te gusta que te folle así? —gruñí. Necesitaba esas palabras para distraerme de su apretada presa. Necesitaba oír que le encantaba.

—Sí —salió como un lamento, y sus caderas se mecieron contra las mías con fuerza. Así es como lo quería—. Eres tan bueno —salió en un suspiro agitado—, por favor, Dios, no te detengas.

Intenté poner más fuerza con mis caderas, cambiando de ángulo para embestirla con más fuerza.

—¿Te gusta que te dé duro por ese culito? —Porque a mí me gustaba y quería que a ella le gustara tanto como a mí.

—¡Dios, sí! —Tenía los puños apretados en las sábanas, los ojos fuertemente cerrados, su coño me apresaba con tanta fuerza que apenas podía pensar con claridad.

Solté sus hombros y la rodeé con un brazo para poder meter la mano entre sus muslos. Mi ritmo se vio un poco afectado, pero creo que los dos estábamos tan cerca que no importaba. Ella no se quejó, y yo me estaba esforzando como un condenado para aguantar. Encontré su clítoris y comencé a acariciarlo frenéticamente con los dedos. Tenía que seguir hablando, tenía que seguir embistiéndola hasta que se rindiera.

—¿Vas a hacer que te vuelva a castigar? —Todo lo que obtuve fue un asentimiento, y enredé mi mano libre en su cabello, tirando de él para poder ver mejor su rostro—. ¡Contéstame! ¡No te corras antes de decirme lo que quieres!

—A ti —sus palabras parecían brotar de ella mientras su dulce coño me apretaba—. Castigándome, follándome, volviéndome loca... ¡se siente tan bien! —Se detuvo con un jadeo, pero no intentó alejarse de mí. Todavía tenía un firme agarre en su cabello—. ¡Jeremiah! —Se puso rígida y sentí la oleada a mí alrededor.

Me atraganté con mi propio aliento, estrangulado por la forma en que me apresaba el pene. Solté su cabello y saqué mi mano de entre sus muslos y me enderecé. ¡No quería que se acabara todavía! Me mecí con fuerza, agarrando sus caderas y su trasero para poder ver mi pene mientras desaparecía dentro de ella. Le di otra fuerte palmada en el trasero y ella gritó.

—¡Jeremiah! Amor... tanto. —Eran palabras desordenadas que mi cerebro aturdido por el placer no pudo descifrar. Pero... ¿dijo amor?

La distracción se había ido. Con ella, mi concentración. Me detuve bruscamente y exploté dentro de ella con un gruñido de decepción por mi propia falta de aguante. ¿Dijo amor? Cambié su postura en la cama y me desplomé sobre ella. El cansancio me estaba alcanzando y abrí la boca para preguntar. ¿Dijo lo que creo que dijo? No tuve la oportunidad de preguntar.

—Tengo que orinar —se removió debajo de mí—. ¡Déjame salir!

¿Puede bloquearme después del sexo? Gruñí cuando salí de ella y me di la vuelta, dejándome caer en la cama.

—Tengo cosas de las que quiero hablar —protesté cuando se levantó—. No podemos hacer todo eso si te escondes en el baño para evitarlo o te vas porque me quedo dormido.

—No podrías quedarte dormido —dejó la puerta abierta, así que podía oírla—. Estoy demasiado cansada para ir a ninguna parte. ¿Podemos tomar una siesta y hablar de eso después de un descanso decente?

—No lo olvidaré —la advertí, mirándola con el ceño fruncido mientras regresaba a la cama conmigo.

—Por supuesto que no —obtuve una sonrisa con ese tono, y no resistí la tentación de darle otra palmada a ese trasero enrojecido.

—Necesito más tiempo para tomar un segundo aire. Si sigues hablando así, no podrás sentarte cuando salgamos a cenar —le gruñí porque tenía la intención de salir con ella—. Si sigues hablando así, tendremos que pedir a domicilio porque necesitaré atarte a la cama.

—Cuesta ver el inconveniente en eso —me sonrió, y no pude evitar reír cuando se acurrucó a mi lado. ¿Quién sabía que esto se escondía bajo la superficie? Tampoco pensé que me gustaría esto—. Pero durmamos primero —rozó sus labios contra mi mejilla, el simple acto de afecto me provocó una calidez en el pecho. Esperaba, no, quería que me amara—. Hablemos después.

Gruñí de acuerdo, mi sueño siempre era inquieto sin ella. Estaba cansado, sintiendo cómo se me escapaba la energía. Así que, tan pronto como se acomodó y sentí que su respiración se volvía constante contra mi pecho, me relajé. Cálido y cómodo con ella a mi lado, pude quedarme dormido sin problemas.



Sentí el roce de sus dedos sobre mi mandíbula, lo que me sacó del sueño, y me volví hacia ella por instinto. Rodeé su cintura con mi brazo y la atraje hacia mí. Almendras y vainilla invadieron mi nariz, el olor a sudor y el aroma almizclado del sexo siguieron a aquellos y no me molestaron en absoluto. No me molesté en abrir los ojos, encontré su rostro y besé su frente antes de volver a quedarme adormilado.

Pero no duró mucho porque sus dedos comenzaron a enredarse en mi cabello. Ella acarició mi cabello y, por un minuto, pensé que estaba tratando de arrullarme para que siguiera durmiendo.

—¿Intentas despertarme o mantenerme dormido?

—Me gusta tocarte —murmuró—. Te ves tan inofensivo y hermoso cuando duermes. Siempre me ha costado mantener las manos alejadas de ti. —No sabía cómo tomar el que me llamara hermoso.

—Mmm —me mantuve relajado mientras me acariciaba—. No me oyes quejarme. —Existía la tentación de volver a quedarme dormido con la caricia de sus dedos enredándose en mi cabello. Pero estaba olvidando algo. Abrí los ojos al recordar qué era. Miré al techo mientras consideraba cómo preguntar. Las inseguridades libraban una guerra en mi cabeza, ¿y si la escuché mal? ¿Y si cambió de opinión?

—Parece que tienes muchas cosas en la mente —trazó sus dedos a lo largo de mi rostro. Mis ojos se cerraron y escuché su respiración mientras todavía luchaba con cómo abordarlo—. ¿Esto tiene que ver con lo que dijiste que no olvidarías?

—Sí, esa cosa —intenté no sonreír, intenté no albergar esperanzas. Intenté no aferrarme a lo que creí que dijo.

Dylan se quedó en silencio, aunque sus manos no dejaron de moverse por mi cabello y mi piel.

—¿Te molesta? ¿Lo que crees que dije? —Esa no fue una negación. No estaba fingiendo demencia. Actuaba como si supiera a lo que me refería.

La miré, quería ver cuál era su expresión. Casi maldije al ver la expresión neutral que me devolvía la mirada. Normalmente, era fácil de leer. Pero aquí estaba, mirando una expresión cerrada. ¿Qué significaba? Tenía miedo de lo que podría significar.

—Depende —dije después de un rato—. ¿Qué dijiste?

Entonces se sonrojó y apartó la mirada de la mía. Sus dedos dejaron de acariciarme y comenzaron a retorcerse nerviosos. Uno de sus dedos logró tomar el poco cabello que tenía y enrollarlo alrededor suyo. Hizo una mueca mientras consideraba algo.

—¿Qué pasa si digo lo que dije y no te gusta?

—Lidio con eso —fruncí el ceño y me acerqué a ella—. ¿Qué te hace pensar que no me gustaría? Solo quiero asegurarme de haber escuchado lo que creí. Así puedo reaccionar apropiadamente —tomé su rostro entre mis manos, manteniéndola enfocada en mí—. Dímelo —pedí, tan cerca de rogar que me sentía incómodo. Pero tenía que saberlo, tenía que escucharla decirlo.

Respiró hondo, con los ojos muy abiertos mientras contenía el aire. —Te amo —salió en un suave susurro, tan bajo que por un segundo pensé que podría haberlo soñado.

Parpadeé, tratando de racionalizar que estaba despierto. —Dilo de nuevo —exigí.

Frunció el ceño y me miró confundida, pero hizo lo que le pedí. —Te amo.

Después de eso, mi instinto se hizo cargo, atrapé su boca con la mía. No fue febril, no fue voraz. Intenté poner todo lo que sentía por ella detrás de él. Quería que supiera lo que significaba para mí escucharla decir esas palabras. —Dilo de nuevo.

—¿Esta es una buena respuesta? —se apartó de mí y me miró cautelosa—. Te amo.

Gruñí bajo y la besé de nuevo. —¿No parece una buena respuesta? —aparté el cabello de su rostro—. Cuando dices que me amas, me atraviesa, me traspasa por completo. Es más caliente que una bala, me golpea con tanta fuerza que no sabía si te había escuchado bien las primeras veces. Creo que estoy soñando —rocé mis labios contra los suyos otra vez—. Dilo de nuevo —susurré.

Toda la cautela pareció drenarse de sus facciones, aun así me observaba con un nivel de sospecha.

—Te amo —dijo con un tono de voz menos sensual. Había seriedad en ello y en sus ojos había un atisbo de miedo. ¿Pensaba que la iba a rechazar ahora? Después de decir todo eso? Mantuve su rostro entre mis manos y la miré fijamente.

—Tuve que dejar que otra persona me señalara lo que sentía por ti. Tuve que dejar que otra persona me dijera que te amaba, porque cuando nos conocimos, no sabía lo que estaba sintiendo. Solo sabía que después de la primera vez que follamos, no podía sacarte de mi cabeza —tragué saliva, había algo en admitirle esto. No estaba seguro de cómo reaccionaría ante ellos, pero era lo más cercano a una admisión de amor que podía hacer—. Te quedaste en mi cabeza, tu olor se me quedó impregnado mucho después de que te fueras. Comencé a preocuparme por lo que pudiera pasar en lugar de no importarme lo que pudiera suceder. Quería verte de nuevo, nunca tuve suficiente de ver tu rostro y escuchar tu voz.

Sentí la garganta apretada y luché contra el impulso de apartar la mirada. Iba a enfrentar esto de frente, iba a abrirme paso a través de ello como hacía con todo lo demás en la vida.

—Te amo, Dylan —admití ante ella.

Esperé su reacción, como si ella no me hubiera dicho que me amaba cuatro veces a mi demanda. Quizás fue el hecho de que no sabía lo que era ese sentimiento, que no sabía que la amaba, lo que me preocupaba. Quizás admitírselo era algo que me asustaba. Pero, debido a quien era Dylan, me sonrió. Era hermoso, un recordatorio de por qué la amaba. Se soltó de mi abrazo y enredó sus brazos alrededor de mi cuello.

—Te amo —su sonrisa era radiante ahora, y de repente me apretó hacia adelante, abrazándome con fuerza—. Nunca pensé que tendría a alguien a quien decirle eso. Que alguna vez escucharía esas palabras —me besó, presionando sus labios contra los míos y adentrando su lengua en mi boca para enroscarla alrededor de la mía. Se apartó solo lo suficiente y mordió ligeramente mi labio—. Dilo de nuevo.

No pude evitar la sonrisa ante su demanda. —Te amo.

—Veo lo que quieres decir —me abrazó con fuerza de nuevo, repartiendo besos en mis mejillas y mandíbula—. Es tan agradable escucharlo. Dilo de nuevo para mí.

No pude evitar reírme de ella. —Te amo.

—Dijiste que alguien te dijo que me amabas —se apartó, recostándose contra mí mientras parecía observarme—. ¿Quién dijo que me amabas? ¿Por qué necesitaste que otra persona lo señalara?

Tragué saliva porque de repente me ahogaba la necesidad de guardar las cosas para mí mismo. No había tenido necesidad de nadie antes, por lo que no había necesidad de decirle estas cosas a la gente. Pero, si quería que se quedara, lo mejor que podía hacer era ser honesto. Si la amaba, entonces este era el mejor camino a seguir.

—Van Cleave —admití, apartando la mirada de ella. Lo peor que podría salir de esto es que ella se acercaría más a él. Tendría que asegurarme de que entendiera el tipo de dolor que vendría en su camino si metía las narices donde no le incumbía y no mantenía las manos alejadas de ella —. Tuvo que decírmelo porque no sabía lo que era el amor.

—¿Y ahora lo sabes? —enarcó una ceja, pero había una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Que él lo señalara fue suficiente para que yo entendiera —la miré de nuevo—. ¿Satisfecha?

—Tal vez —comenzó a trazar un ligero patrón en mi pecho con un dedo—. Dijiste algo sobre la cena antes. La comida podría ayudar a satisfacerme.

—Está bien, tendríamos que ducharnos primero —comencé a sentarme. Me sentía agradablemente más liviano después de esta conversación. Como si las cosas se hubieran juntado en el momento justo. Nada podría salir mal.

—Pensé que dijiste algo sobre pedir a domicilio y quedarnos atados —me jaló del brazo, como si quisiera que me recostara junto a ella de nuevo—. ¿Eso está completamente descartado ahora?

La miré de vuelta. —¿Qué yo te diera una paliza liberó algún tipo de morbo?

—Tal vez —se mordió el labio—. ¿Te molesta?

—Para nada —gruñí hacia ella y me subí sobre ella—. Simplemente no creo tener ninguna cuerda por aquí. Podríamos tener que ir a la tienda.

—Supongo que una ducha es necesaria entonces —suspiró—. Antes de que salgamos de la comodidad de nuestra cama —porque por supuesto, ahora era nuestra. Esta admisión lo selló—. Necesito que hagas una cosa más por mí.

Me distraje con sus pechos, y me incliné para frotar mi rostro, con el crecimiento del vello en mis mejillas y mandíbula, contra ellos. —¿Qué? Hazlo rápido antes de que decida hacer otra cosa —pasé la lengua por su piel.

—Dilo de nuevo.



¡Continúa leyendo con La Hermandad del Cementerio de Huesos Libro 3 - Rebelde!